



**Mai Minako**

# **GINEZONIA**

**La forja de la colmena I**

# **DIANA**

**EDICIÓN LATINA**

# GINEZONIA

La forja de la colmena

I

Diana

Mai Minako

Copyright 2019 Mai Minako

<https://www.ginezonia.site/>

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida parcial o totalmente por medio alguno sin el permiso expreso de sus autores, con la excepción de citas breves debidamente reseñadas.

Edición latina.

## Índice

**PRÓLOGO**

**ISABEL**

**SEBASTIÁN**

**VLADIMIR**

**BIENVENIDO**

**LUIS**

**VÍCTOR**

**ALEJANDRA**

**FERNANDA**

**MARÍA**

**BIENVENIDO Y VLADIMIR**

**PAQUITA**

**GABINO**

**EUSTAQUIO**

**DANIELA**

**MERCEDES**

**HIPÓLITO**

**JOSÉ**

**CORINA**

**EPÍLOGO**

En recuerdo de Coqui,

Tirso Lotus Villa de Tineo, que  
nos dejó el mismo día que este  
libro vio la luz.

## Prólogo

Cuando sonó el teléfono, el padre Antonio Salazar no despertó. Ya hacía un buen rato que se había acostado pero el sueño lo eludía, así que contestó inmediatamente.

—¿Bueno?

—¿Padre Antonio? —inquirió una voz femenina bastante compungida.

—Al aparato.

—Disculpe que lo chunguie a estas horas. Reconoció la voz.

—¿Doña Adela?, ¿qué se trae usted?

«Nada bueno», juzgó el sacerdote por el tono de la mujer.

—Padre, menuda mandanga. Han internado a niña Isabel en el General —contestó doña Adela con voz angustiada.

—¿Tan maluca está? —indagó el sacerdote.

—No puedo con la tirisa que traigo. ¡Los aspirinos dicen que se nos petatea en cualquier momento! Al principio no le dimos importancia —atestiguó doña Adela—. Pensábamos que era un simple achuchón, por el tremendo disgusto

que la pobre cogió al enterarse del escándalo ese que afecta a sus patronos. —Aquella mañana un periódico había publicado un escabroso artículo donde se relacionaba al senador Liam Foster con dos de las víctimas de la matanza ocurrida en el Starbucks—. Pero, ¡ay, padre! —No pudo contener el llanto—. Resultó ser muy mala cosa, cáncer de pulmón.

—Pobrecita mía. Mi Dios la proteja — comentó don Antonio santiguándose al escuchar la terrible noticia.

—No para de reclamarle para que la confiese —recalcó doña Adela— y de repetir que, si se muere antes, Cachudo se la lleva.

—¡Ahijuelita! ¿Qué está usted diciendo? —exclamó mientras se santiguaba—. ¿Qué pecados va a tener la pobre para que el demonio se la lleve?

—Es lo que yo pienso, padre, pero ella no para de recalcarlo.

—Ok. Ahorita me visto y agarro un taxi.

En cuanto se bajó del vehículo el padre Antonio advirtió que un muchacho de unos dieciséis años le hacía señales desde la puerta de acceso al hospital.

—Por aquí, padre. El elevador está aquí mismo —dijo con voz amable mientras se dirigían apresuradamente hacia el ascensor situado a escasos metros de la entrada—. ¡Padre! —exclamó el chico a la vez que extendía el brazo para impedir que la puerta del ascensor se cerrara mientras Salazar la

traspasaba—. Límpiele los pecados y déjese de esas chambonadas que se traen Ustedes.

—Pero, ¿de qué me está hablando, chiquillo? —preguntó don Antonio, desconcertado.

—¿De qué va a ser? No se haga. De la confesión —contestó cambiando súbitamente el amable tono de voz que hasta entonces había empleado.

—No sabe lo que está diciendo —comentó, también enojado, don Antonio—. La absolución requiere de la confesión y el arrepentimiento.

—No chingue, padre. Por su bien, hágame caso —apuntó.

—¿Le han mandado a intimidarme? —masculló con voz temblorosa Salazar al percatarse de la pequeña cruz que el chico tenía tatuada en el espacio tenar entre el índice y el pulgar de la mano derecha. No había duda, el mensaje venía de los Sombras.

—Pues claro, padre —afirmó mientras retiraba la mano para que las puertas se cerraran—. Hay cosas que es mejor no saber si uno quiere seguir vivo, aunque sea bajo el secreto de confesión.

Aún no se le había quitado el miedo del cuerpo cuando al salir del ascensor percibió al fondo, en una pequeña antesala, un susurro de rezos.

—Ave María Purísima —entonó doña Luisa nada más ver a don Antonio. La rogativa



se cortó bruscamente y se incorporó del sofá donde se encontraba sentada junto a las otras comadres que estaban haciendo la barra a la enferma. Doña Luisa venía con la clara intención de besarle la mano.

—Sin pecado concebida —respondió el padre Antonio a la vez que retiraba la mano, incómodo, impidiendo que doña Luisa cumpliera su propósito. Nunca había entendido que aún se mantuviera entre algunas feligresas esa ancestral costumbre, a pesar de sus esfuerzos por erradicar ese tipo de actitudes más propias de otras formas de entender el Evangelio que la que él predicaba<sup>1</sup>.

—Menos mal que ya ha llegado —comentó doña Adela, claramente disgustada por el rechazo del sacerdote a lo que ella entendía, al igual que el resto, como un gesto de elemental respeto. Y mientras doña Luisa mascullaba entre dientes una inaudible protesta contra su dulce hija, Flor María, doña Adela acompañó sin más preámbulos al sacerdote hasta la puerta de la habitación de doña Isabel.

—Padre, confieso que he pecado —masculló a duras penas la enferma en cuanto se percató de la presencia del padre Antonio. Su estado era lamentable.

---

<sup>1</sup> Esta novela está escrita con anterioridad al similar incidente narrado protagonizado por el papa Francisco en marzo del 2019 en el que apartó la mano a una feligresa que intentaba besar su anillo. Su inscripción registral anterior al hecho así lo atestigua.

—¿Y a qué mandamiento de la ley Dios has faltado? —preguntó sin más preámbulos don Antonio, mientras ocupaba una silla cercana a la cama donde la enferma se encontraba postrada y tomaba su mano a modo de consuelo.

—Al... —respiraba con evidente dificultad— quinto, padre. Al quinto —repitió al poco al ver el evidente desconcierto del padre Antonio.

—¡No me agarres la base! El quinto es «No matarás» —refirió el padre Antonio apresuradamente.

—Le di la nuca a mi sobrino. Por mi culpa se suicidó —aclaró ella.

—Pero si su sobrino está vivo —apuntilló él contrariado.

—Ese no, padre. El otro.

—¿El otro?

—Sí, el menor —recalcó doña Isabel mientras pedía al sacerdote que la escuchase con atención—. Su nombre era Diana; el de mi sobrino, Luis Fernando. Y no hay día que no lamente haber consentido su corto amor adolescente. Tuve la oportunidad... Pero estaba ciega, incapaz de ver la tragedia que se estaba fraguando delante de mis narices. Y mira que Nuestra Señora de la Paz me echó varias veces la manta, pero mi falta de fe impidió que viera a tiempo las señales que me mandaba. ¡Ojalá hubiese sido la persona devota que soy ahora!

»Tras la balacera entre maras rivales que mató a mi hermano y mi cuñada decidí agarrar a mis sobrinos y largarme con ellos en un inútil intento de salvar al menor y apartar al mayor de la violencia que imperaba por todas partes en nuestro país. No le voy a aburrir con todos los padecimientos que usted ya conoce, parte del peaje que hay que pagar para llegar a este país, tan solo le diré que el camino desde Soyapango fue largo. Por fin, tras atravesar Guatemala y casi todo México soportando el ataque de toda clase de bichos, pero a salvo de vejaciones y extorsiones gracias al malacate de mi sobrino el mayor, llegamos a un pequeño poblado a unos cien kilómetros de la frontera con Arizona, donde, tras un duro regateo, cerré un trato con un pollero, de nombre Esteban, para que nos pasara al otro lado con una treintena de personas de muy diferentes nacionalidades, entre las que se encontraba Diana.

»Ella era parte de una camarilla de cinco niñas, toditas muy lindas, a las que comenzamos a llamar cariñosamente las gringuitas por su aspecto: rubias de ojos claros que iban a chambear de bailarinas en un local propiedad del mariscal de la señito que les hacía el gallo. Aún no sé con qué hechicería me cubrió para hacerme tragar semejante pandiada con el porte de pochorola oxidada que gastaba. Me parece que junto con mi sobrino, el pequeño, fuimos los únicos berecos que no vimos lo que realmente era: una vulgar

alcahueta. Fue en la interminable caminata del primer día donde, entre miradita y miradita, se fraguó su amor. Y no me extraña, pues la muchachita tenía unos intensos ojos verdes que encandilaron a mi sobrino, puesto que en nuestra tierra, padre, como usted sabe, eso no es muy corriente. Y, en la noche, cuando la temperatura comenzó a bajar y nos reunimos alrededor de una improvisada hoguera para platicar y descansar de las penurias del viaje, fue donde se consolidó el amor fatal.

## Isabel

Aunque era la primera vez que Diana salía de su patria, uno de los antiguos países *comunachos* del otro lado del charco, hablaba un español muy aceptable. Decía que lo había aprendido viendo telenovelas.

—¿Y usted, niña Isabel? —preguntó don Chepe, un compatriota muy parlanchín.

—¿Nina? —inquirió la chiquilla extrañada, provocando la risa de los presentes.

—En El Salvador —le explicó Isabel— es usual llamar niñas...

—Siempre que se acompañe del nombre —puntualizó el bueno de don Anacleto. Había sido maestro en Ahuachapán.

—...a las señoras mayores —concluyó Isabel, agradeciendo la matización a don Anacleto con una leve inclinación de cabeza.

—Ahhhh, yo no sabía —comentó Diana.

—Pa' Gringolandia —dijo doña Isabel retomando la conversación con don Chepe—. Como todos, ¿no?

—Pues claro, cómo no. Dicen que allí hay buenos jales —apuntilló don Anacleto.

—¿Gales? —preguntó Diana.

—Trabajos —le aclaró el sobrino de Isabel sin apenas levantar la vista y poniéndose rojo como un tomate cuando ella le sonrió a modo de agradecimiento.

Desde ese momento, y durante los dos días siguientes, se convirtieron en inseparables: caminaban, comían y se reían juntos. Fue todo muy rápido e inesperado, pero eso no hacía que ambos sintieran menos el uno por el otro. La intensidad con la que ocurrió convertía en especial cada minuto que pasaban juntos, haciendo que el mundo acabara y empezara de nuevo cuando él cogió por primera vez su mano. «¿Es esto el amor?», era la pregunta que sonaba una y otra vez en la cabeza de los chicos. Al ser inexpertos en la materia no sabrían asegurar si esa sensación tan maravillosa que revolvió sus estómagos era la causa de que los adultos peleen, griten y lloren tanto. ¿Cómo algo tan puro podía desencadenar tanto dolor?

Él la miraba a los ojos y solo sentía vértigo, como si de su mirada se desmoronara hacia el abismo y ella, solo ella, pudiera evitar que cayese. Aun así, caer no le importaba. No en ese lugar. No en sus ojos. Todo lo que ella pensaba, decía y expresaba le parecía extraordinario. No sabía muy bien si era porque nunca se había fijado tanto en cada detalle de una persona, o que todo lo que ella tenía hacía más especial cada minuto que pasaban juntos.

Le fascinaba mirarla sin ningún motivo solo para apreciar su belleza y sonreír porque se sentía un privilegiado de poder contemplarla.

La noche anterior a la desdicha, Luis Fernando preparó con ilusión una cena improvisada. Como tenía mucha imaginación se sirvió de un conjunto de rocas a modo de mesa y sillas. Como mantel, utilizó la manta de cuadros ingleses de doña Rosa, siempre tan presumida ella; y de velas, la luz de un par de linternas. El menú fue una lata de frijoles: no había para más, ya estaban en las últimas. Pero nunca hubo una cena más romántica, y, sobre todo, llena de amor. El sobrino de Isabel incluso preparó una pequeña poesía que le recitó a Diana, para deleite de todos, a modo de improvisado Romeo mientras ella, como si de Julieta se tratara, la escuchaba encaramada en la roca que habían utilizado como mesa y que ahora hacía las veces de balcón. Quedó grabada en su mente como la marca del hierro candente en el ganado. Aún se le desgarraban las entrañas cada vez que la rememoraba:

*Del mar nace la brisa,  
del nublado cielo la lluvia grata,  
de los niños la risa,  
de tus ojos de gata,  
el amor que por incierto me mata.*

A lo que Diana replicó:

*Apesadumbrado amor, sosiégate  
no te oprimas ni des nada por hecho  
que el corazón que mora en mi pecho  
tan solo por ti palpita y late.*

Lo habían planeado entre ambos para que pareciese espontáneo, y así fue. Hubo, incluso, a quien se le escapó una lágrima. Y no fue de mujer. Su amor reconfortaba al grupo y les daba fuerza y esperanza en aquella situación tan desesperada. Les hacía pensar en todas las cosas buenas de la vida y en la creencia de un futuro mejor. Hasta que, al cuarto día, justo cuando tenían que cruzar la frontera, la ilusión se quebró y le sucedió la tragedia.

—¡Ándele! Acelérense todos a mi alrededor. ¡Ahí viene la tira! —comenzó a gritar Esteban, el pollero, señalando la polvareda que se acercaba—. Venga, no pierdan la calma. No más que vienen por lo suyo. ¡Preparen la plata! Apúrense.

Ya lo esperaban, iba incluido en el *bisnes*. En cuanto llegaran a la frontera tendrían que pagar para poder cruzar. Era la única forma de que Esteban pudiera seguir con su negocio.

—No hay pena —dijo para tranquilizarlos—. En cuanto agarren su mordida se abrirán, no más. No platiquen ni digan nada. Yo me encargo.



Así que se apresuraron todos a depositar su parte en el sombrero que colocó en el suelo. Bueno, todos no. La señito de las gringuitas no puso nada, tan solo se limitó a intercalar una mirada cómplice con el pollero y a llamar a las chicas, las cuales, como si ya supieran lo que tenían que hacer, se alejaron formando una hilera.

Un porrudo maitro, impecablemente vestido, con dos cuilios a lo que se veía un sargento y un cabo, se bajaron de un enorme carro gris con los cristales tintados. Sin mediar palabra, el cabo se dirigió a recoger el bojazo que Esteban le ofrecía mientras el sargento comenzó a contar a los inmigrantes.

—Veintisiete —voceó.

—Está todo —confirmó el cabo, tras comprobar el dinero, encaminándose entonces los tres hacia el grupito de las gringas.

Cuando llegaron, el choncho entabló a bisbisear con la señito, como si se conocieran, y, bajando levemente las gafas de sol, comenzó a escudriñar a las niñas mientras la señito no paraba de sonreír.

—Esteban, ¿qué carajo está pasando? —preguntó Isabel, inquieta. Aquello no le olía nada bien—. Se suponía que en cuanto tuvieran su parte se marcharían a toda pastilla.

—Cómo no, güerita —le contestó el pollero—. Pero aún no han cobrado del todo. Les falta el peaje de las gringuitas. No se preocupe, en un ratico se habrán largado. —La

cara de extrañeza de la mujer lo debía decir todo, porque agregó, a modo de aclaración—. No me mire así. ¿Qué? Hay más de una forma de pagar.

—¡Gran poder! —profirió, desconcertada, dándose cuenta del verdadero cometido de las chicas—. Pero si aún son unas bichas —añadió mientras la embargaba la pena por el destino que les esperaba.

—No se preocupe, ellas ya sabían que esto iba a ocurrir. No más, agarrarán tan solo a una. ¡Cómo cree! ¿Dónde estaría el negocio si sus patrones perdieran toda la mercancía? ¡Que no se me apure nadie! —advirtió de repente, subiendo ligeramente el tono mientras miraba a ambos lados para asegurarse que todos lo habían oído—. ¡Que estos son venenosos! Mire —apuntó mientras señalaba con la mirada—, el botijón ya ha enchufado.

A Isabel el corazón le dio un vuelco cuando vio a Diana dirigirse hacia el carro tras el choncho y los dos chotas e instintivamente se dirigió hacia De Jesús, su sobrino el mayor, pidiéndole con la mirada que agarrara a Luis Fernando, que ya se abalanzaba hacia donde se encontraban los tres hombres. El mayor reaccionó con una inusitada rapidez sujetando a Luis Fernando al vuelo por atrás, tapándole la boca con fuerza mientras este no paraba de forcejear.

—¡Mijo, detente! ¿Qué vas a hacer? ¡Que esos te matan! —le dijo Isabel para que cesara

en su empeño, pero él, fuera de sí, intentaba librarse—. ¿No te habías dado cuenta de que era una puta? Ellos tan solo cobran su peaje — le espetó en plena cara. No se le ocurrió otra forma más cruel de desgarrarle el corazón y de esa forma hacer que reaccionara.

Al momento se quedó quieto, completamente desconcertado, irrumpiendo a llorar desconsolado. De Jesús lo soltó lentamente y dándole la vuelta lo apoyó contra su hombro mientras le pasaba la mano por la cabeza para confortarlo.

Uno de los cuitos, percatándose de lo ocurrido, avisó al gordo y los tres, seguidos de Diana, se acercaron hacia nosotros.

—¿Qué calentada le pasa al verraco? — preguntó sacando una pistola y apuntando a la cabeza de su sobrino, que no paraba de llorar sin levantar, de vergüenza, la cabeza del hombro de su hermano.

—Na, don Sebastián —contestó Estaban con la mirada baja—. No más que la chamaca y el chavo, sobrino de la doña aquí presente, se enamoraron. Cositas de la edad. El otro es su carnal —añadió en referencia a De Jesús.

—Por mi Dios —dijo Isabel llamando la atención de don Sebastián—. Mire usted, que son cosas de chamacos —explicó a modo de súplica.

Y mientras el muy cabrón bajaba la pistola, De Jesús soltó a su hermano y, para

sorpresa de todos, sacó un hierro con el que apuntó a los mexicanos.

—¡Olé, tus huevos! —dijo don Sebastián mirando con admiración a los ojos del sobrino—. Pero me parece que tienes más huevos que cerebro. Y ahora, ¿qué? ¿Vas a darnos bala a los tres? ¿Serás tan rápido? —preguntó serenamente.

—Calmémonos todos —dijo Esteban en un patético intento por reconducir la situación—. No más que podemos llegar a un trato.

—Venga, vieja, ¿a quién quiere salvar? —le preguntó don Sebastián a Isabel mientras señalaba a Diana ante la mirada desafiante de Luis Fernando—. ¿A su coño o a sus sobrinos? Decídase.

Antes de que Isabel pudiera contestar, Luis Fernando comenzó a suplicar lastimeramente a De Jesús que salvara a su amor, que los matara, que él podía hacerlo. Diana miró a Isabel de forma desgarrada y pronunció unas incompresibles palabras en su idioma.

—A mis sobrinos —masculló mientras hacía una señal a De Jesús para que bajara el mazo.

—Buena decisión, doña —dijo don Sebastián—. No se arrepentirá.

Pero sí se arrepintió, porque con esa decisión perdió a los tres: sus dos sobrinos y Diana. Más nefasto fue estar convencida de que De Jesús los hubiera matado antes de que

ninguno de los porcinos hubiera podido pestañear.

A la mañana siguiente, cuando se levantaron encontraron a Luis Fernando desangrado. Se había cortado las venas con la tapa de la lata de frijoles que había compartido con Diana.

## Sebastián

El almacén había sido convenientemente despejado de las balas de heno, aparejos y demás utensilios que habitualmente lo poblaban. En sus encaladas paredes se podían apreciar salpicaduras de sangre. La pestilencia que impregnaba el lugar, mezcla de orines, excrementos y sudor, provenía de las víctimas y sus verdugos.

Doña Alejandra estaba de pie completamente desnuda. Sus brazos, en alto, fuertemente maniatados en torno a sus muñecas por una cuerda que pendía de una polea sujeta al techo. El otro extremo del cordel estaba atado a una argolla calada a la pared. Tenía el cuerpo magullado por todas partes. Le habían estado dando correazos durante unos eternos diez minutos.

El próximo sería don Sebastián, y con él terminaban una ronda de torturas. Al ver que empezaban de nuevo con el primero de los infelices doña Alejandra se preguntó si seguirían un orden. ¡A saber si continuarían así toda la noche!

La señora de la hacienda había desaparecido días atrás. No estaba claro cómo, ni nadie en la hacienda había visto nada. Don Víctor no se lo creía, ni ella tampoco. Alguien tenía que haberla ayudado a escapar, eso era seguro. Pero, ¿quién? Ella desde luego no, pero el patrón buscaba respuestas y no pararía hasta encontrarlas.

Doña Fernanda había salido a pasear la mañana anterior, bien temprano como los últimos veinte días, en el viejo Fortinga<sup>2</sup> de la colección privada del patrón. Pero esta vez no había regresado. El viejo cacharro había aparecido en mitad de la nada, a unos veinticinco kilómetros al sureste de la hacienda por el viejo camino de los Rurales. No había más pistas. Era como si se hubiese desvanecido en el aire.

Y aquel no era el único hecho fatídico acontecido ese nefasto día: una familia entera, el matrimonio y sus cinco hijos, incluido un bebé de tres meses, había sido salvajemente acuchillada.

Alejandra aún recordaba la primera vez que había visto a la señora antes de que el patrón se encoñara con ella. Fue durante su llegada a la hacienda, poco después de que la capturaran en la frontera. El día que, en cuanto el carro gris arrancó, lo último que vio Diana a

---

<sup>2</sup> Automóvil modelo Ford T, coloquialmente conocido como Tin Lizzie o Flivver en EE.UU y como Fortinga o Ford a bigotes en Argentina. Fue fabricado entre 1908 y 1927.

través de los cristales tintados fue la desesperación de su enamorado, arrodillado mientras se daba cabezazos contra el suelo. El dolor le salía del corazón. La escena provocó la risa del chota que conducía, el sargento, siendo al pronto coreado por el otro policía, el cabo.

—Pero si parece la escena de una telenovela —había añadido en tono jocoso mientras miraba a la chica que lo acompañaba en la parte trasera del carro—. Anda que no han quedado bien prendidos estos chavos.

Don Sebastián, que contemplaba todo con la ventanilla bajada, no se rio lo más mínimo. Si la chica no estaba intacta, habría problemas, eso seguro. Esteban el pollero pagaría las consecuencias, lo que no le angustiaba lo más mínimo a Sebastián, pero sí le concernía hasta qué punto él quedaría libre de culpa.

Cuando llegaron a la hacienda Tres Marías la gobernanta, doña Alejandra, también conocida como la señorita Ávila porque aún permanecía soltera, les estaba esperando en el patio.

En cuanto el vehículo se paró don Sebastián y los dos policías se bajaron a la vez por sus respectivas puertas, sin que Diana hiciera lo propio por la suya. La chica se quedó quieta en su asiento, sin saber qué hacer. Al momento el chota con el que había compartido asiento le hizo una indicación con la mano para que bajara del coche, a lo que ella obedeció



saliendo por la misma puerta que el cabo había utilizado.

—Pero qué cosa más linda nos traen aquí —comentó la gobernanta en cuanto la vio—. Tranquila, chiquilla, que no te va a pasar nada —dijo para serenarla. Se veía a la legua que estaba muy excitada—. ¿Comprende lo que le decimos? —preguntó dirigiéndose a don Sebastián. A lo que este contestó encogiéndose de hombros para dar a entender que no tenía ni idea.

—¿Y su nombre?

—No sé. El pollero me dijo que les decían las gringuitas, al grupo con el que venía. Si le sirve.

—Niña —preguntó la señorita Ávila—, ¿hablas algo de español?

Diana optó en ese momento por poner cara de extrañeza pronunciando unas pocas palabras en su idioma nativo, para dar la impresión de que no comprendía nada de lo que decían. Pensó que eso le daría cierta ventaja, ya que les entendía perfectamente.

En cuanto la gobernanta vio el semblante de Sebastián barruntó que algo no iba del todo bien.

—Y a usted, don Sebe, ¿qué le pasa?

—Na, Señá, habrá que examinar a la chica. Igual está inservible.

—¿Y esa chingada? —comentó la señorita Ávila—. Ya sabe cómo es el patrón para estas cosas.

—No más que anduvo en amores con un chamaco que hacía su misma ruta. Parece que le pegó bien duro —le aclaró don Sebastián.

—No chingue. La examinaré enseguida. Tú —dijo mirando hacia Diana mientras hacía un gesto con la mano—, sígueme.

Diana no hizo ningún movimiento para acompañar a la gobernanta para mantener su actuación, pero captó perfectamente el sentido de la conversación. No había problema, su amor había sido inmaculado. Aunque su alma se descuartizó pensando en cómo iba terminar toda aquella pureza.

Doña Alejandra, que no podía intuir nada de lo que estaba pasando por la cabeza de la chica, la cogió con brusquedad por el brazo para guiarla hacia el interior con el fin de comprobar los temores de don Sebastián.

Pero todo estaba en orden.

La señorita Ávila le hizo a don Sebastián una seña de afirmación con la cabeza desde el corredor que daba a la estancia del patrón. Don Sebastián respiró tranquilo. No había problema, la chica valía. Ahora era cosa de otros que las cosas se desarrollaran como debían. Él ya había cumplido.

En realidad, Víctor Sandoval, patrón que apodaban la Avispa en los narcocorridos en los que era frecuente que se cantase sus supuestas hazañas, quería a la chica para la festividad del decimosexto cumpleaños de su único hijo. El muchacho estaba estudiando en un exclusivo

internado suizo y pronto regresaría a casa para la celebración. La muchacha era su regalo.

Darí­a instrucciones a doña Alejandra para que le indicara exactamente lo que se pretendía de ella, con el fin de que encandilase a su chamaco y le hiciera el amor convirtiéndolo en todo un hombre.

—¿Cómo se llama? —preguntó Sandoval a su gobernanta a las pocas horas de su llegada a las Tres Marías, cuando esta pasó a informarle.

—Aún no lo sabemos. Desde que llegó no ha soltado una palabra. Don Sebe comentó que le decían la gringuita.

—¡No mame! ¿Qué chingada me está contando? ¿Acaso no platica el idioma o no más que es muda, pues?

—No, muda no es la chiquilla. Pero a lo que parece tan solo habla su idioma —contestó ella temerosa. El patrón era peligroso cuando se enojaba.

—¿Es que tengo yo que hacerme cargo de todo? —gritó Sandoval visiblemente enfadado—. Les dejé bien claro a esos pendejos que la muchacha debía manejarse en español, carajo —exclamó antes de respirar profundamente al objeto de calmarse y preguntar, ya más sereno—: ¿Entiende algo de lo que se le platica?

—Parece que no —contestó la gobernanta.

—Pues tenemos un problema. No quiero que mi chico se la chingue sin más. Ha de ser algo especial. Tiene que resentir —añadió con énfasis a la vez que apretaba el puño y movía el brazo para reforzar lo que deseaba transmitir— las sensaciones y las emociones de un primer amor. Vivir la conquista en su plenitud. —La boca se le llenaba con palabras que denotaban un efervescente sentimiento de macho alfa—. Ha de tener un grato recuerdo que le perdure toda la vida. Y nunca, bajo ningún concepto, ha de saber que fue algo conchabado. ¿Entendido?

Doña Alejandra asintió con la cabeza.

Don Víctor Sandoval no se molestó en transmitir su deseo a ninguna otra persona. Sabía que con dar a conocer su voluntad una sola vez era más que suficiente. No era Dios pero, en algunos aspectos, se le parecía.

—Invéntese cualquier pendejada — continuó dándole instrucciones Sandoval a su gobernanta— para justificar su presencia por el tiempo que esté en la hacienda.

—Patrón, no se apure, déjelo de mi mano. Yo me encargo personalmente —dijo la señorita Ávila conciliadora—. ¿Alguna vez le he fallado? Diremos que es la ahijada de mi hermano, el que está en Alemania, y que está acá para aprender el idioma.

—No sabía que tuviera un hermano al otro lado del charco —comentó Sandoval intrigado. Le resultaba extraño que no supiera ese detalle de su gobernanta. Otra nueva cagada

de la que se enteraba hoy. Le gustaba saber todo lo relacionado con las personas que lo rodeaban. No era por chismorreos, tan solo por pura seguridad.

—Ahora sí —contestó ella dando a entender que se lo había inventado.

—Ahhh, ya le agarro la onda—ultimó don Víctor.

—Mírale patrón, aún faltan cuatro meses para el evento. No pierda cuidado. La iré instruyendo poco a poco en lo que se pretende de ella. Le aseguro que la chica estará lista cuando llegue el día. El joven creerá en todo momento que está viviendo un apasionado romance.

—Órale pues, pero recuerde que no tenemos todo el tiempo del mundo.

—Haremos lo que podamos —concluyó doña Alejandra para, a continuación, preguntar solícita—. Patrón, ¿me permite una pregunta?

—Pos claro, cómo no. Después de tantos años nos tenemos confianza, ¿no? —convino Sandoval animándola—. Ándele aflójele, pregunte lo que sea. No se me corte.

—¿Qué será de la morra cuando todo esto termine? —inquirió tímidamente.

—Vaya, sí que me ha salido metiche. ¿A usted qué le parece? No me diga no más que le ha tomado cariño a la criatura. Pues que volverá —contestó don Víctor con voz firme— al lugar dónde estaba destinada. No pensará que la vaya a casar con mi único hijo. Pero no se haga mala

sangre. Piense en todo este tiempo que vivirá como una reina. Eso que se lleva.

Los nazis habían proclamado la superioridad de unas personas sobre otras; don Víctor y los de su calaña simplemente la practicaban.

Diana quedó muy desconcertada. Esperaba, tal y como la habían predispuesto para que se fuese haciendo a la idea y no cometiera ninguna tontería, una miserable vida de prostitución en un sórdido burdel, puesto que eso era lo que pensaban sus antiguos propietarios a lo que la iban a destinar los mexicanos. Así que no acababa de comprender qué hacía en la hacienda hasta que, pasado un tiempo, comenzaron las visitas, siempre de noche, siempre en su habitación. Tan solo él y ella. Y él nunca decía nada.

Durante las semanas siguientes a su llegada, aquella mujer que administraba la casa, extremadamente amable y cortés, la condujo por todas las dependencias de la hacienda, enseñándole la mayor parte de las estancias, apuntándole los horarios, mostrándole los lugares a los que podía acceder e indicándole, como no podía ser de otra manera, cuáles eran los límites. Pero eso era algo que esperaba desde que vio la cantidad de hombres armados que había por todas partes. Menos mal que entendía perfectamente lo que la buena señora le quería decir, porque si hubiera tenido que guiarse por los ademanes y los signos que

realizaba para hacerse comprender a buen seguro que no hubiera captado nada de lo que le quería transmitir.

A medio camino entre la brutal madurez a la que la había sometido la vida cuando fue reclutada por un grupo de despiadados proxenetas, y la infancia plagada de fantasías en la que se había criado en su país natal, viendo precisamente telenovelas sudamericanas, se le hacía imposible distinguir la realidad de la fantasía.

Su idea de un lugar como aquel era el de un mundo romántico plagado de amores imposibles, de mujeres extremadamente astutas y malvadas, de hombres buenísimos conviviendo con miserables, de galantes caballeros y bellas damas, de rufianes y villanos, en las que todos estaban ligados por lazos de parentesco. Si hasta comenzó a mirar de reojo buscando alguna bondadosa persona ciega o impedida. Su alterada mente comenzó a forjar una especie de ensoñación con todos los personajes, típicos de las telenovelas, y de los que no había aún no le cabía duda de que tarde o temprano irían apareciendo. Una vez comenzase a intimar con los buenos y estos comprendiesen su situación la ayudarían seguro, serían su tabla de salvación. No sería tarea fácil y tendría que pasar por toda clase de desdichas, pero no debía de estar excesivamente preocupada, porque al final todo se solucionaría y el amor vencería.

Eso era seguro.

«Ahora —pensaba— las cosas se complicarán en extremo y tendré que estar alejada de mi amor durante un tiempo».

La desconcertante situación, por inesperada, acrecentó más su imaginación y comenzó a montarse una película o, mejor dicho, una telenovela en su cabeza, dando lugar a todo tipo de especulaciones sobre quién era quién dentro de la hacienda y el lugar que ocupaban en la misma. Diana consideraba a Alejandra, por las labores que hacía, como la amantísima esposa del dueño de la hacienda. Los dos formaban, en su imaginación, un matrimonio perfecto al que todas las cosas comenzarían a complicárseles en cuanto apareciese en escena, y nunca mejor dicho, una bella e intrigante mujer.

La hacienda, a ojos de Diana, era impresionante. Ya sabía por la televisión que aquellos lugares eran espectaculares, pero estar allí, dentro de esas paredes, le parecía lo más maravilloso del mundo. El casco, como se conocía a la casa señorial, estaba dispuesto en forma de «U» alrededor del patio central de la vivienda. Diana se sentía como en un palacio. Toda la decoración y pintura estaba sumamente cuidada. Todo había sido tratado con muchísimo mimo, especialmente la estancia, adornada con unas preciosas plantas y carísimos cuadros. Parecía una parte muy importante del edificio.



También le encantaban las caballerizas, de las cuales le llamaba mucho la atención el gran número de impresionantes animales tan bien cuidados que estaban allí. Todo el terreno era tan enorme que la casa dejó de parecerle inmensa con el paso de los días, aunque lo fuera. Constaba de dos pisos, siendo el superior un alargado pasillo lleno de habitaciones, sobre todo destinadas para recibir invitados.

Cuando conoció a Panchita, una de las empleadas del servicio doméstico de la hacienda, pensó en ella como la criada buena y sufrida que ayudaría en todo para que se arreglaran los malentendidos que a buen seguro se iban a producir.

Lo que no acababa de encontrar por ninguna parte, y mira que no paraba de escudriñar todos los lugares, era el pobrecito, o pobrecita, ciego o impedido.

—¿A quién carajo busca? —preguntó Mercedes, la chica que habitualmente les servía el desayuno en una estancia cercana a la cocina donde solían encontrarse por las mañanas Diana y su instructora antes de comenzar la jornada.

La muchacha había visto que, como todos los días, Diana no paraba de escudriñar con la mirada todas las puertas.

—No lo sé —contesto doña Alejandra—. Lleva así desde que llegó. Siempre parece que está buscando algo con la mirada. En cuanto ve a alguien nuevo se queda un rato mirándole, como analizando de quién se trata.

Tras el refrigerio, doña Alejandra le indicó a Mercedes que acompañara a Diana a su habitación, puesto que ese día no se encontraba con fuerzas para estar con ella. Los nulos progresos de la chica con el idioma la estaban desalentando. Entonces quiso la casualidad que al pasar por el largo pasillo que daba a la habitación de Diana encontraran postrado en una silla de ruedas a don Francisco. Mercedes fue incapaz de comprender por qué el rostro de la chica se iluminó de aquella manera. Su cara parecía denotar esperanza. Pero fue aún más impactante, aunque también revelador, cuando la chica hizo la señal de la cruz. Aunque la terminó un tanto raro, de derecha a izquierda<sup>3</sup>, a Mercedes se le encendió una luz en la cabeza.

Corrió a decírselo a doña Alejandra, que comprendió enseguida que quizás lo mejor era llevar a la chica con el sacerdote polaco, en el pueblo. A lo que parecía, la chica venía de alguno de aquellos países europeos en los que don Bienvenido había ejercido. A buen seguro que entendería la chingada de idioma que hablase.

---

<sup>3</sup> En la confesión ortodoxa la persignación se realiza de arriba abajo, al igual que los católicos, pero terminan la señal al contrario que estos, que lo hacen de izquierda a derecha.

## Vladimir

No muy lejos de la hacienda se encontraba el humilde pueblo de San Cristóbal. El pueblo era, tras un periodo de cruentas luchas entre narcos, un remanso de paz. Territorio indiscutible del cártel al que pertenecía el dueño de la hacienda Tres Marías. En él ejercía de cura, aunque nunca había sido ordenado sacerdote por la Iglesia católica —ni ninguna otra— don Bienvenido Guzmán, un curioso personaje seguidor de las enseñanzas de Cristo en su acepción literal, pero completamente ateo, al que las gentes del lugar vinieron a llamar el padrecito polaco, porque cuando se asentó en el pueblo, para que nadie hurgara en su pasado, afirmó venir de ejercer el sacerdocio en Europa y que su último destino había sido en ese país. Aunque su inconfundible acento argentino no dejaba dudas sobre su patria.

Don Bienvenido había nacido una cincuentena de años atrás en el seno de una pareja de convencidos zurdos. Se había criado

en un ambiente revolucionario donde predominaban las actitudes anticlericales. Ni siquiera se había bautizado, ni mucho menos realizado la primera comunión. Y, por supuesto, aquel no era su nombre verdadero, pero claro, ¿cómo un cura iba a llamarse Vladimir? Más tarde se había formado como estudiante de Filosofía, aunque nunca se llegó a graduar, en una de las universidades de su país. Estaba claro: era hijo intelectual del más puro racionalismo de izquierdas, forjado en las enseñanzas de Engels, Marx, Trotski y Bakunin. Podría decirse, aunque no era del todo exacto, que sus cuentos de cabecera fueron las novelas del humanismo utópico. Su madre lo acurrucaba con lecturas de pasajes de *Nueva Atlántida*, *Utopía* o *La ciudad del Sol*.

Desde que tuvo uso de razón había sido un ateo con una furibunda animadversión contra todo lo que representaba la iglesia como instrumento opresor de la clase trabajadora. El opio del pueblo.

Así que jamás nadie le transmitió la doctrina de Jesús, ni él se molestó lo más mínimo en conocerla. Para él, el cristianismo y lo que representaba, sobre todo en su vertiente católica apostólica y romana, era la encarnación del enemigo ideológico de aquello que había que combatir hasta que desapareciera de la faz de la tierra. Pero todo eso cambió cuando en Honduras, en una de las múltiples causas revolucionarias de las que abrazó de joven,

huyó de un escabroso episodio de su época de estudiante que tan solo él conocía. Allí se topó con uno de aquellos sacerdotes de la llamada teología de la liberación: el padre Manuel García, que, para su asombro —porque para él todos los curas eran unos bacanes—, no solo predicaba el Evangelio, sino que convivía y compartía las penurias con el pueblo al que quería redimir.

En las largas noches en la selva, tras las duras caminatas diarias, Vladimir fue conociendo, a su pesar, a Jesús. Fue a través de las lecturas que don Manuel realizaba en voz alta de las Sagradas Escrituras para quien quisiera escucharle en la hoguera que, junto a un pequeño grupo de acólitos, expresamente elaboraban para tal fin. Y no eran pocos a los que les importaba un rábano lo que allí se predicaba, pero se acercaban al calor del fuego para evitar tener que ir ellos a por su propia leña. Otros, en cambio, preferían crear su propio calor, aunque les costara un esfuerzo extra. Preferían no gorronear el calor del enemigo. A este segundo grupo pertenecía Vladimir.

Si por Vladimir fuera, bajo ningún concepto aquel bableta hubiera podido ejercer lo que él consideraba un claro adoctrinamiento. Había tenido bastantes discusiones, algunas acaloradas, con el comandante del batallón sobre el tema, pero este le dejó claro que el padre tenía el derecho a predicar para aquellos

que quisieran escucharle, así que al final se dio por vencido.

Y así, muy a su pesar, se convirtió en cumbiero de las palabras de aquel predicador. Al principio no le prestaba la más mínima atención, pero lo oía, como no podía ser de otra forma. La distancia entre las improvisadas fogatas, por razones de seguridad, era pequeña, y el sacerdote tenía un vozarrón con el que se hacía notar, pues esa era claramente su intención. Lo oía, sí. Pero para nada lo escuchaba, así que, pese a que las palabras eran captadas por sus oídos, su cerebro ni se molestaba en procesarlas. Poseía una barrera mental que las desechaba sin llegar a enjuiciarlas o analizarlas. Con el tiempo aquella guardia mental se fue relajando hasta el punto de que, casi sin darse cuenta, empezó a recapacitar sobre alguna de las historias que entablaron a hacer mella en su firme intelecto, plagado de anticlericales prejuicios. Asimilando parte de las enseñanzas del nazareno y comprendiendo que una cosa era aquel hombre, que parecía extraordinario en sus preceptos, y otra muy distinta la iglesia, que se había adueñado de su legado. Lo que Vladimir aborrecía.

Comenzó a cachar que nada tenía que ver lo que había predicado con lo que luego sus autoproclamados seguidores habían practicado.

—Habéis oído que se dijo: «Ama a tu prójimo y odia a tu enemigo». —La voz de don

Manuel resaltaba sobre las conversaciones del resto de los fuegos—. Pero yo os digo: «Amad a vuestros enemigos y orad».

Esto último a Vladimir le dio que pensar. ¿Cómo era posible que en nombre de aquel hombre de paz, que abogaba por el amor al prójimo y para el que todos los hombres eran iguales, se hubiera construido una religión de opresión? «Sus palabras —caviló para sí— coinciden plenamente con la reflexión de Frei Betto sobre qué era ser de izquierdas: ser de izquierdas es optar por los viyucas, indignarse ante la exclusión social y considerar una aberración toda desigualdad, como decía Bobbio».

Y sin terminar de replicar al camarada, que estaba defendiendo la mayor efectividad de las posiciones reformistas frente a los enfoques radicales como instrumentos de cambio social en las democracias occidentales —aunque no dejaba de reconocer la inutilidad de estas frente a los regímenes dictatoriales de América del Sur, donde solo era posible realizar cambios mediante movimientos revolucionarios— se dirigió a la fogata de los sermones, como era conocida.

—«Vendrá un día en que todo esto que veis quedará totalmente destruido; no quedará piedra sobre piedra». ¿Qué pensáis sobre esto? —preguntó el sacerdote a sus congregados en un inútil intento de hacerles reflexionar y debatir sobre lo leído.

—Que las sociedades opresoras, basadas en las desigualdades sociales, han de ser destruidas. No ha de quedar nada de ellas —dijo Vladimir mientras se aproximaba desde la hoguera contigua iniciando así una curiosa relación tertuliana con el padre Manuel y comenzando su camino de no retorno como discípulo de las enseñanzas de Jesús-hombre, prescindiendo de su faceta divina.

—Curiosa manera de verlo —replicó don Manuel, añadiendo a continuación—: ¿Y qué opinas entonces de esta cita? «Si quieres ser perfecto, ve a vender todo lo que tienes y dáselo a los pobres».

—¿No le parece, padre, que es como si estuviera expresando la máxima de Marx: «De cada cual, según sus capacidades; a cada cual, según sus necesidades?»». Solo un rata comilón quiere más de lo que necesita. No cabe duda de que el zarrapastroso tenía los pies muy bien puestos en la tierra —añadió enfatizando esto último a modo de puya contra el padre para resaltar su postura en contra de la divinidad del personaje.

—¡Ah, no me digas! —replicó el padre Manuel, al que le encantaba cotejar opiniones sobre Jesús frente al hombre que tanto se había opuesto a su labor, pero al que le dolía aquella idea de prescindir de la divinidad del personaje que Vladimir acababa de insinuar—. ¿Y por qué entonces añadió «Así tendrás un tesoro en los cielos»?



—¡Sos divino! —dijo con doble sentido Vladimir, en aquella esgrima de intelectos—. Eso, padre, era necesario en la época en la que vivía. Comprenda que aún faltaban muchos siglos para que Dios desapareciera de la ecuación de la creación del universo. Por aquel entonces era inconcebible no aceptar la existencia de un creador. Empleaba el lenguaje y los credos propios de la sociedad del periodo que le tocó vivir. Las creencias adquieren entidad en cuanto alguien está convencido de que son reales. Es la gente la que ha fabricado a Dios, no al revés. Creer en él condujo a su existencia. Es como el odio o el amor, ¿serían una realidad si nadie odiase o amase?

—Aunque no estoy de acuerdo contigo en esa interpretación atea de su persona, coincido en que sus enseñanzas son socialmente izquierdistas —replicó don Manuel.

—¿Sabés, padre, el porqué de la diferencia entre derechas e izquierdas? —inquirió Vladimir, con ese peculiar acento argentino, mientras en los rostros de los que escuchaban se dibujó un semblante de intriga.

—No—contestó don Manuel—, ilústranos.

—Fue durante la Asamblea Nacional Constituyente surgida de la Revolución Francesa. Los diputados que estaban a favor de que el monarca mantuviera su poder absoluto se situaron a la derecha del presidente de la Asamblea, y los que estaban en contra a su

izquierda. Después de aquello el término derecha quedó asociado a las políticas que se oponían a las reformas y el de izquierda, gracias a Dios —añadió irónico con clara intención de molestar—, a las que apoyaban los cambios sociales.

—Dejemos a Dios en paz, si no le importa —le reprochó un tanto molesto don Manuel.

—Sí —asintió Vladimir sin bajar su entonación beligerante—. Mejor no agradecerle nuestras dichas, así no tendremos que reprocharle nuestras desdichas.

Y de esa manera, entre lumbre y lumbre, continuó aquella particular confrontación de pareceres sobre los hechos narrados en los evangelios entre aquel cura, hijo de la teología de la liberación, y aquel revolucionario, producto de una alienante educación paterna, coincidiendo, ambos, en la parte humana del personaje y divergiendo en la divina.

—Estará usted de acuerdo conmigo en que se está refiriendo al principio de redistribución de la riqueza como base para la justicia social —le comentó el padre Manuel a Vladimir tras terminar la lectura del pasaje de la ofrenda de la viuda, referido en el Evangelio según San Lucas<sup>4</sup>. Últimamente parecía que el

---

<sup>4</sup> Jesús estaba en el templo, y vio cómo algunos ricos ponían dinero en las cajas de las ofrendas. También vio a una viuda que echó dos blancas. Entonces dijo a sus discípulos: «En verdad os digo que esa viuda pobre dio más que todos los ricos. Porque todos ellos dieron de lo que les sobraba, pero ella dio todo lo que tenía

padre solo hablaba para un único contertulio, prescindiendo de las opiniones del resto de los oyentes que no acababan de comprender muy bien qué era lo que se traían aquellos dos en sus interminables disquisiciones dialécticas—. Las clases altas, representadas por los ricos, deben aportar conforme a su fortuna; y el pueblo, representado por la viuda, ha de contar con medios para una vida digna.

—Concuerdo con vos —aseveró Vladimir en la misma línea que el padre—. En mi opinión está poniendo el dedo en la llaga...

—Nunca mejor dicho —matizó el padre Manuel.

—...sobre la injusticia —continuó su locución Vladimir sin reparar tan siquiera en la media sonrisa que el padre había esbozado ante lo ingenioso del comentario— que se establece cuando los gobiernos opresores al servicio de los oligarcas posibilitan que estos aporten al bien común tan solo lo que les viene en gana, cargando al pueblo con todo el peso de los costes que acarrea el Estado. Arrebatándoles, incluso, aquello que necesitan para subsistir.

No había duda, si se prescindía de las boludeces acerca de la divinidad del personaje, aquel carpintero de Galilea había sido un hombre excepcional que había sentado las bases de los principios de la justicia social y de la primera ideología comunista documentada,

---

para su sustento».

además de un amor al prójimo digno de Gandhi. Era un pacifista nato de un valor excepcional. Muy pocos habrían aguantado lo que él sufrió sin pronunciar una sola palabra de reproche o venganza hacia sus enemigos.

Así que, para regocijo del sacerdote y asombro de sus compañeros, le pidió a don Manuel un ejemplar de las Sagradas Escrituras para extraer de su lectura, mezclada con la hierba que fumaba para relajarse, su propia interpretación del Evangelio.

Si se aplicaban las enseñanzas del nazareno entonces el Reino de los Cielos tendría cabida aquí en La Tierra, donde sería posible que todos vivieran en paz y armonía, donde se aboliría la propiedad y no existiría la pobreza ni, por tanto, la explotación de unas clases por otras al carecer de sentido la acumulación de riquezas. Todo sería fraternidad y camaradería.

Lo primero en lo que devino su cambio fue en abandonar la guerra y toda forma de violencia completamente incompatible con su renacer.

En sus elucubraciones mentales, influenciadas por el humo de la «Virgen María», tenía muy claro que a eso se refería Jesús cuando hablaba de la resurrección. No era ni mucho menos un morir literal para regresar del mundo de los muertos: era una metáfora referida al nuevo revivir espiritual que se producía al comprender sus enseñanzas tras

renegar de toda violencia y abrazar el amor al prójimo en su versión más pura.

Vladimir comenzó su peculiar acción evangélica por diferentes caminos, atravesando todo el continente hasta que tuvo lo que vino en llamar segunda revelación, en ese lenguaje simbólico que utilizaba, al comprender que nada iba a cambiar y que lo único que podía hacer era llevar un poco de consuelo a la gente. Resultaba inútil explicar a los hombres las enseñanzas de Jesús sin darle la dimensión divina. Estaba convencido, tras haber leído y releído los cuatro evangelios, que en el fondo Jesús era tan ateo como él, pero que fue lo suficientemente inteligente —no en vano era un genio— para darse cuenta de que la única forma de llegar a las personas era hacerles creer que hablaba en nombre de una divinidad superior.

La naturaleza humana era perversa en su esencia, con tendencia a la maldad. No se había inventado porque sí a Dios, aquel vigilante que todo lo veía. Si los hombres estuvieran seguros de quedar impunes por sus malas acciones, cometerían toda clase de tropelías sin remordimiento alguno. Era ese temor al castigo divino lo único que los reprimía. Así que pensó que lo mejor que podía hacer era adoptar también la parte divina del personaje, no solo la humana. Aunque esto último fuera tan solo una pose de cara a la galería.

Y fue en ese momento de su vida cuando vino a dar a San Cristóbal, un pueblo que había sido muy castigado por las peleas entre cárteles rivales hasta que don Víctor Sandoval impuso su ley. Un lugar donde hacía mucho tiempo que nadie ejercía el sacerdocio. Los curas no tenían prisa por reunirse con el Creador.

Cuando Vladimir llegó la iglesia estaba completamente abandonada, aunque su estructura se mantenía firme. Así que, sin pensárselo dos veces, comenzó a restaurarla hasta hacer de ella su hogar. Ya no tenía edad para seguir rodando por los caminos, de modo que se asentó allí y, poco a poco, se fue convirtiendo en don Bienvenido, el cura de la municipalidad.

Aunque Roma jamás tuvo noticias de su existencia.

## Bienvenido

María, la Virgen María, la valedora de las causas perdidas. ¿Cómo pudo dejarse convencer con semejante disparate? ¿Cómo fue capaz de poner en manos de un politoxicómano la vida de su hija no nata? La suya propia no le importaba.

Pero, ¿cómo iba a saberlo? Además, su mente estaba completamente obnubilada por las más absurdas fantasías.

Si crees con firmeza en la existencia de brujas, a la fuerza terminarás por encontrarlas. Comenzarás sospechando de alguna miserable vieja solitaria que vive rodeada de animales, probablemente gatos —algunos de ellos negros— en una destartalada casucha alejada de la población. Empezarás a señalarla y a murmurar sobre ella al resto de tus convecinos, aunque algunos ni siquiera te escucharán. Relacionarás los sucesos dañinos y perjudiciales que te ocurran con cualquier hecho que ella haga. Creerás que la pérdida del hijo, que tanto amabas y cuyo dolor te ha amargado el corazón y nublado el entendimiento, fue debido a las

extrañas palabras que pronunció, aunque no las oyeras correctamente, mientras pasabas cerca de su morada y hacías gestos de protección contra su maleficio. O pensarás que la pésima cosecha que recogiste, tras un verano de sequía, se debió a un extraño gesto que realizó a tus espaldas cuando, tras cruzártela accidentalmente, te apartaste de su camino con temor. De tanto insistir acabarás consiguiendo, no sin esfuerzo, que la quemen en la hoguera. Vencerás con tus sólidos razonamientos la resistencia de los más incrédulos. Y confirmarás plenamente tus sospechas cuando, entre las llamas, te maldiga a ti y a toda tu descendencia.

La primera vez que la gringuita vio al padrecito polaco no se llamaba ni Fernanda ni Daniela, sino Diana, aunque sus captores desconocían su nombre y no estaba en condiciones de distinguir la ficción de la realidad. En el lugar donde se hallaba pocas cosas eran ciertas salvo la muerte, y las visitas que cada noche mancillaban su cuerpo.

El padre Bienvenido poseía una iglesia, cantaba misa, portaba sotana: a la fuerza tenía que ser el cura bonachón, alegre y divertido que con sus palabras de consuelo y sabios consejos ayudaba a sobrellevar las situaciones de dificultad y resolvía los conflictos. En todas las telenovelas aparecía el personaje, y esa era la única fuente de conocimiento que Diana disponía de aquel mundo.



No tenía ni la experiencia ni los conocimientos que le hubieran permitido ver con claridad que aquel supuesto clérigo no era el bondadoso y juicioso sacerdote que ella creía, sino un intelectual de izquierdas con la mente perturbada debido a la terrible mezcla de libros y drogas.

¿Quién podría culparla? Ni siquiera sabía lo que era un intelectual. ¿Cómo iba a conocer la mágica influencia que ejercen esos ávidos lectores de verbo florido si jamás había visto uno en persona? Mucho menos tratado con alguno. ¿Cómo iba a sustraerse de la magia que suscita en una seguidora de telenovelas un hermoso rostro hispano con bigote y perilla acompañados de un nombre que comenzaba por «don»? Para ella aquel hombre era todo respeto y veneración.

Lo que desconocía era que en el corazón de aquel falso sacerdote, a quien confundía con un esperanzador personaje televisivo, adormecía un espíritu atormentado que muy pronto ella despertaría. Y eso sería lo que fortuitamente cambiaría su suerte.

Tenían que llegar temprano a misa. Panchita no paraba de repetir que si querían tener asientos libres debían darse prisa. La iglesia, por lo visto, siempre se abarrotaba.

—¡Apúrele! —apremiaba Panchita a Diana.

Era curioso cómo su acompañante platicaba con ella actuando como si la

entendiera, aunque sin esperar respuesta, circunstancia que así era en realidad pero que la doméstica desconocía. Lo que Diana no acababa de entender era por qué le permitían ir a misa sin preocuparse lo más mínimo de que pudiera aprovechar la ocasión para escapar. Por supuesto, en ese momento desconocía que toda la comarca era una inmensa cárcel para ella. No podía ir a ninguna parte sin que sus captores lo averiguasen. Todo hombre, mujer o niño en la zona la vigilaba.

Llegaron tan temprano que no tuvieron problema alguno en conseguir asiento. Panchita le indicó que se situara en el extremo izquierdo del banco más cercano a la puerta de entrada. Justo al lado opuesto a la pila con agua bendita donde todo el mundo, al entrar, se persignaba antes de buscar un lugar donde acomodarse. La sirvienta ocupó el asiento contiguo junto a una de las varias hileras de velas encendidas que poblaban el recinto.

Un dulzón aroma a incienso de sándalo colmaba el ambiente.

A Diana no se le escapó la especial veneración que los congregados procesaban a la celebración eucarística. A la fuerza tenían que ser muy devotos. Poco a poco, una multitud de personas vestida con sus mejores galas acabó poblando la iglesia, que estaba particularmente adornada, aunque curiosamente nadie se sentó junto a Panchita. La gente le había hecho el vacío.

La celebración comenzó al son de unos hermosos acordes musicales interpretados por un pequeño mariachi, situado a la derecha del altar, justo donde terminaba el presbiterio. Ataviados con el atuendo tradicional, portaban, como no podía ser de otro modo, guitarra, guitarrón, violín, y la siempre presente trompeta.

Desde luego, aquel no era el rito de la iglesia ortodoxa que Diana profesaba. Era mucho más alegre. Pero la parafernalia que acompañaba a la celebración no le preocupaba, porque estaba segura de que Dios era el mismo.

Nada más comenzar la melodía de la sacristía don Bienvenido salió, precedido de un monaguillo, por una puerta lateral ubicada a la izquierda del ábside, próxima a la fuente bautismal.

Tras unos maravillosos quince segundos de armonía introductoria un vozarrón tan solo acompañado de la guitarra comenzó a corear la letra de uno de los más famosos cantos de entrada, justo en el momento en el que el cura y su acólito ocuparon sus puestos tras el saludo al altar:

*Venimos hoy a tu altar, a cantarte, Señor, pues tú eres la alegría de nuestro corazón...*

El cántico inundó el ambiente de una sensación de festividad colectiva.

*...Tú hiciste los cielos, los llenas de estrellas, de luz y calor. Tú pintaste la aurora, hiciste las nubes, las puestas el sol.*

El padrecito no tardó mucho en distinguir a Diana, y no solo porque la acompañara una de las empleadas domésticas de las Tres Marías. Era una mosca en un vaso de leche: no podía despistársele. ¿Cuántas de sus feligresas tenían aquel aspecto? Sabía, como toda la municipalidad, por qué el patrón la había traído. En aquella comunidad no había nada que no se supiera, aunque si fueras foráneo y quisieras hacer preguntas te responderían que no sabían nada. Más aún si la voluntad de don Víctor era que su chamaco nunca supiese que ella era su regalo especial por el decimosexto cumpleaños.

Los secretos en aquella comunidad se guardaban de la mejor manera posible: a la vista de todo el mundo. Si aparecía algún cadáver colgado de un puente, acribillado a balazos o con la cabeza cercenada, cosa bastante frecuente, este portaba la marca de su asesino. Hasta la garfía estaba al corriente. Y, sin embargo, el crimen quedaba irremediabilmente impune.

Lo paradójico era que los delitos no autorizados, los que se llevaban a cabo sin el debido permiso y que rara vez ocurrían, se resolvían todos en un tiempo récord. Aunque de esos tampoco nadie supiera nada.

Por saber se sabía hasta la razón de su presencia en su iglesia aquel domingo en

concreto. Y eso que, teóricamente, nadie le había dicho nada.

El sacerdote miró a Diana.

«¿Y ahora qué? —pensó don Bienvenido con gran pesar—. ¿Cómo puñetas lo voy a hacer?». Eso sí que era estar metido en el horno. Jamás había estado en Europa. A saber de qué jodido país era la niña y qué maldito idioma hablaba, seguro que uno ininteligible para un hispanohablante. El único que don Bienvenido hablaba.

Tan solo una cosa estaba clara en todo aquel desatino: con el cártel no se jugaba. Le iba a resultar imposible, en cuando descubrieran que jamás había estado en Europa, proporcionarles una explicación coherente para convencerles de que no era un infiltrado al servicio de la DEA o el gobierno federal.

Y no es que tuviera miedo a morir. Valiente, lo que se dice valiente, nunca había sido. Pero como ateo convencido —aunque últimamente su fe en la inexistencia de Dios ya no era tan firme— la muerte para él no suponía ninguna perturbación. Lo que le estremecía de verdad era la forma de morir y, sobre todo, los preludios que emplearían intentando exprimirle toda la información posible tratando de discernir la realidad sobre lo que les contaba y los posibles señuelos que tan solo existirían en la imaginación de sus torturadores. Llegado el caso, lo más sensato sería ofrecerles un relato coherente con lo que esperaban oír para que lo

matasen rápidamente. Sí, mucho mejor confesar ser un tapado de la DEA o alguna chingada por el estilo.

La realidad era tan surrealista que jamás iban a aceptarla. En todo momento pensarían que su intención sería desviar la atención de su verdadero cometido o de posibles cómplices.

Su agonía podría durar semanas.

*Tú creaste la risa, la paz y la dicha, la felicidad. Tú, al darnos la vida, nos das tus riquezas, tu eterna amistad.*

«Así que esta es —continuó diciéndose a sí mismo mientras aparentaba orar en recogimiento a la espera de que terminara el canto de entrada— la gringuita que Sandoval había hecho traer un par de meses atrás para estrenar a su pibe. Menudo obsequio de cumpleaños. De los que no se compran en una regalería». Esas graciosuras solo podían ocurrir en un lugar como aquel.

A medida que la observaba poco a poco la inquietud comenzó a apoderarse de todo su ser. ¡Joder! ¿Por qué tenía que recordarle a María sino se parecían en nada? La gringa era alta, María baja. Esta de cabello claro; su amada, oscuro. ¿Y qué decir sobre los ojos de verde intenso frente al negro azabache?

*Tú nos diste a tu madre, nos diste tu cuerpo, tu sangre en manjar. Tú nos das la esperanza, la fe y nos hiciste capaces de amar.*

Sus pensamientos se interrumpieron con el fin del solemne canto, momento en el cual,

tras persignarse, realizó el saludo ritual antes de regresar a sus cavilaciones durante el acto penitencial.

«¡Menudo macanazo! ¿Pero qué giladas pasaban por la cabeza del viejo tarado? Pretender que un sacerdote hiciera de alcahueta. Seguro que era una blasfemia. No dejaba de sorprenderlo la pasmosa tranquilidad con la que los católicos convencidos cometían los mayores sacrilegios. ¡Dios mío —rumió dolorido—, qué lástima que no existas! A ver cómo carajo te explicaban toda esta caterva de autoproclamados seguidores tuyos las guerras, los asesinatos, las torturas y toda la clase de injusticias y tropelías que han cometido en tu nombre y en el de tu amado pibe. No sé para qué huevos necesitabas al demonio con estos jodidos. Le han quitado todo el laburo al pobre».

Aunque, si Dios existiera, él también tendría mucho que explicarle. María volvió a sus pensamientos; mejor dicho, a su conciencia. A sus remordimientos.

Tras la breve pausa de vehemente reflexión, el padre Bienvenido comenzó a entonar el *Señor, ten piedad* que, como era preceptivo, fue inmediatamente replicado por los fieles. A continuación el mariachi, esta vez acompañado por el resto de fieles, volvió a elevar el ambiente con el himno de gloria.

Terminado este, don Bienvenido, en un alarde de valor del que pronto se arrepintió pero

del que ya no podía achicarse, resumió la celebración del día, invitando a la oración por la violencia contra las mujeres, en una clara alusión a lo que se pretendía hacer con la pebeta. La sorpresa de sus feligreses fue mayúscula, quienes, aunque acostumbrados a sus excentricidades, no se esperaban semejante ruego.

Si bien todos los congregados aclamaron la súplica de su sacerdote con un amén, la mayoría, en su interior, no la hizo suya. Ya estaban hartos de las extravagancias del clérigo, si es que lo era, porque algunos comenzaban a dudar que lo fuera, propagando murmuraciones al respecto.

¿A qué carajo había venido aquello?

En ningún momento se les pasó por la cabeza que pudiera estar relacionado con el regalo de don Víctor a su hijo, muy apropiado dada la edad del chavo.

«¿De qué coño de violencia hablaba?», pensarían los parroquianos. La misa no era lugar para chingadas de feministas machunas, recalitradas y amargadas. Allí se venía a orar, no a soliviantar a los feligreses. Además, esas cosas se resolvían de puertas para dentro. Nadie debía meterse en líos entre matrimonios. Si alguien tenía un problema en su casa, pues que lo solventase.

La ofrenda continuó con el resto de los ritos de la liturgia de la palabra y, tras una



lectura del Santo Evangelio, el sacerdote inició la homilía.

—Hace poco fue el milenario del Diablo —comenzó diciendo don Bienvenido.

Toda la congregación quedó escandalizada. ¡Contar historias de Chamuco en aquel sagrado lugar!

—¡Ay, madrecita! —rumiaron las más beatas mientras se persignaban—. ¡Al padre se le botó definitivamente la canica!

—¿Qué se creían, que Satanás no cumplía años? —preguntó retóricamente—. No más que el viejo no festeja por años, sino por milenios. —comentó chistoso, aunque a ninguno de sus parroquianos le hizo la menor gracia. Eran gente muy creyente, temerosa de Dios a la que no gustaba nada que se hicieran chanzas con las cosas de la religión.

—Los demonios —continuó con su alocución— decidieron prepararle una fiesta sorpresa al estilo de las que veían hacer a los humanos por los cumpleaños de sus carnales.

«¿En el infierno, celebración? ¿Qué locura era aquella?». Los feligreses no salían de su asombro.

—Un leviatán menor —prosiguió— que no gozaba del favor de su Señor porque hacía siglos había cometido una falta, pensó que aquella era una buena oportunidad para volver a congratularse de nuevo con su amo, así que decidió hacerle un regalo que le complacería mucho. Pensó y pensó qué sería lo que más le

entusiasmaría. Tarea harto difícil. ¿Riquezas? ¿Tesoros? No. De esas cosas iba sobrado. Al poco comprendió que no es chamba fácil regalar algo a quien tiene todo.

«¿A dónde puñetas quería ir a parar el padre con semejante cuentecito?». Aunque, a aquellas alturas, más de uno ya se había dado cuenta de por dónde iban los tiros del padre.

—Y en esas estaba cuando se le iluminó la mente: «¡Ya sé, ya sé! Hablaré con el diablillo al cargo del registro de ánimas, a buen seguro que habrá algún tipo de alma del que aún no poseerá ningún ejemplar. Puede que de monjas de clausura, o de castos y rectos varones. Digo yo que de esos le faltarán».

—¡Qué chingada! —gritó alguien desde la bancada del fondo—. Pues claro que no tiene. Ni las tendrá nunca.

El sacerdote sonrió ante el comentario del espontáneo y contestó con sorna.

—Espérese no más a que el diablejo cheque y luego ya me dirá. «A la fuerza — continuó con el cuento— habrá algún tipo que falte en la colección de nuestro Señor y como los pibes con sus álbumes de las estrellas del balompié, lo que más deseará será completarla». Así que fue y convenció al diablillo para hacer un recuento de todas las ánimas que poblaban el infierno. Y tras la comprobación el diablillo le informó, para su satisfacción, que sí había una clase de alma de la que no encontraba ni un solo ejemplar y que,

de verdad, el fiel servidor de Satanás no se explicaba la carencia porque bien suponía que de ese tipo iban sobrados, pero por más que buscaba no encontraba ninguna. «Y dime — preguntó el leviatán—, ¿de cuáles no tenemos? Seguramente que piadosos filántropos benefactores, o de devotas santurronas», añadió antes de que el diablillo le pudiera contestar. «Curiosamente de esas, en contra de lo que pensábamos, tenemos en abundancia», contestó el intendente del averno. «¿Y de cuáles nos faltan, pues?», preguntó el leviatán solícito. «De putas».

El sonoro murmullo que se levantó dejó indiferente al padre Bienvenido, que comenzó a mirar fijamente hacia el lugar donde se encontraba Diana y su acompañante. Diana comprendió al instante el porqué de la soledad de ella y Panchita y el reproche que el sacerdote había hecho a sus feligreses.

«No se me pongan bravos. No se hagan». Le dieron ganas de gritarles tras ver las caras de desconcierto de sus feligreses. De sobra sabían lo que estaba pasando en la frontera y cómo esas pobres niñas eran compradas y vendidas como otra mercancía más. ¿A quién narices creían que se llevaría el Señor del Averno, si es que existiera tal personaje, consigo cuando llegara la hora? ¿A ellas o a sus captores?.

Aquellas buenas gentes no caminaban como oraban. Quizás odiaban la hipocresía porque la practicaban.

Qué se iba a esperar de aquellos fervientes adoradores de ídolos. A la fuerza debían tener los principios morales deformados y distorsionados. Catalogaban el bien y el mal en función de la riqueza y el poder, inclinándose por los bienes materiales frente a los valores espirituales. Era desesperante ver cómo aquellos que se decían seguidores del nazareno no habían entendido nada de sus enseñanzas. ¿Era él el único, entre todos los allí congregados, que tan solo viera piedras en las estatuas en lugar de entes sobrenaturales? ¿Podría ser que únicamente él se apercibiera que no había ninguna virgen misericordiosa ni santo piadoso que intercediera por los desamparados ante un supuesto ser supremo? ¿Solo él se daba cuenta que aquellas imágenes eran tan solo frías figuras?

Pero no dijo nada. Ya había llegado demasiado lejos con su sermón, y desde luego no podría esperar algún tipo de ayuda de ninguno de los presentes. Nadie iba a mover un solo dedo para socorrerlo.

A continuación, como si tal cosa, sin esperar a que sus parroquianos se recuperaran de la conmoción mental a la que les había sometido, les ordenó arrodillarse y, tras una profunda reverencia, comenzó el canto del credo seguido por los músicos.

El resto de la liturgia continuó sin más incidentes.

Al terminar se recogió a la sacristía por la misma puerta que había entrado y cuando terminó de revestirse no hizo falta que le diera ningún tipo de indicación al monaguillo que lo asistía: ambos sabían que las dos mujeres de las Tres Marías estaban esperando fuera para hablar con él.

—Buenas, padre —saludó la criada a la vez que entraba. Detrás iba Diana.

—Con paz, hija —contesto él.

—Vengo de parte de doña Alejandra con este mandado.

—¿Y cómo se llama el recado? —preguntó con cuchufleta mirando hacia Diana.

—No sabemos, padre. No ha dicho una palabra desde que llegó —aclaró solícita la doméstica.

—¿Qué es, sorda o muda? —preguntó el sacerdote sin dejar su tono irónico.

—No, padrecito, no lo es —respondió tajante Panchita.

—¿Y vos que decís, hija? —inquirió don Bienvenido a Diana moviendo las manos con el lenguaje de signos.

—Pero, padrecito, ¿qué hace? —Panchita no entendía a qué venía aquello—. Ya le dije que no era sordomuda. No más platíquele en polaco.

En el rostro de Diana se dibujó el asombro. Así que la tomaban por polaca... Bueno, tampoco era de extrañar. Pero, ¿qué narices pintaba aquel pope en todo aquello?



## Luis

—Panchita, ¿no tenés nada mejor que hacer que quedaros ahí parada como un pasmarote? —preguntó el sacerdote polaco a la acompañante de Diana—. Ándele, no sea metiche y váyale a sus cosas —le ordenó imitando el acento mexicano—. De sobra sabes que la chiquilla no va a ir a ninguna parte. Pa' que agarre confianza habrá que hacerlo en privado, como en una confesión. Seguro que no le hará ninguna gracia que la gente sepa de sus cosas. Aunque aquí, en San Cristóbal, no sé cómo se las va a apañar la criatura.

—¿Y de qué cree que servidora se iba a enterar, padrecito, si van a platicar en polaco? ¡Como que les iba a entender mucho! —contestó la interdicha.

«La verdad que no es abombada la pebeta», pensó don Bienvenido, inquieto. Tendría que andarse avisado, cualquier detalle, por nimio que fuera, podría delatarlo.

Antes de comenzar el oficio religioso el sacerdote se había metido unas rayas de coca para aguantar el tirón y controlar, aunque fuese

momentáneamente, la carga emocional que le suponía la visita de Diana. La idea de que el contacto con la chica le supusiese algún problema con el cártel lo traía muy desequilibrado anímicamente.

Pero el efecto de la cocaína ya se estaba disipando.

—Pero no más —continuó diciendo Panchita— que voy a aprovechar para ver a mi madrecita, que si se entera de que he estado en el pueblo y no la he ido a visitar se me agüita. Con Dios.

El padre, algo más aliviado por la decisión de la doméstica, hizo una indicación con la mano al monaguillo para que se fuera y otra a Diana para que tomara asiento en una silla que había frente a una cochambrosa mesa que hacía las veces de escritorio. Él se sentó tras la mesa.

Un hedor a humedad inundaba la sacristía. No era un lugar muy espacioso, ni adecuadamente ventilado, pues carecía de ventanas. A la izquierda de la entrada podían verse varias sotanas colgadas de una percha bastante maltratada que pertenecían a don Bienvenido, con gran variedad de colores destinados para diferentes ceremonias. Era lo único con buen aspecto en aquel cuarto. El escritorio apenas tenía nada encima, y solo lo acompañaban un par de sillas para los posibles invitados, como Diana.



Frente de la mesita había una enorme estantería cuyas desgastadas baldas daban la sensación de no poder sostener la cantidad de libros sobre ellas. Junto a la estantería se observaba un gran crucifijo rodeado de cuadros con distintos motivos religiosos.

Don Bienvenido apoyó los codos sobre el tablero, con los dedos entrelazados, la barbilla apoyada sobre los pulgares y los índices cruzando la boca. Se tocaba rítmicamente la nariz, silencioso.

Diana tampoco dijo nada. Se quedó allí sentada, con la espalda bien apoyada al respaldo de la silla, los brazos descansados sobre las piernas, las manos enlazadas y la mirada cabizbaja.

—Bueno, bueno —comenzó a decir el padre al cabo de unos minutos de tormentoso silencio—. ¡Menuda cagada tenemos aquí! —exclamó—. A ver cómo la entramos.

—Y, tras cavilar un rato, se levantó como si se le hubiera encendido una luz y comenzó a revolver los libros de la estantería, con cautela para que no se desmoronase.

Al poco retornó con un atlas que depositó sobre la mesa haciéndole una indicación a Diana para que lo mirara. La página mostraba un mapa político de Europa. La chica comprendió al instante lo que pretendía el sacerdote, pero antes de que esta señalara Bulgaria el padre se puso a hacer gestos

marcando con el dedo cualquier nación al azar. Hablaba a gritos, separando las palabras.

—¿TU ...PAÍS? ¿DE... DÓNDE... VENÍS? —don Bienvenido, impaciente, no dejaba de abrumarla—. YO —se señalaba a sí mismo mientras depositaba su dedo en el extremo sur de América—. YO... SOY... DE AQUÍ... ARGENTINA... ¿Y VOS? —le requirió de nuevo de aquella peculiar manera a la vez que retornaba las páginas hacia el mapa de Europa.

A Diana la situación le resultó de lo más grotesca. De no ser por la situación de nervios y tensión que soportaba seguramente se le hubiese escapado la risa. No era la primera vez que se encontraba con aquella absurda forma de hacerse entender por parte de quienes pensaban que desconocía por completo el idioma. ¡Por hablarle entrecortadamente y a gritos no iba a comprenderlos mejor! Apañada estaría la pobre chica para entenderle nada al sacerdote con aquel proceder si no hubiera tenido conocimientos previos del idioma.

Diana empezó a tocarse la oreja y a mirar hacia los lados con la intención de que el padre se asegurase de que nadie podía verlos ni oírlos antes de que empezara a hablarle. Don Bienvenido comprendió enseguida el significado de los gestos y se encaminó hacia la puerta para echar un vistazo y cerciorarse de que estaban solos. Aún quedaba un pequeño

grupo de beatas en los bancos del fondo, supuestamente a la espera de confesión.

«Serán chuzmas. Anda que no son mironas —pensó mientras cerraba la puerta tras de sí—. El único pecado que tienen que confesar es el de chismosas».

Al pasar a la altura de Diana cuando regresaba al asiento la chica se arrodilló a la vez que se abalanzaba sobre sus piernas y lo abrazaba por debajo de las rodillas. Rompió, en aquella postura peticionaria, a platicarle entre sollozos lastimeros y lágrimas en un más que aceptable castellano cargado con un peculiar acento. Eso sí, salpicado de palabras y frases en un incomprendible idioma que don Bienvenido jamás había oído. Lógicamente, el sacerdote solo captó las partes en español y, por alguna razón, Diana no paraba de darle las gracias y de solicitar que Santa Sofía lo bendijera.

Don Bienvenido, visiblemente alterado, le hizo gestos dándole a entender que bajara la voz porque no estaban solos. La chica se había precipitado, dando por supuesto que el templo se encontraba vacío.

—¡Esto sí que está bárbaro! —exclamó don Bienvenido en un tono casi inaudible, mientras la ayudaba a levantarse. La postura, por lo que implicaba de sumisión, le resultaba odiosa a su yo revolucionario—. Así que sí hablás español. ¿Cómo es eso? Se supone que no entendés una mierda.

—Usted ayudar. Diana reunir con amor —dijo la chica, ya incorporada, mientras trataba de serenarse usando el mismo tono bajo que el sacerdote al hablar.

A partir de ese momento la conversación transcurrió casi entre susurros.

—No te comprendo, hija. ¿Qué es exactamente lo que querés decirme? —preguntó el desconcertado sacerdote mientras le acercaba un clínex que recogió de una caja que tenía sobre la mesa para que ella se secara las lágrimas.

Mientras tanto la muchacha no callaba.

—Yo ya saber cosas malas pasar. Pero usted ayudar. Yo ver televisión.

—¿En televisión? ¿De qué puñetas hablás, criatura? —le comentó don Bienvenido, confuso—. A ver, aclarate. Mirad que me estás volviendo reloco. Pero antes —matizó mientras bordeaba la mesa— déjame reponerme tantito. No os podés imaginar el empacho que me habés producido desde que me enteré de que me ibas a visitar. Menos mal —añadió con cierto alivio— que por lo menos podemos entendernos. No tenía ni idea de cómo iba hacerlo. ¿Sabés? No sos la única con secretos que guardar —añadió mientras se dejaba caer en el asiento tras la mesa.

—No comprender nada a padre —manifestó Diana extrañada, aún de pie.

—Ni yo a ti, hija, pero aquí estamos. Andá, sentate —le indicó don Bienvenido—,

que vos y yo tenemos bastante que charlar. Pero vamos a entrarle despacito, decime primero cómo te llamas, porque algún nombre tendrás, digo yo.

—Diana.

—¿Y de dónde sos, *Diana*? —tornó a preguntarle el cura con cierto retintín al decir su nombre, mientras señalaba de nuevo el mapa de Europa.

—България —contestó ella.

—¡Anda, huevos! —profirió el padre elevando el tono. A veces se le escapaba algún exabrupto, reminiscencias de su etapa de guerrillero—. ¿Qué bizarreada de nombre es ese? —preguntó volviendo a moderar el tono de voz—. En cristiano, hija.

—България —repitió ella a la vez que señalaba Bulgaria.

—Carajo, pues eso sí que está por la fregada, como dicen acá. ¿Y dónde aprendiste español? Porque estáis recién llegada a México... ¿en el colegio?

—En tele —manifestó ella, como si fuera de lo más natural.

—¡Qué bárbaro! Y yo que creía que ese chisme no servía para nada —expuso el sacerdote asombrado.

—Padre —interrumpió Diana—, enamorado tener que comprender mí. Usted explicar.

—¿Enamorado? —repitió él—. ¿Se puede saber de qué puñetas hablás?

—Luis llama amor —replicó Diana.

Don Bienvenido tuvo la sensación de que la muchacha hablaba como si él tuviera que conocer los pormenores de lo que le comentaba, y lo normal es que así fuera. Lo extraño, lo inusual, es que nadie le hubiera ido con el chisme.

«¡Esto sí que está padre! —pensó—. Menuda chingada. El crápula del joven Luis Alfonso Medina». Bienvenido creía que la chica se refería al ahijado de don Víctor, que se llamaba Luis. «La ha enamorado con sus aires de cajetilla y la muy gila se ha tragado las tarugadas que le habrá contado. Ahora debe querer que los ayude o los alcahuetee de alguna manera. Por eso solicitaba mi ayuda y me colmaba de gracias y bendiciones».

Y en esas cavilaciones estaba cuando un sudor frío le recorrió todo el cuerpo. «¡Dios nos ampare! —Con el tiempo las expresiones religiosas brotaban en su mente de natural—. La chiquilla debe pensar, en su candidez, que si intercedo por ellos ante don Víctor, este comprenderá su amor y les permitirá casarse y que vivan felices y coman perdices».

La angustia, que había quedado aparcada con la plática, volvió a apoderarse de todo su cuerpo. ¡Por todos los demonios, aquello no podía estar ocurriéndole! Necesitaba un tiro para calmarse. «¡Qué pinche pringada! —carburó—. Seguro que el joven no tenía ninguna intención de contraer matrimonio con

la chamaca, pero le andaría dando correa para que accediera a sus deseos».

El chico no era tonto del todo, así que lo más probable era que estuviese buscando formas alternativas que no comprometieran la virtud de la chica, como el sexo oral, anal o la masturbación.

La chica no debía ser consciente del jueguito que se traían ente manos. Con que solo aquella conversación llegase a oídos de la Avispa ambos terminarían muertos. Ella solo servía a un propósito: estrenar al chamaco de don Víctor Sandoval, y para eso, por supuesto, debía estar intacta. Inmaculada, como diría él. Con eso no se jugaba, hasta las meras habladurías podrían dar al traste con la pureza del regalo. De enterarse el patrón, el único que podría irse de rositas de toda aquella pringada, si la chica siguiese intacta por supuesto, sería el puñetero de Luis Alfonso, su ahijado, a quien le consentía todo. Por eso el cabrón era tan atrevido.

Y todas aquellas jodidas cautelas para que después de su propósito la chica terminase en cualquier sórdido burdel.

Después de aquello ya daba exactamente igual los secretos que compartieran. Incluso era mejor que supieran más el uno del otro, más confianza habría para afrontar la situación juntos. Así que, sin pensarlo dos veces, metió la mano en la sotana, y como la cosa más natural, extrajo una cajita del bolsillo de la sotana, de la

que tras abrirla cogió una pizca de polvo blanco entre los dedos pulgar e índice que se llevó a la nariz y aspiró por la fosa nasal derecha. Después hizo lo mismo con la cavidad izquierda. Tras *esnifar* se restregó la nariz con los dedos mientras succionaba.

Con otras vivencias seguro que Diana, como mínimo, hubiese expresado algún signo de extrañeza, pero no dijo absolutamente nada ni mostró gesto alguno de desconcierto. Lo que el sacerdote acababa de hacer debía de ser natural en el mundo de Diana. Ni siquiera se percató especialmente de ello. Para ella era como si el padre hubiera encendido un cigarrillo o se hubiera servido una copa.

—A ver, criatura, explicate —comentó don Bienvenido con su particular acento argentino, bastante más calmado y un tanto eufórico por los efectos de la sustancia. El cambio había sido instantáneo. Parecía otra persona, menos perturbada y más decidida—. ¿Lo que pretendés es que te case con Luis Alfonso Miranda?

El chamaco era hijo de Alfredo Medina, el Güilo, la mano derecha de Sandoval. Medina había muerto en la raya mientras cubría a su patrón en una emboscada de un cártel rival. Eso la Avispa no lo olvidaba. El muchacho quedo huérfano con solo tres años. A su madre se la había llevado la pálida en el parto, así que lo tomó bajo su protección.



«¿De qué narices estaba hablando el sacerdote? —pensó Diana completamente pasmada—. ¿Casarla con Luis Alfonso? ¿Quién narices era ese?». Su amor se llamaba Luis Fernando Quintanilla, así que le contestó instintivamente con un sonoro *he* —no, en su idioma nativo—, a la vez que movía la cabeza de arriba abajo, expresando contundentemente su negativa a la manera búlgara<sup>5</sup>, que el animado sacerdote interpretó como un sí.

Y, desde luego, el torrente de palabras inconexas que la chica añadió a continuación no ayudaron a sacarlo de su error.

—Padre. Usted proteger. Luisito amor mí. La gente mala separar. Yo saber, siempre pasar en tele. No importa, yo preparada. Usted y buenos ayudar. Y final yo casar con amado y vivir felices en Gringolandia.

—Yo casar, vivir felices y, cómo no, comer perdices —repitió el cura—. Pero, criatura, despertá, ¿no te das cuenta de que lo que acabaremos es muertos en cualquier fosa perdida en el campo?

Con la coca, la idea le hizo hasta gracia: terminar a corchazos por la calentada de un par de pibes.

—¿Muertos? No. Cuando llegar, Diana no ganas vivir. Pero conocer Panchita y don

---

<sup>5</sup> En Bulgaria, al contrario que en el resto del mundo, el no se manifiesta moviendo el mentón de arriba abajo y el sí agitando la cabeza de derecha a izquierda.

Francisco. Yo comprender ahora todo terminar bien como en tele.

—Y dale con la tele. ¿Eres reportera o algo parecido? Pero, ¿por qué estás tan convencida de que voy a ayudarte? —preguntó don Bienvenido. La seguridad de la chica lo descolocaba, como si algo no encajara.

—Eso ustedes hacen —afirmó tajante.

—¿Hablás de los sacerdotes? —preguntó, matizando a modo de aclaración.

«Seguramente será eso —pensó— en su inocencia estará convencida de que todos los curas son buenos».

—Siempre ayudan problemas... — continuó diciendo Diana. «Está claro. La pobre no concibe que pueda haber religiosos malvados»—. Con criada muchas risas y señor que no puede andar —añadió ilusionada.

El desconcierto del padrecito era más que evidente.

—¿Qué puñetas decís, criatura? — preguntó justo cuando sonaron unos golpes en la puerta.

—¡Adelante! —indicó don Bienvenido a modo de invitación.

Por la puerta abierta asomó la cabeza del mamerto del monaguillo. Don Bienvenido supuso que tras él estarían todas las parroquianas que aún permanecían en la iglesia, si no se les había unido alguna más. Tenía que andarse con tiento, la lengua de aquellas mujeres no era bífida pero podía ser mortal.

—Padrecito —dijo el muchacho—, doña Consuelo pregunta si se va a retrasar. Está esperando para la confesión.

—Dile que me haga el favor de esperarse un tantico, que ahora voy. En cuanto termine de platicar con la señorita, ya la atiendo a ella y al resto de las comadres —contestó el sacerdote.

—Ya han escuchado al padrecito. —Oyó decir al chamaco mientras cerraba la puerta de la sacristía.

Los murmullos de las feligresas, intercambiando todo tipo de suposiciones, fueron más que audibles. «¡Qué estarán cavilando esas brujas! —pensó el padre con cierta preocupación—. Esperemos que ninguna haya oído nada comprometido y le vaya con el cuento a alguno de los sicarios de la Avispa».

O, lo que era peor, que lo supusiera y que como consecuencia de la cadena de parloteos acabara dándolo por cierto. No era la primera vez que alguien moría por algún rumor que se difundía sin saber muy bien cómo se generaba. Y no siempre había sido con la páfida intención de causar daño, a veces el simple cotorrear para pasar el rato era suficiente. Para aquellas mujeres el chismorreó era un pasatiempo apasionante, aunque en manera alguna parecieran conscientes de sus consecuencias.

—Mira, hija —susurró el sacerdote para mayor seguridad—. Vamos a hacer lo siguiente: seguirás fingiendo que no entendés ni papa de

español. En modo alguno digás o hagás algo que dé a pensar que comprendés el idioma. Decí tan solo las palabras más corrientes, las que todos los extranjeros chapurrean como «hola», «gracias» o pavadas por el estilo. Lo contrario levantaría sospechas. Tratá de hacerte comprender por señas y expresate únicamente en vuestro idioma. No te preocupés, nadie sabrá que hablás en búlgaro. Todos supondrán que lo hacés en polaco. Cuando estemos en público tan solo charlaremos en esa lengua. Me agarrás la onda, ¿comprendés? —le preguntó el padre.

—Да —Sí, contestó en su idioma, mientras movía la cabeza de derecha a izquierda, a la vez que su rostro se iluminaba con una sonrisa. La esperanza comenzaba a anidarse en su corazón.

«Mira que es salame la canfinflera», pensó el sacerdote.

—Escuchá —le dijo—: *opioski darosta*.

—¿Eso ser polaco? —preguntó Diana.

—Pues claro, hija. Te he dado los buenos días. Ahora respóndeme. Hazlo en búlgaro, con uno que diga boludeces vamos sobrados.

—Добро утро, padre.

—¿Ves qué fácil? Ya platicamos en polaco, ¿ok? —dijo el cura.

—Ok —contestó ella extrañada de que el sacerdote tuviera que ponerle un ejemplo de aquella tontería. Ya le había dicho que entendía perfectamente lo que deseaba que hicieran.

Había comprendido aquella estrambótica proposición a la primera.

—Y recordá: siempre, siempre —recalcó —, dejame las traducciones a mí. Yo seré tu voz. No confiés en nadie. Dejate de criadas simpáticas y de impedidos bienintencionados.

Apañada estaría la pobre si pretendía confiar en el conchudo de don Francisco. Estaría más segura en un nido de alacranes.

Don Bienvenido, dando por concluida la conversación, se levantó haciéndole una seña para que lo acompañara a la nave central del templo a la espera de que regresara Panchita a buscarla. Cuando Diana lo agarró del brazo con una mano apretándolo con una fuerza que el sacerdote no esperaba ni mucho menos de una muchacha aparentemente tan frágil. Lo miraba a la cara con una mirada desgarradora y le dijo algo en su incomprensible idioma.

Naturalmente, don Bienvenido no entendió nada, pero de la inflexión de su voz y del semblante de su rostro dedujo que le estaba haciendo una desgarradora petición. La muchacha, dándose cuenta de que el padrecito tan solo había captado su desesperación, pero no el sentido de sus palabras repitió la súplica en castellano.

—Padre ayudar reunir enamorado. Usted prometer explicar él. Yo ya no María.

El corazón le dio un vuelco. Otra vez su mente se inundó de angustiosos recuerdos de juventud. María. ¿Por qué había tenido que

mencionarla y de esa manera tan solícita? ¿Habría suplicado ella de esa manera a su verdugo? ¿Sería posible que el puto azar o el bendito Dios le estuvieran dando una segunda oportunidad? Su mente racionalista se negaba a aceptar tal posibilidad, pero los efectos de las drogas y la pesadumbre de su alma hicieron posible que incluso se planteara su existencia. Y con ello, una oportunidad de redimirse.

Y, ¿qué narices le habría querido decir? Por Dios, no lo que él había deducido. La ansiedad comenzó a hacerle mella, casi no se atrevía a pedirle que aclarara sus palabras. No podía ser que le hubiese dicho lo que estaba pensando.

Así que a duras penas pudo decir:

—No te entiendo del todo, hija, ¿quieres decime que ya no sos virgen?

La vergüenza y el profundo sentimiento de culpa por no haber podido preservar su flor para su amor le impidió a la pobre chica pronunciar una sola palabra. Tan solo pudo contestar con un angustioso y rotundo movimiento de su cabeza a ambos lados, sí en la forma gesticular búlgara, mientras dos emotivas lágrimas asomaban por entre sus cerrados parpados emprendiendo el camino de su rostro.

El padre suspiró calmado, porque naturalmente entendió que no estaba preñada, a la vez que se levantaba de su silla para acompañarla para que saliera. «¡Menos mal! —

pensó con alivio— porque de esa pendejada dependen nuestras vidas. Y quizás la salvación de mi alma».

—Pero, hija, olvidáte —dijo tranquilizador mientras le abría la puerta para que saliera—. Ahora estás en manos de Dios.

«¿Por qué —se preguntó mientras la veía salir— había dicho aquella pelotudez si allí tan solo estaban ellos dos y él no creía en dios alguno?».

## Víctor

El sacerdote había acudido a mediodía a las Tres Marías, tras la primera misa de la mañana. No lo habían convocado. Algo inusual, sí, pero, dado el encargo que le habían asignado, aquello no levantó sospechas.

Tras el primer encuentro con Diana el día anterior había comprendido que lo perentorio era zanjar la tontería enamoradiza que la piba se traía con el ahijado de don Víctor, y para ello pensó que lo mejor era tener unas palabras con el joven Luis para sondearlo: ver cómo respiraba, cuáles eran sus intenciones y hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

A lo que se veía, en opinión de don Bienvenido, el chamaco era osado en extremo. Aunque su creencia no estaba muy bien fundamentada, porque tampoco es que lo conociera demasiado. Más bien nada, solo de oídas. Como mucho, lo habría visto tres o cuatro veces. Y jamás había hablado con él. «Esperemos —cavilaba el sacerdote sobre los acontecimientos mientras conducía su auto hacia la hacienda— que por lo menos no sea un



forro. Esta boludez, sea la que sea, tiene que terminarse antes de que ningún rumor llegue a oídos de don Víctor». Todo aquel asunto lo tenía perplejo.

Lo extraño era que la Avispa aún no supiera nada del hecho. Alguien los tendría que haber visto. Eso era seguro. Todos los ojos de la comarca estaban a su servicio. Así que, si Sandoval desconocía el hecho, debía ser que quien lo supiera tuviera miedo sobre cuál podía ser su reacción al contárselo. El patrón resultaba impredecible cuando la ira se apoderaba de él. De modo que lo más prudente era apartar la vista.

Víctor Sandoval era el típico padrino mafioso católico con arraigados principios morales. O por lo menos eso creía él. Cuidaba de los suyos porque esa era la obligación de cualquier bien nacido, mas era indiferente con los ajenos, porque cada cual tenía que aguantar su vela, y completamente implacable con los enemigos, porque eso se esperaba de los hombres bragados.

Gustaba de verse a sí mismo como una persona justa y cabal. Un hombre legal que peleaba a lo derecho, como se referían a su persona en los corridos. Aunque, evidentemente, su concepción del bien o mal difería mucho de lo que entendía el común de los mortales. En su curioso ideario ético no cabía la violencia por la violencia, o el hecho de causar daño por puro capricho o placer. Decía

que no alcanzaba a comprender tales comportamientos. Y en verdad que no mentía, aborrecía de veras la brutalidad o lo que él entendía por tal. Para él esos comportamientos tan censurables eran propios de despreciables depravados psicópatas. Sádicos enfermos a los que, paradójicamente, había que reventarles los ojos o cortarles los güevos. Concebía la violencia como una cuestión de negocios, sin más trascendencia. Una herramienta de trabajo como cualquier otra. Nada más. Y solo en caso de necesidad.

En su opinión, salvo que se quisiera mandar un mensaje, la fuerza debía aplicarse de manera racional; fríamente, sin apasionamiento, buscando tan solo la rapidez y la efectividad. Para don Víctor, el buen profesional debía disparar de cerca para no errar, así se aseguraba de un vistazo que el trabajo estaba bien hecho. No con malditas recortadas o ruidosas metralletas, con las que no había manera de saber a dónde iban los balazos ni de controlar los daños colaterales. Esas cosas estaban bien para el cine, donde todo era puro espectáculo, no para su chamba, donde se requería discreción.

Su concepción de la vida se asemejaba a la que ostentaban los grandes depredadores de la cúspide de la pirámide alimenticia. Como en aquellos reportajes de animales, él ocupaba la cima de su mundo y, por tanto, era rey de la creación. Jamás causaba un daño gratuito

aunque, al igual que ellos, también era implacable cuando cazaba para comer.

Pero él no era un animal, así que, al contrario que estos, por cuestiones ajenas a la naturaleza de las bestias —meramente humanas— tales como un engaño, una ofensa, un insulto o, lo que era peor, un menoscabo a su honor, la ira ciega se apoderaba de su persona. En tales situaciones la racionalidad de la que hacía gala estallaba por los aires sin dejar rastro. Qué ironía que fuese la parte netamente humana la que hiciera de él una bestia.

Esta paradójica mezcla moral entre lo correcto, lo que debía o no hacerse conforme a un estilo de vida terriblemente machista, y el honor, tan poéticamente descrito en los corridos, esencia del alma del pueblo mexicano —que a toda costa había que mantener impoluto—, era un cóctel terriblemente explosivo de desgarradores sentimientos.

Y eso el cura, como cualquiera que conociera un poco la mentalidad latina, lo sabía. De ahí el problema de don Bienvenido. El peligro lo acechaba por dos lados.

Si la pareja ya había pecado, y por tal entendía que ya hubieran consumado el acto sexual, a saber a quién culparía don Víctor de esa terrible afrenta. El mensajero podría llevarse una buena parte de la falta por no haber sido más diligente en su cometido y haber acudido con la noticia cuando ya era demasiado tarde para reparar el honor de su hijo.

Pero si, por el contrario, resultaba ser todo una bobetada sin más trascendencia y la chica estaba inmaculada al mozaico de Luis le iba resultar fácil convencer a su padrino de que su delator se lo había inventado todo. Por cualquier rencilla o malquerer.

«Esa —dedujo mientras se bajaba del coche— tendría que ser la causa de que Sandoval aún no sepa nada».

La primera en recibirlo cuando llegó, como no podía ser de otra manera, fue doña Alejandra. Ya había sido informada de su llegada y lo estaba esperando en el patio central. El aroma de las cuidadas flores, que ocupaban los ordenados maceteros que bordeaban el espacio abierto, era un bálsamo para el olfato. Se respiraba paz en aquel lugar de muerte.

Don Bienvenido no tenía ninguna intención de que la señorita Ávila se enterase del verdadero propósito de su visita. Si de una cosa estaba seguro, sobre lo que conocían o desconocían unos y otros en todo aquel quilombo, era que si don Víctor no estaba al tanto del asunto su gobernanta tampoco. O lo sabían los dos, o no lo sabía ninguno.

¡Qué cagada! Cómo odiaba aquellas intrigas palaciegas. Porque eso es lo que era toda aquella mierda desde su punto de vista, un maldito enredo cortesano.

La historia se repetía siempre, de eso el cura estaba convencido. Las situaciones y las

motivaciones no variaban, tan solo mutaban los escenarios y los actores, pero en su esencia todos los elementos de la tragedia humana estaban ahí como antaño: un rey plenipotenciario, un palacio, una corte de personajes de lo más variopinto y una guardia pretoriana. No pudo menos que sonreír cuando miró hacia los sicarios armados con cuernos de chivo<sup>6</sup> apostados por todas partes.

Y, cómo no, una auténtica depravación moral que permitía toda clase de tropelías y atropellos. ¡Cuánto se le parecía lo que estaba pasando al llamado derecho de pernada del medievo!

—Padre, qué grata sorpresa —comentó doña Alejandra a modo de saludo en cuanto don Bienvenido se bajó del auto—. No esperábamos su visita.

La última frase era un leve pero claro reproche a su personación sin haber sido citado previamente. El hecho era toda una alteración de la etiqueta no escrita, pero que todo el mundo conocía y cumplía, sobre las relaciones entre el cártel y la población que vivía bajo su dominio. Y don Bienvenido lo sabía.

El protocolo era más estricto que el de una corte europea. Si bien este no obedecía a una pomposa etiqueta que se había ido formado en el transcurrir de los siglos, si no que era el producto de unas ineludibles medidas de seguridad. La parafernalia europea estaba

---

<sup>6</sup> Rifle Kalashnikov, también conocido como AK-47.

encaminada a adular al soberano; la mexicana, a protegerlo.

—Seño, vos siempre tan atenta —replicó don Bienvenido a modo de hueco saludo—. Espero no ser inoportuno.

Estaba claro que ella era el malvado maestro de ceremonias cortesano fiel a su señor hasta el extremo. «Tan solo —pensó— le falta la barba de chivo propio de estos intrigantes personajes palaciegos en las películas de época».

—No se apure, padre, usted siempre es *bienvenido* —apuntaló la interdicha sus palabras en una clara referencia chistosa al nombre del sacerdote. Quizá para quitar hierro al asunto—. Por favor, sígame. Aquí cerquita hay una estancia donde podremos platicar sobre el motivo de su visita.

—Detrás de vos —dijo el cura mientras la animaba a pasar primero.

## Alejandra

La sala donde doña Alejandra lo invitó a pasar era muy espaciosa. Nada más entrar don Bienvenido se percató de que su cometido era el de espera, no el de recepción. Don Víctor, como cualquier padrino, recibía a bastantes peticionarios. Aquel lugar seguro se reservaba a que esperaran hasta ser atendidos. Era otra clara y sutil indirecta para que la próxima vez el cura cumpliera con las formalidades. No obstante, tampoco le preocupó mucho ya que la estancia serviría a su propósito.

Había varias sillas dispuestas en hilera a ambos lados de cada pared, con una mesa en el centro. Doña Alejandra ocupó una de las sillas e hizo una indicación a don Bienvenido para que tomara asiento frente a ella.

—Mire, padre, vamos a dejarnos de rodeos —comenzó doña Alejandra en cuanto tomaron asiento. Su tono de voz denotaba claramente que estaba turbada. Ni se esforzaba en ocultar su incomodidad—. Trataré de ser lo más clara posible aunque, como comprenderá, se me hace un tantico difícil platicar con usted

de ciertos asuntos, pero... —la gobernanta hizo una breve pausa antes de continuar— no nos va a quedar otra. Dejémonos por tanto de zarandajas. Ambos conocemos la razón de su visita.

Para don Bienvenido fue un alivio que ella imaginara el motivo de su encuentro. Eso le ahorraría tener que dar muchas explicaciones y, por ende, inventar historias. La mentira y las dobleces no eran su fuerte.

—La muchacha a lo que parece es bastante torpe —continuó doña Alejandra, liderando la conversación—. Aunque no me extraña, con el pinche de idioma que habla. No creo que sea necesario que nos prodiguemos en los detalles. Usted fue hombre antes que sacerdote, así que creo que debería saber bien los motivos por los que la niña está aquí. Lo único que se necesita de usted, si eso es lo que le preocupa, es que la ayude a agarrar la onda para que sepa lo que se espera de ella y que le quede bien claro que bajo ningún concepto puede quedar panzona. Créame que si tuviera otra alternativa no lo implicaría en esta chingada.

—Pierda cuidado, doña Alejandra —replicó don Bienvenido cuando la señorita Ávila terminó de explicarle de aquella manera tan clara y simplificada cuál era su cometido en todo aquel desatino—. La pibe —continuó—, en contra de lo que pudiera parecer no es una mensa pebeta ni mucho menos. Tan solo había



un pequeño problema de comprensión. El castellano es un galimatías para la criatura, pero en polaco lo capisca todo. Si le encandilamos con un poco de plata estará encantada de acceder a lo que se le pida —añadió gratuitamente, mientras acompañaba sus palabras de una sonrisa picardiosa, clara referencia a la naturaleza sexual del asunto—. Después de todo, ¿qué esperaba? Se trata de una puta y esas son iguales en cualquier idioma. No es por ella por la que he venido.

«¡Dios bendito! —pensó don Bienvenido nada más terminar—. ¿Qué huevos estoy haciendo?». Hablaba claramente como un jodido sacerdote hipócrita a los que tanto había odiado en su juventud. Debía tener cuidado con su equilibrio mental o su personaje, o *Satanás*, se apoderaría de su conciencia y su forma de pensar.

Si era el diablo, la cosa era grave, porque entonces lo que estaba en juego era su alma, no su dignidad como persona. Esta última hacía tiempo que la había perdido.

Últimamente en su pensamiento se entremezclaban lo que siempre había tenido por realidad, producto de su educación racionalista, y aquello que según esa misma instrucción se entendía por fantasías tóxicas, como eran las creencias religiosas. Y, como consecuencia de los cambios de percepción que le producían los narcóticos, a veces le costaba distinguir la una de la otra.

Sin embargo, había sido el estado de tensión nerviosa en el que se encontraba lo que le había conducido a expresarse de una manera tan inadecuada para sus perdidas convicciones.

Nunca se había considerado valiente, pero siempre había sabido ocultar sus miedos. No obstante, fue precisamente esa cobardía innata la que lo salvó de que aquella perspicaz hurona descubriera el verdadero propósito de su visita.

Un hondo cóctel de sentimientos, mezcla de vergüenza, bochorno y culpabilidad a partes iguales, recorrió todo su ser al pensar en la reacción que hubiera tenido María, el amor de su vida, si hubiese escuchado aquello.

Doña Alejandra rio por cortesía, pero maldita gracia que le hizo el comentario. Ella podría ser lo que fuera y podría actuar como actuaba, a toda costa había que sobrevivir y aunque se debía a su patrón en cuerpo y alma, y le era leal hasta el extremo, en modo alguno era insensible al dolor ajeno. Ni tampoco era una persona inculta que no comprendiera las relaciones de poder y dominación que se ocultaban tras los roles sexuales forzados o comprados.

Al pensar en cómo se había referido el padrecito a la pobre muchacha, que encima era inmaculada, se le revolviéron las tripas. Y no fue porque ella, como seguramente podría pensar cualquier varón convencido del innato instinto maternal propio de la mujer, viera a la

hija que nunca tuvo u otras boberías por el estilo, puesto que carecía de cualquier sentimiento de madre frustrada. Fue la puta sonrisa cómplice que iluminó el rostro de don Bienvenido lo que supuso todo un mazado para su dignidad como mujer.

El padrecito, apesadumbrado por su despectivo comentario sobre la infeliz Diana, comenzó a rebuscar por los bolsillos de su sotana tratando de localizar el paquete de tabaco que portaba, mientras el nerviosismo dibujaba en su rostro una sonrisa idiota que la gobernanta interpretó de complicidad. Y justo cuando se disponía a llevar un cigarrillo a sus labios, doña Alejandra lo interrumpió abruptamente con una desconcertante pregunta:

—Padre, ¿conoce el efecto que produce el agua bendita en el conde Drácula?

Bienvenido quedó desconcertado. La pregunta era bien extraña. Pero rememoró el rostro corroído del actor Chistopher Lee en su encarnación del maligno personaje mientras intentaba protegerse de las consecuencias del sagrado líquido que le lanzaba su implacable cazador, el profesor Van Helsing, encarnado por Peter Cushing. El vampiro alzaba los brazos y reculaba.

—Pues lo mismo le ocurre al patrón con el tabaco —sentenció la gobernanta antes de que pudiera responderle. «Y a mí con determinados comentarios», pensó aunque no llegó a decirlo. Ganas no le faltaron.

El padre retornó inmediatamente el pitillo y la cajetilla al bolsillo, dudando si la regañina respondía tan solo a un fiel cumplimiento de obligaciones o si con ella doña Alejandra había querido dejar de manifiesto, también, el dolor que le producía la envilecida actitud hacia el sexo femenino que se desprendía de sus desafortunadas palabras, como así era.

Alejandra había oído que este era un cura diferente. Que se preocupaba por los pobres. Que ayudaba de verdad a la gente. Que tenía buen corazón. Y probablemente fuera así, pensó, porque si tantas personas lo decían sería por algo. Pero en lo que se refiere a las mujeres era como todos los hombres: un jodido hipócrita, machista y engreído. «Mi madre tenía razón —reflexionó con rabia—. Son todos unos cabrones».

La naturaleza humana es compleja en extremo, porque fue precisamente esa ira que se apoderó de doña Alejandra la que salvó a don Bienvenido de que la sagaz gobernanta descubriese sus verdaderos propósitos. La furia le nubló el entendimiento y ni por un momento sospechó que la inverosímil historieta que le contó el padre a continuación encerrase algún otro propósito que la estúpida razón que le arguyó. En otras circunstancias, enseguida hubiera sospechado que aquellos no eran sus verdaderos motivos y no hubiera tardado mucho en descubrirlos e informar a su patrón.

Así de retorcidas son las mentes humanas. Sus principios y sus acciones no siempre van parejos y a eso hay que añadir lo complejo de sus emociones que en definitiva son las que en última instancia rigen sus actuaciones: el miedo, la rabia, el odio, la ambición... influyen más en sus conductas que sus preceptos y raciocinio.

—Vengo con la intención de ver al joven Luis. Me han dicho que es un gran aficionado al baloncesto. Estaba pensando en habilitar la explanada continua a la iglesia para que los pibes puedan jugar allí. Nuestros chavos necesitan distracciones y alguna que otra motivación, y qué mejor que practiquen algún deporte. Me gustaría que él me asesorase al respecto. De baloncesto voy muy cortito —añadió con su acento argentino—. Si fuera fútbol...

Tan solo don Bienvenido rio, sin gana, su propia chanza.

La gobernanta no lo acompañó en la risa porque en su enojado ensimismamiento, reflexionando sobre la dramática situación de la mujer en un país tan machista como era aquel, únicamente había escuchado, por relevante, la referencia al joven Luis. El resto ni lo había oído. Su pensamiento estaba ocupado elucubrando sobre cómo se parecía la situación de su género, en aquel jodidamente misógino lugar con la que habían sufrido los negros en la época de la esclavitud, llegando a la conclusión

de que ambos escenarios tenían muchos puntos en común. Ella, por ejemplo, no dejaba de ser lo que llamaban un negro doméstico, y aquella pobre muchacha la última adquisición del amo.

—Discúlpeme, padre. Estaba distraída. ¿Me decía? Ah, sí —reaccionó al instante—, el joven Luis Alfonso, ahora mismo mando a llamarlo. Permiso —añadió para finalizar mientras se levantaba para retirarse.

## **Fernanda**

Don Víctor Sandoval creía firmemente, como la mayoría de los católicos inducidos por puro interés de la jerarquía religiosa a la que deben obediencia y por el aval de una tradición de siglos, que las malas acciones se pueden compensar, en esta vida, con determinadas prácticas que en la mayor parte de los casos, cuando no van acompañadas de un sincero arrepentimiento y un firme propósito de enmienda, conllevan la donación de bienes económicos o materiales aderezados, eso sí, de misas, penitencias, rezos u oraciones. Curiosamente esta última engorrosa parte espiritual solía obviarla con el argumento, también coherente en su ideario, de que para esos menesteres sobraban curas y beatas.

¿De qué retorcida mente habría salido la idea de que a Dios se le podía comprar con riquezas y agasajos? Pero eso era algo de lo que estaba plenamente convencido: el dinero absolvía los pecados, y además lo hacía de forma proporcional. A mayor falta, mayor contribución. Ni siquiera se planteaba, como la

mayoría de los que profesan su religión, lo absurdo y sacrílego que era obrar de aquella manera.

En esa convicción sus dádivas a la iglesia eran legendarias, sin darse cuenta de que de esa manera estaba confesando que sus pecados, de los que públicamente no se le podía achacar ninguno, también deberían ser enormes.

Cuando la gobernanta le transmitió al joven Luis Alfonso Medina que el padrecito polaco deseaba verlo, lo que menos pensó fue que la intención de don Bienvenido era la de solicitar su ayuda, y menos para semejante pendejada como la que le estaba proponiendo.

—Joven, quisiera contar con vos para formar una pequeña liguilla de baloncesto. ¿Se dice así? —preguntó antes de continuar con un interminable discurso que sonó como un auténtico dislate en los oídos de su oyente.

Claro que el joven era un amante del baloncesto, pero del de las estrellas americanas, no de la boludez que le estaba proponiendo. «¿A poco cree que soy la madre Teresa de Calcuta o qué?», se preguntaba en su cabeza el interpelado. Él no estaba enamorado de la pobreza, ni le importaban un rábano los problemas de los más desfavorecidos. Así que el bla, bla, bla del curita se amontonaba en su cabeza sin tan siquiera escucharlo, tan solo oía su ronroneo hasta que, de repente, don Bienvenido se levantó sin más de la silla que ocupaba al otro extremo y bordeando la mesa



que se encontraba en medio de ambas, ocupó justo la silla contigua a la suya situada a su derecha y comenzó a decirle suavemente al oído.

—Mirá, joven, vamos a dejarnos de boludeces. De sobra sabés la razón por la que estoy acá. Sé lo que os traés con la gringuita.

«¿De qué pendejada está hablando?», pensó sorprendido el joven Luis Alfonso ante aquel inesperado giro que había tomado la extraña charla del padre. Sin embargo, no dijo una sola palabra. No hizo falta, su cara contestó por él. El padre captó sin dificultad el gesto que reflejaba, aunque no lo interpretó correctamente. En lugar de percibir asombro y desconcierto vislumbró la sorpresa de quien no espera ser descubierto. Así que continuó creyendo que su interlocutor comprendía perfectamente por qué lo increpaba.

—Puede que la hayás engañado con promesas y dulces palabras, haciéndola creer que estás muy enamorado de ella, pero —hizo una pequeña pausa para recalcar las palabras que iba a pronunciar a continuación— yo sé cuáles son vuestras verdaderas intenciones.

¿Él enamorando a la chamaca? ¿La muchacha rendida a sus encantos? ¿A qué obedecía todo aquello? No acababa de centrar en su pensamiento los desatinos que el padre le estaba trasmitiendo.

Para su ego, el hecho de que la chiquilla se hubiese enamorado perdidamente de su

persona no le resultaba extraño ni nada difícil de creer. Al contrario, sería de lo más normal. Lo que no acababa de encajarle era la manera en la que había sucedido. Desde luego, no como el padre estaba relatando, porque ni siquiera habían coincidido una sola vez desde su llegada a la hacienda. Su mente no paraba de cavilar sin llegar a ninguna conclusión definitiva. Barajaba dos posibilidades.

Que la chica lo hubiese visto a través de una puerta o de una ventana, evidentemente sin que él se hubiese percatado, quedando prendada de él al instante. Vamos, lo que se conocía como amor a primera vista, para nada descartable dado su porte y agradable fisonomía. No sabía quién era Narciso, ni jamás había oído o leído algo sobre el mitológico personaje amante de sí mismo, pero en su proceder y pensamiento eran almas gemelas.

O que su enamoramiento viniese de la plática de las gatas y que al escucharlas hubiese quedado embelesada con la cháchara que las domésticas hacían de sus evidentes cualidades. Esta última suposición la desechó al instante al percatarse de que el padre estaba metido en aquella chamba precisamente porque la gringa no capeaba ni una palabra de español, así que difícilmente se podría haber enterado por el parloteo de las criadas.

No fue capaz de vislumbrar ninguna otra explicación.

Tampoco era tan inusual, lo del enamoramiento de su persona a primera vista. No sería la primera ni la última vez. La mayoría de las chamacas de la comarca fantaseaban con él. Estaba completamente convencido de que su cuerpo bien proporcionado, convenientemente trabajado en el gimnasio; las bellas facciones de su rostro; junto con la actitud chulesca que gastaba acompañada de un permanente desdén por el dinero, que lo derrochaba a manos llenas, lo hacía totalmente irresistible.

En momento alguno se planteaba que para las chicas pudiera ser tan solo un jodido engreído plagado de sí mismo del que había que alejarse, pero al que no podía ofenderse debido a la posición que ocupaba.

Así pues, no cabía la menor duda. La muchacha lo debió ver accidentalmente y en cuanto lo hizo, con lo curioso que él era, se había enamorado perdidamente. Y con la imaginación que gastan las chamacas enamoradizas se habría inventado toda aquella película que le había contado al padre y que muy probablemente hasta se creería de tanto fantasear con ella.

Lo que no asimilaba era que una puta pudiese tener aquellos sentimientos. Las cariñosas eran interesadas, calculadoras, no de fantasías románticas.

Para él, en su machista mentalidad, lo más parecido a un sentimiento que podía tener una ramera era su voraz apetito sexual. Jamás

se le había pasado por la cabeza que pudiera ser fingido. Que le picara, pues, la entrepierna, y lo deseara perdidamente era algo que entendía, pero lo que decía el padre no tenía mucho sentido.

Además, su padrino la había comprado como regalo de cumpleaños para su hijo, su compadre con el que se había criado. ¿Cómo podía pensar aquel zarrapastroso extranjero que era capaz de traicionar de esa manera a su bienhechor y protector? Aquel curita no lo conocía en absoluto.

—Mire, padre, no sé qué diablos le habrá contado la chamaca esa ni qué pinches historias pasarán por su cabeza. A lo que parece se ha encaprichado conmigo y se ha inventado todas esas fantasías que le ha confesa...

No acabó la frase cuando su mente se inundó de reflexiones al percatarse de las implicaciones que el hecho podría tener. El padre le estaba haciendo un favor. Un gran favor.

Daba igual si la niña se hubiese enamorado perdidamente de él —no lo podía descartar completamente porque les ocurría a todas las doncellas casaderas que conocía— o que se lo hubiera inventado con algún calculado fin —probablemente el de conseguir que fuese su protector—. La cuestión era que si su padrino se enteraba del hecho quizás no aceptase sus explicaciones, puede que dudase.

La chamaca debía de ser muy convincente para persuadir de aquella manera al padrecito.

Y respecto al cura, ya averiguaría Luis Alfonso más adelante las razones por las que lo estaba haciendo. De lo que estaba seguro era que no lo hacía de forma altruista, con aquella estúpida tontería del baloncesto le estaba ofreciendo una disculpa para alejarse de la hacienda y mantenerse a salvo del peligro.

—Gracias, padre, ahora entiendo lo que me quiere decir. Lo mejor será que durante un tiempo me aloje en el pueblo, por lo menos hasta que se termine la celebración. Me refiero al cumpleaños de mi compadre —añadió al ver la cara de extrañeza del padre.

El desconcierto de don Bienvenido obedecía al hecho de que desconocía por qué el joven había cambiado de repente su discurso. Ahora le daba las gracias. «¿Pero de qué mierdas habla ese puñetero? —pensó intrigado—. ¿No se habrá tomado en serio la tontería del baloncesto?». Pero poco después cayó en la cuenta de que, aunque no lo había planeado así, quizás fuera mejor continuar, de momento, con la patraña del baloncesto. Era una buena salida al dilema que tenían planteado.

—Le agradezco —continuó diciendo el joven— la solución que me está ofreciendo, quedarme en el pueblo. Para todos será comprensible que tener que ir y volver todos los días desde la hacienda sería un engorro.

Platicaré con mi padrino para solicitar su beneplácito.

Justo cuando el joven Luis Alfonso terminó su frase se hizo gala el dicho de hablando del rey de Roma, por la puerta asoma, pues don Víctor Sandoval entró en la estancia acompañado unos pasos más atrás por la señorita Ávila. El joven y el sacerdote se levantaron al pronto como muestra de respeto.

—Si fuera un gringo —comentó gracioso— preguntaría si interrumpo algo. Pero como soy mexicano y estamos entre amigos no tienen más que sentarse y continuar con su plática. Para nada se incomoden por mi presencia —añadió. Se lo veía extrañamente jovial—. Doña Alejandra me conversó que estaba usted en la hacienda, padre. Tan solo pasaba a saludarle y a decirle que antes de que se vaya querría tener unas palabritas con usted.

—Mis respetos, don Víctor —contestó el aludido—. Con gusto. En cuanto termine con el joven platicamos de lo que le plazca.

La incertidumbre de lo que podría querer hablar el patrón con él le dio un respingo. Aquel hombre era lo más parecido a Dios en cuanto a verlo y saberlo todo.

—Padrino —interpeló Luis Alfonso entusiasmado— el padrecito ha tenido la idea de formar una liguilla de baloncesto para que los chamacos de la comarca cuenten con algún aliciente y no se descarrilen por el mal camino. Hablábamos de los detalles cuando usted entró.

A don Bienvenido, conocedor de mi gran afición por ese deporte, le gustaría contar con mi ayuda.

—Por el Altísimo, muchacho —dijo el sacerdote—, tampoco es necesario molestar a don Víctor con estas menudencias. Seguro que la señorita Ávila ya le habrá explicado. ¿No es así, doña? —preguntó dirigiendo su mirada hacia la aludida mientras esta asentía afirmativamente con un movimiento de cabeza.

—No se preocupe, padre —se apresuró a aclarar don Víctor—, esa es precisamente una de las razones por las que he venido. En cuanto doña Alejandra, hace un ratito, me lo platicó se me antojó una gran idea. Nuestros chamacos necesitan distracciones que los alejen de los vicios y la vida insana. Practicar deporte —dijo cerrando el puño y haciendo un gesto con el brazo— contribuirá a que anden derechos y no se dejen llevar por las tentaciones. Tenemos que convertirles en personas de provecho. Necesitamos hombres de valía y no a pendejos y desechos humanos. Miren no más en qué se está convirtiendo la juventud de los gringos, completamente destrozada por el polvo maldito. —Aquello no dejaba de tener su gracia, puesto que era aquella mercancía precisamente con lo que don Víctor comerciaba y la base de su gran fortuna—. Por eso venía a decirles que no solo cuentan con mi apoyo, sino que donaré para el proyecto la modesta cantidad de diez mil dólares. Americanos, por supuesto —añadió

chistoso—. ¿No más que pensaban que iban a ser dólares de algún pinche país sudamericano?

A todos se les escapó la risa, aunque, quién sabía cuál de las cuatro podría ser fingida. Por lo menos las del joven y el padre lo eran. No se las traían todas consigo sobre si el patrón estaba o no al corriente de lo que allí se estaba realmente dilucidando. Si fuera así, su risa también podría ser falsa. Muy probablemente, en ese caso, estaría simplemente jugando con ellos a la espera de decidir lo que iba hacer, seguro que nada bueno, así que no estaban para chistecitos.

La de doña Alejandra era de simple cortesía.

El padre quedó completamente desconcertado por los derroteros que estaban tomando las cosas y cómo una mentira entretejía otra. No pudo menos que acordarse de las continuas referencias de Diana a las telenovelas. Al final iba a tener razón: aquello cada vez se parecía más a los típicos enredos propios del género, pero con la peligrosidad de los cárteles de la droga mexicanos.

Había acudido a la hacienda con la única intención de advertir discretamente al joven Luis de que cesase en su arriesgado juego. El tema del baloncesto se lo había inventado sobre la marcha. Improvisado. De hecho, en ese momento ya pensaba en el paripé que montaría con algunos pibes de confianza para cubrir el embrollo en el que se habían metido. En cuanto



pasase la celebración, y se esfumara el peligro en el que todos se hallaban, diría que la idea no había cuajado, que los chicos no acudían a los entrenamientos, que no colaboraban o cualquier otra tontería. Ya los aleccionaría él convenientemente para justificar el fracaso del proyecto para que así el joven pudiera regresar sin mayor incidencia y todo volviera a la normalidad.

Pero el cariz que había tomado la situación acababa de desbordarlo. Diez mil dólares era una suma nada desdeñable y eso, cualquiera que conociera a don Víctor sabía que tan solo era el principio. Ahora el proyecto estaba obligado a ser todo un éxito. El patrón había dado su beneplácito y su voluntad era ley. Nadie se atrevería a contribuir ni activa ni pasivamente a su hundimiento.

—No se queden ahí pasmados con cara de asombro. A poco creían que no iba a aportar mi granito de arena a una causa tan noble. Platíqueme del proyecto. No me tengan en ascuas. Díganme cuáles son sus planes — comentó fervoroso don Víctor.

—Verás, padrino, le estaba diciendo al padre justo cuando entró que quizás lo mejor es que me mude por el tiempo necesario a la localidad. Sería un engorro tener que desplazarme desde la hacienda todos los días.

—Pos claro, ahijado. Doña Alejandra — añadió dirigiéndose a la nombrada—, dé las oportunas instrucciones para que Luisito

disponga a su antojo de una de las casas del pueblo.

—Como ordene, patrón —contestó escuetamente la aludida.

—¡Esto sí que está bien padre! Con ese dinero, padrino —comenzó a decir entusiasmado Luis Alfonso como si continuara una anterior conversación y le complaciera en grado extremo el giro positivo que había tomado la propuesta con la generosa aportación de don Víctor. Así que no paraba de enumerar el torrente de cosas que la nueva situación les proporcionaba—, podríamos acondicionar una cancha donde celebrar partidos, equiparnos adecuadamente, dotarnos de todo el material necesario. Al principio podríamos formar y entrenar dos o tres equipos para que compitan entre ellos. También podríamos poner alguna grada para espectadores...

—Jaaaa —rio Sandoval interrumpiendo el autocomplaciente monólogo—, me agrada verlo tan ilusionado, mijo. Ahora —continuó— ¿podrías dejarnos un momento? Quisiera platicar un ratito con el padre y doña Alejandra un tema de la parroquia.

El joven se retiró con un escueto saludo. Las poco sutiles excusas de su padrino encerraban órdenes que se cumplieran con más presteza que las militares.

—La gringuita —dijo a los pocos instantes de que su ahijado cerrara la puerta tras él— está embarazada.

Doña Alejandra quedó completamente turbada, pero su semblante no reflejó emoción alguna. En cambio, el rostro de don Bienvenido se convirtió en un espejo de sus emociones. Casi no podía articular palabra.

Así que el muy cabrón de don Víctor sí había estado jugando con ellos. «¡Menudo garrón!», pensó angustiado. El cerote de Luis Alfonso ya había hecho de las suyas. El chico estaba muerto y él también. De la manera más tonta, como en las tragedias griegas en las que el protagonista trataba de evitar su destino pero corría hacia su destrucción, acababa de firmar su sentencia de muerte. En cuanto le dieran un par de calentadas al muchacho cantarían de plano todo lo que sabía con la esperanza de desviar las culpas hacia otros. Si no hubiese acudido a la hacienda, se lamentaba, quizás se hubiera podido mantener al margen de aquella cagada, pero ahora ya era imposible.

—¿Y cómo es eso? —susurró el padrecito en un tono apenas audible tras escuchar la sorprendente declaración de Sandoval.

Si había oído bien, Diana estaba en cinta.

—Pero, ¿qué le pasa? ¿Usted lo ve, doña Alejandra? —interpeló jovial a la sorprendida gobernanta, que se preocupó en no mostrar asombro alguno —. Ni que fuera él *el padre* — añadió recalcando las dos últimas palabras para hacer patente su doble sentido. Después, se rio.

Parecía muy complacido con la situación, aunque ni don Bienvenido ni doña Alejandra atinaban a saber qué le producía tanta satisfacción.

Lo cierto era que don Víctor también se había enterado recientemente sobre su próxima paternidad. El asunto podría haber pasado desapercibido, hasta que la muchacha mostrase síntomas visibles de su estado, pero a la sexta semana tras sus regulares *encuentros* don Víctor cayó en la cuenta de que la chica no había sangrado ni una sola vez, así que hizo traer un ginecólogo de otro estado. Bajo ningún concepto quería levantar ningún tipo de rumor. La exploración se realizó con la mayor discreción y el resultado, como buen macho que era, lo llenó de satisfacción.

—Pos cómo va a ser, padre —continuó diciendo don Víctor, ahora mirando hacia Bienvenido—. No creo que haga falta entrar en los detalles. Y menos —añadió, tras una enorme risotada— con una señorita delante.

De esa manera tan jocosa se refería a las reiteradas violaciones, claro que para él no eran tales.

Desde que la señorita Ávila había informado del problema con la comprensión del idioma, don Víctor no había vuelto a pensar en el «regalo de cumpleaños» para su hijo hasta que, pasados unos días, la vio cruzar el patio desde el corredor superior, precedida de Panchita.

Esa misma noche comenzaron *las visitas*, y con ellas se fue la poca inocencia que a Diana le quedaba mientras perdía la flor que con tanto anhelo guardaba para su amado debajo de aquel seboso mexicano que había irrumpido en su cuarto.

La muchacha no ofrecía resistencia alguna y él, en su enorme ego, interpretaba la parálisis que le producía el terror de su presencia como una clara señal de consentimiento. En su distorsionada e interesada interpretación de los hechos ideaba a la muchacha como una recatada hembra deseosa, como no podía ser de otra manera, de su viril persona. Seguro que la chamaca estaba impresionada con sus proezas sexuales, pero su pudor le impedía manifestarlo.

Aunque tampoco es que le importara lo más mínimo lo que realmente sentía o padecía la chica. Si hubiera podido estar por un momento en sus pensamientos y descubierto el horror que realmente le producían sus penetraciones, no por ello se hubiera apiadado de ella ni cesado en sus abusos, porque simplemente no podía controlar su deseo.

—¿Quiere decir que usted...? —don Bienvenido se paró en seco sin terminar la frase. No olvidaba ni por un momento que estaba hablando con uno de los señores de los cielos.

—Pos claro, padrecito. Yo soy el papá.  
¿Quién sino?

Su mirada se tornó por un instante en la de un despiadado asesino.

Un respingo sacudió a sus interlocutores, tan solo el planteamiento de la duda en una cuestión como aquella, aunque fuese el mismo patrón quien la suscitase, era extremadamente peligroso.

—¿No ve —continuó claramente tranquilizador a la vez que su semblante reanudaba la jovialidad que había mantenido hasta el momento— lo recontento que estoy? Pero anímese, hombre, que estamos de celebración. Doña Alejandra, en cuanto terminemos de platicar informará usted de la buena nueva de mis próximos esponsales a todo el mundo. No será Víctor Sandoval quien traiga hijos bastardos a este mundo —apostilló.

Tanto a la señorita Ávila como a don Bienvenido les costó digerir la última frase. Se decía que las amantes del patrón sabían muy bien lo que tenían que hacer si quedaban embarazadas. O abortaban en secreto, sin que nadie llegara a saber nunca de su estado, o morían. Ni si siquiera doña Alejandra sabía a ciencia cierta si el rumor era verdadero o no, pero al patrón no se le conocía hijo ilegítimo alguno, y sus amantes eran numerosas.

—Pero antes —continuó don Víctor retornando a platicar con don Bienvenido— ya que tan oportunamente está usted aquí, padre, me gustaría saber que cuento con su beneplácito. Creo que es innecesario recordarle

que su ayuda es imprescindible para la preparación de los prolegómenos. Por cierto, ¿saben ya cómo se llama? —preguntó don Víctor dirigiéndose ahora a ambos, cambiando así el rumbo de la conversación. Ni se molestó en esperar que el padre contestara a sus peticiones, porque en realidad no eran tales. Sandoval no había intercambiado ni una sola palabra con su víctima durante sus reiteradas violaciones.

—¿Quién? —preguntó el padrecito, sin atinar a quién se refería don Víctor. No pensaba con claridad. No obstante, los derroteros que estaban tomando la conversación lo estaban tranquilizando un tantico.

—¿Quién va a ser? ¡Qué cosas tiene usted, padre! La gringuita, mi futura esposa —le aclaró don Víctor—. No querrá que todo el mundo la conozca por ese horrible mote. Pos como que los apodos no son para las señoras —sentenció dejando bien claro por su tono que era una orden de obligado cumplimiento. Era la última vez que Diana iba a ser conocida por ese sobrenombre, a partir de ese momento todo el mundo tendría que referirse a ella, tanto en público como en privado, como «la señora».

—Se llama...

A don Bienvenido casi se le saltó el corazón, necesitaba con urgencia que le viniera a la memoria un nombre polaco. Sentía toda aquella situación como extremadamente delicada para su integridad personal. Al vivirla

con unas insoportables dosis de miedo y ansiedad la percibía completamente distorsionada. En una situación normal se hubiera dado cuenta de que cualquier nombre serviría como respuesta. ¿Qué más daba? ¿Acaso no había norteamericanas que se llamaban Carmen? Pero en su realidad alterada se obsesionó con la idea de que si no respondía con un auténtico nombre polaco alguien podría investigar y verse, por tanto, descubierto.

Afortunadamente para él, recordó al instante la historia que le había relatado don Manuel, en una de sus múltiples tertulias al calor de las humeantes fogatas que compartían en la selva, de una princesa polaca que llegó a ser santa. Sin dudar más dijo:

—Cunegunda.

La historia de aquella notable mujer, también conocida como Santa Kinga, lo había anonadado en cuanto la escuchó. Convenció a su marido, otro chalado como ella, para que ambos hicieran voto de castidad y así preservar su virginidad.

—¡No me chingue, padre! ¿Qué clase de nombre pagano es ese? —preguntó aireado don Víctor—. Mi hijo tendrá una madre cristiana como Dios manda. Se llamará —recapacitó un momento para zanjar al pronto el tema, como tenía por costumbre— Fernanda. Y de apellido Gutiérrez, como mi madre. Así que ya saben, su nueva patrona es doña Fernanda Gutiérrez de Sandoval. No se hable más. Doña Alejandra —



añadió para zanzar la conversación y la visita de don Bienvenido—, acompañe al padre a la salida. Pero antes no se me olvide de entregarle los diez mil dólares prometidos. No más que vaya a pensar que no somos gente de palabra.

## María

El torrente de emociones que el padrecito había sufrido en las últimas horas le impedía recapacitar. Necesitaba imperiosamente estar un rato consigo mismo en la seguridad que le proporcionaba su rincón de la sacristía. Tenía que poner en orden sus ideas, pero, sobre todo, calmarse. Acababa de tontear con la muerte en una de sus formas más terribles: la proporcionada por un cártel de la droga mexicano.

Los dólares estaban allí, eran reales. Don Víctor le había ordenado a doña Alejandra que se los proporcionara. En efectivo. En un maletín. Diez mil dólares, como si tal cosa.

Y la muchacha estaba embarazada. Lo más gracioso, si en toda aquella locura había algo chistoso, era que tenía que casarla él, que ni siquiera era cura de verdad. ¡Qué inesperado giro habían tomado los acontecimientos!

Sí, estaba preñada, pero en la concepción del sacerdote su virtud estaba intacta. Para él, continuaba siendo virgen. Su mente se volvió a empantanar de imágenes plagadas de

remordimientos un tanto ya olvidados hasta que la gringuita los había hecho retornar al suplicarle ayuda.

A la cabeza le vinieron las trenzas de su amada, junto a los vaqueros y aquel poncho que le daba un aire de chica intelectual de izquierdas. Las canciones-protesta que escuchó junto a ella. Los libros prohibidos que intercambiaron. Las películas censuradas de arte y ensayo que se recomendaron. María, la incansable luchadora asamblearia, como también lo fue él antes de pasar a la lucha de verdad —la armada— contra cualquier tipo de injusticia o desigualdad.

María, la feminista abanderada de la emancipación de la mujer que, sin embargo, defendía inocentemente que antes había que liberar al varón del yugo del capitalismo y de las cadenas del fascismo.

María, su adorada estudiante de medicina.

Su único y verdadero amor, jamás consumado porque nunca llegó a confesarle sus sentimientos debido a que creían ciegamente en un amor libre, alejado de los compromisos burgueses como el matrimonio, que nunca llegaron a practicar. Aunque bien que lo hacía con el cabrón de Mendoza, su rival. O eso creía quien se llamaba Vladimir por aquel entonces.

María, a la que nunca más volvieron a ver después de que a Vladimir se le escapara su nombre, junto con el de Mendoza, en los

calabozos de la Federal. Una vez más su falta de valor le jugó una mala pasada. Eso se decía a sí mismo. Porque a lo mejor no fue el miedo la razón de su delación. Podía haber dado otros nombres y no haber sido tan explícito ni tan vehemente.

En aquella época Vladimir no era de los militantes izquierdistas más significados ni la policía tenía un especial interés por el grupo que frecuentaba. Tan solo lo agarraron porque tropezó cuando corría con el resto en una de las muchas manifestaciones estudiantiles a las que acudía con frecuencia. Para las autoridades, aquellas algarabías respondían a planes organizados y ejecutados. Estaban convencidos que tras ellas había una estructura jerarquizada. Y que la única manera de acabar con aquellos desmanes que estaban desangrando el país era llegar a los verdaderos cabecillas que las dirigían cómodamente en la sombra.

La idea del gobierno había sido ir subiendo poco a poco los diferentes peldaños que componían aquella escalera de alborotadores. Se dieron instrucciones precisas a los azules<sup>7</sup>. Arrestar a unos cuantos manifestantes al azar, sonsacarles información para acceder al siguiente estadiillo, detenerlos y hacer lo mismo hasta llegar a los verdaderos cerebros de la conspiración.

Pronto se supo que quienes colaboraban, y proporcionaban información sobre quienes

---

<sup>7</sup> Policías uniformados.

daban las consignas y movían el cotarro en las manifestaciones, luego salían libres de los calabozos. Sin consecuencias.

¿Qué podía hacer? Se había excusado una y otra vez a sí mismo. No tenía alternativa, algo debía decirles. No conocía a nadie ni sabía de nadie en concreto que diera esas instrucciones. Acudía, como el resto, a través de las octavillas que repartían por todas partes. Eso era todo lo que sabía, nada más. Pero eso, evidentemente, no les hubiera valido a los policías. Con la verdad no se iban a conformar.

Le prometieron que no dañarían a quienes delatara. No estaban interesados en ellos. Tras golpearlo un rato, probaron a ser conciliadores. Le dijeron que sabían perfectamente que eran unos ingenuos como él quienes eran manipulados por los perversos cabecillas que estaban detrás de todo. Era a ellos a los que realmente querían pillar para poner fin a las revueltas. Nada más. Tan solo buscaban a los peces gordos, a quienes movían realmente los hilos desde sus cómodos escondites mientras ellos, pobres diablos, daban la cara y recibían los palos. Como mucho, unos cuantos porrazos a los que se resistieran. Y en cuanto les proporcionaran la información que necesitaban, pa' casa.

Maldecía su suerte. Ese día ni siquiera se había planteado acudir a la manifestación, de hecho, ni había quedado con la camarilla. La distinguió a lo lejos, de casualidad. Se decía a sí

mismo que sino hubiera sido por esa fatalidad nunca hubiera mencionado a María. Pero es que una vez la vio allí, tan alegre y eufórica gritando consignas, no se la pudo quitar de la cabeza. Ni a ella ni al jodido Mendoza, que la agarraba de la mano.

Y así se truncó la vida de una pobre muchacha provinciana, a la que con tanto esfuerzo sus humildes padres costeaban sus estudios en la capital, la primera universitaria de la familia.

«¡Qué orgullo, una Gálvez médica!», solía decir don Segismundo, el maestro que había convencido a los padres. La muchacha valía, les había dicho. Era inteligente en extremo y tenía vocación, merecía la pena el esfuerzo.

Y ella, ¿qué habría pensado cuando la detuvieron? ¿Por qué fueron tan directos a detenerla? Tan solo era una tímida muchacha vestida con la piel de una valiente activista sin peso específico alguno entre los opositores al régimen. Pero todo eso el yuta que la mató a golpes no lo sabía.

No hubo ningún consuelo en aquella tragedia, porque aquel crimen quedó impune. Nadie fue enjuiciado ni condenado por él.

Porque, aunque años más tarde el autor material de los hechos fue juzgado y condenado, y finalmente amnistiado, no lo fue por la muerte de María ni por ninguna de las de tantos otros de las que solo sabían él y sus

víctimas, sino por su probada implicación en la detención ilegal y posterior desaparición de multitud de activistas contrarios a la Junta Militar. Pero no por ningún hecho concreto.

Además, aunque hubiese sido condenado por la muerte de María y hubiera cumplido la pena impuesta don Bienvenido sabría que no se habría hecho justicia. Porque él era el único que conocía al verdadero culpable: él y sus puñeteros celos.

Últimamente don Bienvenido tan solo encontraba consuelo en la posibilidad de la existencia de Dios. Necesitaba desesperadamente creer que así era, su salud mentada se lo exigía cada vez más. Era lo único que aliviaba su atormentada conciencia. Si existiera, su adorada María encontraría por fin la justicia que tanto se merecía cuando acudiese, a rendir cuentas, ante él. A veces pensaba que su ateísmo era su condena, porque si la justicia de los hombres no había reparado el crimen, ¿qué otra quedaba? Dios tenía que existir, aunque solo fuera para castigarlo.

Durante el proceso, el asesino de María ni siquiera tuvo un pensamiento para ella. Ni la recordaba. De hecho, ni su nombre aparecía en el sumario como posible víctima.

El acusado, obligado por las circunstancias, tuvo que alegar cosas que no eran del todo ciertas, como que su participación en los arrestos había sido mínima, o que en los

interrogatorios las acciones violentas que llevaba a cabo eran prácticamente inexistentes.

—Como mucho —declaró— algún piñazo a los que se resistían violentamente.

Pero lo que más le dolió de toda aquella farsa —desde su perspectiva— fue verse obligado a declarar que estaba profundamente arrepentido de haber intervenido en aquellos *reprobables* sucesos. «¡Cuánta hipocresía!», pensó. Como si lo que hizo fuera, de algún modo, censurable.

Le hubiera encantado poder escupirles a los jueces a la cara la verdad de lo que realmente había sucedido, de cómo se había tenido que emplear a fondo con aquellos cabrones para salvarlos. Sí, para salvarlos. A ellos, que tanto le recriminaban, y a la nación entera; para protegerlos de toda aquella gentuza que se estaba cargando el país.

Pero no pudo, porque, ¿qué sabían toda aquella caterva de resentidos llenos de odio y los abogaduchos que los secundaban en aquella pantomima de justicia lo que era la disciplina, el deber y, sobre todo, el amor a la patria que aquellos hijos de sus madres estaban destruyendo? ¿Qué sabían ellos, en definitiva, lo que era cumplir órdenes, la más alta obligación de un militar? Era inútil tratar de explicárselo, así que no le quedó más remedio que mentir.

Pero en su interior él conocía la verdad, y por supuesto no se sentía nada culpable.



Si alguien le hubiera planteado el caso de María y le hubieran preguntado por quién, a su entender, habría sido el responsable de lo que había sucedido, no habría dudado ni un momento en contestar. Matizaría, primero, que lo que realmente había ocurrido había sido un accidente, que él lamentaba. Pero que, si lo obligaban a señalar a alguien, desde su punto de vista la culpa había sido solo de ella.

Lo más atroz de todo es que hubiera sido sincero.

La situación del país era desastrosa. Había que poner orden a tanto desmán. Los mandos no paraban de presionar, como era natural. Querían terminar con el caos en el que algunos conchudos estaban sumiendo la patria. Alguien la había señalado a ella y a otro tipo que la acompañaba como unos de los que daban las consignas en las concentraciones.

No cabía duda de que ella, a su vez, recibía instrucciones; por tanto, tenía que conocer a los que estaban por encima, el siguiente escalón, y su labor consistía tan solo en saber quiénes eran, únicamente eso, e informar para ir subiendo en la escala poco a poco y llegar a los verdaderos responsables de la conspiración. Esos hijoputas estaban organizados jerárquicamente, de eso estaban seguros los mandos.

Al principio fue amable con ella y por lo más sagrado —era un hombre creyente, así que no mentía— que su intención era soltarla en

cuanto le proporcionara la información que necesitaba. Aunque antes de eso le haría un favor, la zurraría un tantico más que nada para que reflexionara y no volviera a meterse en líos y se dedicara a lo que verdaderamente tenía que dedicarse, que era para lo que estaba en la universidad, estudiar.

Y no le hacía aquel favor porque fuera alguien especial, al contrario, se lo hacía a cualquiera que caía en sus manos y aún no estaba maleado del todo. Con esos otros, con los que ya no había nada que hacer, no tenía piedad. Incluso estaba convencido de que a todos a los que se lo había hecho en cuanto maduraran se lo iban a agradecer.

Pero a la muy jodida en lugar de ponerle las cosas fáciles y colaborar, le dio por reírse en su cara. No le facilitaba ninguna información diferente a la que ya tenía. Todo lo que le decía la muy cabrona eran cosas muy vagas o que ya sabía. Así que no le quedó más remedio que comenzar a golpearla de verdad, no como tenía pensado para ayudarla.

«¡Qué par de huevos tenía la cabrona!», pensó a medida que sus golpes subían de intensidad. Quizás no ocupaba una posición tan baja en la organización como en un principio creían. Igual era de las duras, de las curtidas en la lucha, aunque era extraño que aún no hubieran tenido conocimiento de ella.

Llegó incluso a admirarla, pero lo que tenía claro es que de él no iba a chotarse. Poco

a poco la ira se fue apoderando de él porque, por más que la aporreaba, ella seguía igual.

¿Es que la muy puta no se daba cuenta de que tenía una obligación que cumplir? ¿Tan difícil era entender eso? ¿Qué creía la jodida, que a él le resultaba fácil? ¿Que se divertía con todo aquello? ¿Que era su pasatiempo? ¿Por qué no lo entendía? ¿Por qué seguía igual y no soltaba prenda?

Naturalmente, ante esa actitud ocurrió lo que nadie deseaba y, sin quererlo, le dio aquel mal garrotazo en la cabeza. ¿Para qué iba a querer matarla o ensañarse con ella? Claramente fue un accidente, no midió bien la fuerza del golpe. Él tan solo mencionó a su progenitora: «¡Por mi madre que está hijaputa canta!».

Pero ella no cantó, porque no se sabía la letra. Si se hubiese sabido alguna estrofa, por pequeña que fuese, la hubiese recitado de carrerilla al principio del interrogatorio, ¡si la pobre hasta se había meado en sus bragas cuando la detuvieron! Su lucha era ensamblar y su resistencia teórica, de boquilla.

Don Bienvenido aún recordaba el pingajo en el que estaba convertido su cuerpo cuando la encontraron en un descampado. La única vez que la vio desnuda.

Oficialmente había sido víctima de una violación.

Para ser precisos, de un intento porque según el informe forense había muerto, para

enorme pesar de don Bienvenido, virgen.  
Virgen como aquella pobre búlgara.

## Bienvenido y Vladimir

Los efectos de la hierba, y la contemplación del dinero, le impedían tener un pensamiento lineal. Las ideas, así como las dos personalidades diferentes que las expresaban, Bienvenido y Vladimir, saltaban en su cabeza como las ranas en sus charcas. Pasaba de unas a otras en una elucubración mental.

—Para mí, y así debería ser para vos, la virginidad es un concepto espiritual —comenzó Bienvenido diciéndose a sí mismo después de que las primeras caladas del peta de hierba, que a duras penas acababa de liar, le permitieran pensar tras disipar la mayor parte de la angustiada carga emocional que portaba—. De pureza, de pensamiento, de ausencia de maldad... lo que la gente conoce como inocencia. ¿Comprendés? La diferencia entre una pibeta virginal y una turra no estaría en si su vagina ha conocido o no verga de varón, sino en si su conciencia está o no corrompida por la perversidad de este mundo. María... —recalcó el nombre don Bienvenido cuando su auto

argumentación se vio interrumpida por él mismo.

—¿A cuál de las dos te referís? —se preguntó desde otra posición de su yo, Vladimir, que le permitía mantener la apariencia de una conversación en lo que no era más que un soliloquio—. Aclaralo, boludo. ¿A la nuestra o a la madre de ese que ahora querés creer que es el hijo de Dios?

—¿A qué viene esa estúpida pregunta? De sobra sabés de cuál estoy hablando, vos sois yo no te hagas. Esta majadería de reflexión es tanto mía como de vos. Somos siameses de pensamiento —le aclaró a Vladimir—. Pero ya que la mencionás tan maliciosamente, te diré que esta acepción...

—¿Aceptación? Carajo, sí que nos hemos vuelto cultos —volvió a interrumpirlo su otro yo.

—...de la palabra —prosiguió sin hacerse el más mínimo caso a su propia puya— resolvería el problema de su cuestionada virginidad por los no creyentes. No sería necesaria la fe para creer en su espíritu inmaculado. Dios no habría tenido necesidad de obrar ningún milagro.

—Veo por donde vas —replicó a través de Vladimir—. Tenés la errónea creencia de que las mujeres educadas en culturas en las que se practica su total sometimiento a los varones, como la que ella vivió, me refiero —matizó mirando hacia el Cristo que estaba enfrente— a

la madre de ese, son puras de pensamiento. No me parece que eso ocurra necesariamente en todos los casos.

—¿Errónea? Estoy completamente convencido —afirmó don Bienvenido—. Porque, ¿qué maldad podría corromper la mente de una niña que pasa de jugar con muñecas y una férrea disciplina paterna a las manos de un marido que la mantiene totalmente apartada del contacto con este mundo?

—El Diablo está en todas partes —se contestó Vladimir— y podría tomar múltiples formas para corromper su espíritu. Podría presentársele en forma de un hermano envidioso, de un cuñado malicioso o de un vecino libidinoso y, cómo no, en la de su propio esposo arrancándole a golpes y vejaciones su inocencia.

—Podría ser —reflexionó el sacerdote—, pero no parece que fuera el caso de José, ni el de las personas con las que convivió. María —se tomó un tiempo antes de continuar hilando su pensamiento—, la nuestra, sabemos que era Virgen, y con mayúsculas, en los dos significados de la palabra: en el que te estoy exponiendo y —recalcó con vehemencia, reprochándose lo que le carcomía por dentro— en el otro. Así, cabrón, que jamás te engañó con el mierda de Mendoza. Menuda cagada hiciste.

Las palabras revivieron con inusitada fuerza su aflicción.

El padrecito echó una profunda calada antes de continuar. Aquella tormentosa conversación consigo mismo le estaba resultando destructiva por momentos.

—Y dejá —continuó interpelando a Vladimir— de elucubrar boludeces como que necesito creer que la otra era la madre de Dios. No creemos en la existencia de ningún Dios.

—Pues talmente lo parece —remató con ironía su otra personalidad—. Pero si no para de obrar prodigios. ¿Cuándo huevos habíamos visto nosotros semejante cantidad de dinero junta? ¿Y qué decís del hecho —siguió reprochándose— de que el dinero esté más seguro en esta humilde iglesia, sin ninguna medida de protección, que en el mismísimo Fort Knox, cuando todo el mundo en cinco kilómetros a la redonda sabe que está acá? ¿No es otra maravilla? Y, ahora —continuó tras una breve pausa—, para rematar vais vos y creés que ha vuelto a obrar otro milagro, el de la virgen embarazada. La gringuita está encinta, en gestación, vamos preñada.

—Ya lo sé, hijo de puta. Pará de repetirlo. ¿Qué es lo que parece? No me gustan las insinuaciones que hacés a lo sobrenatural, como si fuera un viejo chocho temeroso de la proximidad de la muerte. De sobra sabés que Dios es para nosotros un concepto espiritual como tantos otros: la moral, el amor o la naturaleza, nada más. Y que jamás nos dejamos llevar por supersticiones o supercherías como



los milagros. Pero —se paró un segundo para cambiar el sentido de su reflexión—, ¿no creés que ella se merecía uno? Uno que existiera de verdad —interpeló a su otra forma de ver las cosas representada por el joven revolucionario.

—¿Querés que olvidemos la parte milagrosa y vayamos a la otra boludez por la que los hombres necesitan creer en Dios? La justicia divina. Pero a mí no me engañas. No es por eso por lo que la idea os tienta. Ambos sabemos por qué cada vez sos más proclive a la necesidad de creer en su existencia material, no conceptual. Dejaos de autoengaños, acá tan solo estamos vos y yo —replicó vehementemente como Vladimir.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso? —objetó, desafiante, desde su otra posición.

—Vuestra crisis de ateísmo obedece a la imperiosa necesidad que tenés de encontrar la paz. Si él existiera, y fuese un ente y no una idea abstracta, su omnipotencia convertiría a todos los seres habidos y por haber en meros instrumentos a su voluntad. No intentés —le echó en cara Vladimir— hacer como que no se os había ocurrido y que tan solo pensabas en su infinita bondad, en el arrepentimiento, la penitencia y la redención y todas esas macanudeces que os hacen sentir tan bien. Si yo lo estoy pensando, vos también. Es inevitable, somos la misma persona. ¿Cómo dijiste? Ahhh, sí. Siameses de pensamiento.

»Es la puta solución ideal a tu dilema moral —siguió regañándose a través de Vladimir—. De repente, todos los especímenes de cualquier especie o clase pasarían a ser una suerte de autómatas programados. Y no al nacer, sino desde principio de los tiempos, si se puede hablar de principio en cuanto a una existencia divina, que lo dudo, y serían autómatas hasta su muerte. O incluso después de ella, porque habría que plantearse, por lo menos en lo que se refiere a los humanos, la existencia después de ella. Nada ocurriría fuera de su voluntad, y en ese caso, ¡oh, milagro!, la culpa de lo que sucedió no sería en absoluto nuestra, sino suya. Tan solo habríamos sido un utensilio en sus manos, una mera herramienta, mientras tejía el destino de la humanidad. ¿De qué manera nos podríamos haber opuesto a su voluntad? Visto así, lo que sucedió parece una auténtica menudencia.

—Mira que sos gil. ¿Acaso nunca oíste hablar del libre albedrío? —se refutó a sí mismo Bienvenido.

—Vale, vamos a dar por bueno ese argumento —concedió como Vladimir—. Pero, entonces, decime, ¿por qué razón o en base a qué tendría que inmiscuirse en nuestras vidas y nosotros aceptar que lo hiciera?

—Vos estás pensando en Epicuro y en su dilema de Dios frente al mal. ¿A que sí? —contraatacó su parte moderada por la madurez que dan los años.

—Pos claro. —Su antaño yo revolucionario reaccionó con presteza—. En base a su argumentación sobre la incompatibilidad de los dos atributos por excelencia de Dios, su bondad infinita y su omnipotencia.

Ambas personalidades comenzaron a entremezclarse.

—Dios frente al mal. O no puede o no quiere erradicarlo. En el primer caso no sería todopoderoso, y en el segundo, su bondad quedaría en entredicho.

Su pensamiento se suspendió durante un breve instante. Cada vez le estaba resultando más difícil mantener la coherencia.

—Sea como sea —continuó a duras penas—. Si primero nos crea y luego nos deja solos, expuestos a toda clase de calamidades e infortunios... ¿En qué lo convierte eso, si se tiene en cuenta todo el poder infinito que posee? ¿En un tirano? ¿En un sádico? ¿Podría, entonces, juzgarnos? ¿En base a qué? ¿No sería un poco como si nosotros, los humanos, nos otorgáramos la prerrogativa de juzgar a una araña por la muerte de una mosca? O de una bacteria a manos de un virus, y aún nos quedaríamos cortos en la comparación.

—Espera, espera. ¿A dónde huevos vos habés ido? Pensabas en Diana, ¿o era en María? No te vayás por las ramas.

Intentó centrar su pensamiento en el paréntesis mental que le proporcionó la

inhalación del humo de la siguiente calada. En cuanto regresó al ensimismamiento de sus pensamientos su otro yo retomó el tema de María, para hacerle dolorosas recriminaciones reviviendo el insoportable sentimiento de culpa que la irrupción de la gringuita en su vida había despertado.

—Así que tan solo por esa razón debería existir —replicó Bienvenido—: para que me castigue. Pero, ¿sabés lo que te digo? Que si así fuera vos no estarías libre de culpa. Yo la delaté, sí, pero no pensés ni por un momento que el paso del tiempo y un profundo arrepentimiento os eximen de responsabilidad.

En cuanto la idea se instauró en su mente comenzó a llorar desconsoladamente. «¿Por qué? ¿Por qué lo hice?». No paró de repetirse durante lo que percibió como una eternidad mental.

—No sabías que era virgen —contrapuso Vladimir a su yo maduro para justificarse de alguna manera.

—La cuestión no es esa, mamerto. La cuestión es por qué no soportábamos la idea de que pudiera estar con otro —dijo al comprobar que en el fondo sí se dejó llevar por una pasión tan primitiva como los celos. En aquella época no era más que un puñetero machista lleno de prejuicios, y no el liberal del que tanto alardeaba—. Explicame si no —continuó echándose en cara— cómo es que los sentía. ¿Acaso ella era de tu propiedad? ¿No se

suponía que con su cuerpo podía hacer lo que quisiera, que era libre para decidir su sexualidad? No contestás, os habés quedado sin argumentos. Así que todo era de boquilla, como la revolución de mierda que tampoco practicabas. Para nosotros tan solo era libre en una especulación teórica, pero no en nuestros sentimientos y pensamientos. Reconocelo. No soportábamos, ni mucho menos aceptábamos, la idea de que pudiera follar con otro, aunque en nuestro discurso proclamábamos su derecho a hacerlo. Eso era, jodido hipócrita, lo que pensabás y sentías en realidad.

Tras aquella confesión tan difícil de digerir se produjo el desahogo emocional que sigue a toda asunción de culpa. Los efectos de la hierba le estaban proporcionado sus deseados frutos. Una sensación de tranquilidad y de clarividencia se fue apoderando poco a poco de su estado mental y emocional. La paz se instauró en sus pensamientos, y con ella, se apelotonaron en su cabeza una serie de conclusiones tranquilizadoras.

Toda la educación liberal que había recibido no había servido de nada porque al final su instinto de posesión de macho había prevalecido. Las mujeres jamás estarían libres del instinto de posesión de los varones. «Se puede domesticar a un león —razonó—, pero nunca se estará del todo libre de su zarpazo».

Por supuesto que no existía ningún Dios. Al menos uno que lo pudiera redimir o penar

por ser la causa y el efecto de sus pecados. Y en eso consistiría su penitencia: cargar con la cruz de sus culpas hasta el fin de sus días. Afortunadamente, su existencia era finita.

Pero si podía existir un Dios, no como ente, sino como idea moral semejante al concepto de naturaleza, que proporcionaba una razón para comprender el equilibrio existente entre los seres vivos y La Tierra, posibilitando, de esa manera, el respeto a todos y el amor al planeta, sin que tuvieran la necesidad de un ente superior que los castigara por sus malas acciones. Pese a que, irónicamente, aquello mismo ocurriría si al final se cargaban el hábitat donde vivían.

Y era ese Dios el que le daba una oportunidad de redimirse al poner aquella otra María en su camino junto aquella obscena cantidad de dinero, manchado de sangre, que le permitiría socorrerla. Sangre proveniente, no le cabía la menor duda, del Diablo. El mismo que en su forma humana la había preñado.

La ayudaría, claro que la ayudaría, aunque su gauchada le iba a costar la vida y lo que más temía: sufrimiento y dolor.

Era el momento de una raya, cómo no. Aquella artificial paz invitaba a ella. Así que revolvió en los bolsillos de su sotana y tras extraer de uno de ellos una cajita, depositó parte de su contenido en un pequeño libro que se encontraba sobre la mesa, formando dos líneas casi idénticas. Ayudándose de un canuto, que

improvisó con un billete de cincuenta pesos, se metió una por cada fosa nasal.

—En cierto sentido —dijo tras el *esnifado* mientras su mirada se topaba con el Cristo que tenía frente a su mesa— yo soy como vos. Tendré mi propio viacrucis, pero no para redimir los pecados de otros, sino los míos. Sí, como vos —recalcó a la vez que se levantaba de la mesa e iba hacia el crucifijo—. Lo único que el mío no será en vano —dijo cuando llegó a su altura, como si quisiera iniciar una autentica conversación con el Cristo—. Ahhh, que no lo sabías. Pues yo te abriré los ojos. Tu sacrificio no sirvió de nada. Fue una puta cagada. La misma maldad que encontrastes cuando llegaste a este mundo continuó cuando te fuistes. Vuestras enseñanzas cayeron en saco roto, no sirvieron un carajo.

Hizo pausas entre las frases, como si escuchara contestaciones.

—¿Sorprendido? Ni amor al prójimo, ni caridad, ni paz, ni *na de na*. Innumerables guerras se hicieron en tu nombre. Sabelo, Príncipe de la Paz.

De nuevo, el silencio se apoderó de la habitación, hasta que don Bienvenido decidió proseguir con su monólogo.

—Sí, habés oído bien. Multitud de matanzas y todo tipo de barbaridades se llevaron a cabo bajo tu auspicio. ¿No decís nada? ¿Se os ha comido la lengua el gato? ¿O preferís quedaros calladito? Natural, no sos más

que una puta figura. Pero espera, que aún hay más. Los pobres, esos que tanto amaste, nunca fueron peor tratados que por los que decían ser tus seguidores, tus herederos. Tu puta iglesia. Es imposible que fueras el hijo de Dios. Un dios no podría haber hecho semejante chapuza. Ya sé —continuó en tono conciliador, tras la preceptiva pausa conversacional— que no has tenido nada que ver. Que no sos culpable de lo que pasó. ¿Cómo tan siquiera ibas a imaginarlo? Si tan solo eras un hombre. Cargado de muy buenas intenciones, pero solo un hombre. Nada más y nada menos que eso. Pero, ¿realmente te creías el Mesías? Pues no —se contestó a sí mismo esta vez sin esperar la supuesta réplica—. No había ninguna divinidad tras de ti.

Entre risas, continuó la conversación.

—Ahora ya lo sabés.

No tardó en cambiar por completo el tono del mensaje y tornar sus palabras en un ataque constante.

—Pero qué vas a saber, si no sos más que una puñetera representación. Qué ironía vos que predicaste tanto contra los cultos paganos, y ahora te has convertido en un ídolo. En uno importante, no lo voy a negar. El más venerado del planeta. Pero de barro, o de lo que coño estés hecho, como los demás —concluyó a la par que tocaba el crucifijo para comprobar el material en el que estaba realizado—. ¿Dónde están vuestros milagros? Hacé algo, venga,



demostrá vuestro poder. ¿No eras vos —su enojo cada vez era más patente— el que multiplicaba los panes y los peces, el que devolvía la vista a los ciegos?

Se paró un momento, como si hubiera olvidado las siguientes líneas de su guion.

—¿Qué más hacías? Por supuesto, resucitabas a los muertos. Sos patético —prosiguió enojado. Su humor, como consecuencia de su estado, cambiaba continuamente—. Y la muy infeliz confía en vos para que la salvés. Yo, YO —siguió echándole en cara a la imagen mientras se reía — soy su única esperanza. ¡Un jodido ateo! ¿A que es morrocotudo? Y lo haré... porque María, la mía, no vuestra santa madre, así me lo hubiera pedido. ¡Y seré quien de la vida por ella, no vos! —le gritó con inusitada fuerza—. La pobre —continuó algo más calmado— estaría perdida si tuviera que esperar vuestra intervención. O no más —añadió burlesco al poco— vas a obrar ahora mismo uno de vuestros célebres milagros.

*Toc, toc, toc.* Alguien llamaba a la puerta.

## Paquita

Como doña Alejandra había imaginado, en cuanto terminaron con don Sebastián empezaron con ella hasta que, pasados unos interminables diez minutos, aflojaron la cuerda con la que la tenían amarrada para ir a ensañarse con el siguiente infeliz. El horror no pararía hasta que el patrón consiguiera lo que buscaba. Diana había desaparecido y necesariamente alguien de la hacienda la tendría que haber ayudado.

De nuevo Alejandra tuvo cierta libertad de movimiento. Podía volver a sentarse, postrarse e incluso comer o beber, aunque fuera con dificultad porque sus manos continuaban maniatadas.

Habían depositado a su alcance un par de cuencos con comida y agua antes de continuar con su sombría tarea. Era evidente para todos que aquel macabro ritual obedecía a un esquema retorcidamente meditado. Ahora ya sabían qué había estado maquinando el patrón todo el tiempo que había permanecido

encerrado en su despacho la tarde-noche anterior.

La pauta que parecían seguir, así como la forma de distribuirlos en dos hileras paralelas, tenía como objetivo que pudieran contemplar sin mayores dificultades los tormentos que les iban a infligir mientras esperaban que les llegase su turno.

El resto de los empleados de las Tres Marías, incluidos los ex guardas armados de la hacienda, estaban en similares posiciones que la gobernanta, con la salvedad de don Sebastián, que hacía tan solo unos momentos había ocupado su lugar. Ahora se hallaba de pie con los brazos extendidos mientras era salvajemente golpeado con aquel diabólico cinturón de cuero. Sus gritos inundaban la inmensa nave ahogando los sollozos de las empleadas. Ella era la única de las mujeres que no emitía sonido alguno. Los varones también guardaban silencio.

Al rato el frío comenzó a apelmazarle los sentidos aumentando su sufrimiento al entremezclarse con el dolor por los correazos recibidos.

«¿Sería aquello justicia?». La mente de doña Alejandra comenzó poco a poco a reflexionar sobre asuntos transcendentales, una forma muy humana de soslayar los padecimientos físicos. Durante milenios los humanos habían utilizado sus habilidades mentales para amortiguar sus pesadumbres. «Seguro —continuó con su meditación— que

para las innumerables víctimas del bestia de don Sebastián sí es justicia». Aquel cabrón se merecía aquello y mucho más. Era una evidencia que no se podía negar. Pero recibía su castigo de manera colectiva —ya no percibía ni gritos ni gemidos, abstraída como estaba en sus cavilaciones—, junto a inocentes que no habían hecho mal alguno en su vida. Y este dolor se le infligía por un hecho en el que, muy probablemente, no había tenido participación alguna. ¿No desvirtuaba aquello el concepto de justicia, convirtiendo al antiguo verdugo en una víctima más? ¿Y no tornaba la satisfacción de sus víctimas en un simple acto de venganza?

En la concepción épica de la palabra por supuesto que no era justicia. Carecía de los elementos esenciales de derecho, razón y equidad. Sin embargo, en sus acepciones metafísicas de karma, o del principio teológico de retribución, que contemplan la recompensa de las conductas positivas y el castigo de las malas acciones, prodúzcanse como se produzcan, sí que parecía cumplir con los requisitos.

Lo irónico de la situación era que la justicia debía ser ciega, y aquella tortura era auténticos palos de ciego. Aunque tarde o temprano acabarían golpeando el costado de la persona adecuada. «La justicia —concluyó— es tan solo un concepto idílico inexistente. Fuera del ser humano, carece de sentido. ¿Se podría juzgar a un lobo por la muerte de una oveja?».

Y en esas cavilaciones estaba Alejandra cuando cayó en la cuenta de que los gritos de don Sebastián habían cesado. Los sustituyó el ruido del portón de la nave al abrirse, acompañado de una ráfaga de aire que alivió por un instante la permanente fetidez que ahogaba el ambiente. Al poco la puerta se volvió a cerrar tras apagarse las luces de la nave.

Ahora tan solo se escuchaban algunos gemidos aislados. Ya no todos de mujeres. Lo que no le impidió, o quizás por eso, seguir ensimismada en sus sesudos pensamientos hasta que el cansancio la venció, mutando la trabajosa especulación por el acomodadizo sueño. «Aquel calvario —se convenció a sí misma antes de dormirse— no podía durar mucho».

Cuando el patrón recibió la noticia de la fuga de su esposa no dijo ni una palabra al respecto, ni su rostro se inmutó lo más mínimo. Se encerró en su despacho y dos sicarios flanquearon la puerta impidiendo el paso, sin excepción alguna, a cualquiera que intentase entrar. Tan solo mandó llamar, al cabo de un rato, a doña Alejandra. Probablemente para darle algunas indicaciones, aunque cuando salió nadie supo cuáles.

La gobernanta regresó transcurridas unas horas para informar a don Víctor de las últimas novedades. Habían hallado el viejo Ford que la señora había utilizado para la fuga a unos

cuantos kilómetros al sureste, por el camino de los Rurales. Aunque eso era lo único que habían averiguado con certeza hasta el momento. También le mencionó que, mientras ponían patas arriba toda la comarca, habían encontrado muertos a José Méndez y a su esposa junto a sus cuatro chamacos en la miserable chabola, cercana al pueblo, donde moraban. Alguien los había apuñalado poco antes de que llegaran.

Intuía que el asesinato de los desgraciados Méndez tenía que estar conectado, de algún modo, con la desaparición de la señora. Algo no cuadraba, no podía ser una casualidad. Las ejecuciones no autorizadas por el cártel eran prácticamente inexistentes, pero como no acababa de calibrar la manera en la que ambos hechos pudieran estar relacionados prefirió guardarse sus sospechas y no compartirlas con el patrón.

Por lo demás, don Víctor no recibió ni vio a nadie más. Y no salió del aposento hasta el mediodía del día siguiente. Aquella noche no cenó, ni desayunó en la mañana, cuando la hacienda fue literalmente tomada por un convoy formado por una veintena de vehículos entre coches, furgonetas y camionetas.

Del primer auto que había entrado en el patio, un impresionante carro azul, se bajó un zocato muy mal encarado al que nadie reconoció, pero que parecía comandar a toda aquella gente y el cual fue recibido muy

efusivamente por don Víctor, al que se veía muy consternado.

En cuanto terminaron de hablar, el chaparro comenzó a dar órdenes tajantes al centenar largo de sicarios que se habían estado bajando de los vehículos mientras platicaba con el patrón. Con ellos también venían una treintena de trabajadores de todo tipo que aún no se habían movido de sus asientos.

Mandó detener inmediatamente a todo el mundo, incluida doña Alejandra y los guardas armados, con la salvedad de don Francisco, padre del patrón, y su ahijado, el joven Luis Alfonso. Al poco todos los empleados de las Tres Marías estaban esposados y agrupados en el patio. El mensaje era claro: todos los que prestaban servicio en la hacienda eran sospechosos, e iban a ser tratados como tales.

Concluidas las aprehensiones, la mayor parte de los operarios se bajaron de sus carros y comenzaron a hacerse cargo de las labores de la hacienda, salvo un grupo de unos diez que recibieron indicaciones para que se dirigieran a sus trocas<sup>8</sup> cargadas de lo que parecía ser cuerdas, argollas y poleas. Todo ello fue llevado a los establos.

Por supuesto que don Víctor era consciente de que no todos sus empleados, ni mucho menos, eran culpables. Probablemente tan solo lo fueran uno, tres o cuatro como

---

<sup>8</sup> Camionetas tipo *pickup* que tiene en su parte trasera una zona de carga descubierta.

mucho. Pero de lo que estaba completamente seguro era que el traidor o traidores se encontraba entre el personal de la hacienda: las únicas personas con las que su esposa había tenido contacto. Tan solo había que descubrir quiénes eran.

Los detenidos fueron trasladados a última hora de la tarde a la nave adjunta a las caballerizas, para allí ser interrogados. El recinto servía habitualmente de almacén para los utensilios y alimentos del ganado, pero a lo que se veía antes de entrar, había sido previamente desalojado de dichos elementos, ahora repartidos en las inmediaciones.

El interrogatorio, si así se le podía llamar, respondía a una lógica muy simple; algo lenta, pero terriblemente efectiva. Los padecimientos a los que los estaban sometiendo eran premeditadamente variados. Se servían para llevarlos a cabo de todo tipo de utensilios que les permitieran infligir dolores intensos, pero sin que produjeran por ello algún tipo de lesión interna que hiciera inservible al sujeto para seguir interrogándolo. O provocara la muerte. Estaba todo muy controlado para que nada de eso ocurriese.

También los golpes eran intermitentes, al objeto de dar tiempo a los atormentados de reponerse y, sobre todo, minar su espíritu en la espantosa espera de nuevos tormentos. Se llevaban a cabo en silencio, ninguno de los dos interrogadores, terroríficamente ataviados con



mallas en las que se dibujaba un esqueleto y los rostros cubiertos con dos artísticas máscaras del Día de los Muertos, formulaba pregunta alguna; no era necesario, todo el mundo conocía la respuesta que buscaban.

Aquel pavoroso aquelarre estaba preparado para que durase el tiempo que fuera necesario. Lo único seguro es que tan solo terminaría cuando alguien les diese la contestación adecuada.

La primera sesión, la de la jornada anterior con aquella terrible cincha, había resultado infructuosa.

Doña Alejandra supo por los gritos que oía al otro extremo que en aquellos momentos estaban interrogando a Manuel, el jardinero. Aún tardaría en tocarle el turno, aunque era tan solo cuestión de tiempo que volvieran a comenzar su calvario, esta vez en forma de pequeños cortes realizados con una cuchilla de afeitar que luego cubrirían de sal.

Algo más allá, los sollozos de la pobre Paquita comenzaron a escucharse acompañados de unos gemidos de varón y unos sonidos de movimiento que claramente denotaban un coito. Uno de aquellos malnacidos se la estaba follando allí, a la vista de todos, mientras el otro se ensañaba con el pobre Manuel, aunque nadie, salvo Alejandra, parecía darse cuenta. El pánico los tenía en estado de *shock*. Lo más probable era que hubieran decidido turnarse en sus labores, así que en cuanto el primero terminase,

la pobre Paquita volvería a ser violada mientras el otro continuaba torturando al siguiente infeliz. Estaba claro que podrían hacer con ellos lo que quisieran. En cualquier otra ocasión nunca se hubieran atrevido a hacer algo así con una de las más fieles criadas del patrón. Solo don Víctor montaba a las yeguas de su hacienda.

Tenía poco tiempo para encontrar respuestas antes de que comenzara su nuevo calvario, así que doña Alejandra intentó poner en orden sus ideas. Debía dejarse de trascendentales elucubraciones que no le conducían a nada y emplear su inteligencia en algo práctico. Tenía la imperiosa necesidad de clarificar lo ocurrido si quería poner fin a toda aquella pringada. No quedaba más remedio.

Cualquiera que conociese al patrón sabía que no pararía hasta encontrar a su esposa, y menos ahora que tenía un hijo suyo en su vientre. Emplearía en ello el tiempo que fuese necesario. No importaba si se trataba de horas, meses o años.

Los golpes recibidos el día anterior, en consonancia con los alaridos de Manuel, le dificultaban concentrarse, y su desnudez no es que ayudara precisamente, pero debía hacer un esfuerzo.

Comenzó empleando razonamientos simples y poniendo en orden lo que conocía de los hechos. Alguien la había ayudado, eso era seguro. Podrían ser una o más personas. Con

toda certeza, más de una. Quien o quienes la habían ayudado no se habían fugado con ella. No faltaba ninguno de los empleados.

Para sorpresa de todos, tras la boda Diana había empezado a hacerse entender. Hasta entonces resultaba muy difícil comunicarse con ella. Sin más, emprendió a solicitar cambios de lo más variado y a realizar gastos de lo más suntuoso. Parecía que nada estaba a su gusto: ni la cocina, ni las habitaciones, ni el patio. Nada era suficiente para satisfacerla, no paraba de realizar compras de todo tipo. Lo peor de todo era que al patrón, por más que ella le expresaba su extrañeza por aquella irreflexiva forma de proceder, no parecía importarle lo más mínimo. Más bien al contrario, se lo veía de lo más satisfecho.

A pesar de todo, doña Alejandra no dejó de vigilarla. Aquel comportamiento le daba muy mala espina y dio instrucciones a todo el personal para que la informaran de cualquiera de sus majaderías, de forma que conocía bastante bien las andanzas de la señora y esta, estaba segura, lo sabía. Por eso aquella mañana había tenido un especial cuidado en no hacer nada fuera de lo normal, porque nadie la había informado de nada inusual el día de su fuga.

Luego estaba el tema del coche. La señora no había mostrado la menor inclinación por los carros, ni por ninguna otra cosa, hasta que empezó a interesarse por la colección de autos del patrón. Don Víctor tenía un buen

acopio de vehículos de todo tipo, aunque no era ningún entusiasta de estos. Ni siquiera eran un pasatiempo para él. La verdad era que ni les prestaba la menor atención, pero su posición lo obligaba a poseerlos como muchas otras inútiles y carísimas colecciones, entre las que se encontraba una de armas que incluía un cuerno de chivo de oro y otras extravagancias. Su inútil pertenencia respondía a una obligada presunción, no a la estupidez de un nuevo rico. Era una de las muchas exigencias a las que paradójicamente lo forzaba su posición.

Así que, vistas las circunstancias, a nadie le importó cuando la señora se encaprichó con el viejo Ford a bigotes de 1910.

Tardó muy poco en aprender el manejo del vehículo. Al principio daba vueltas alrededor de la hacienda, pero en unos días ya estaba dando paseos matinales con él, adentrándose unos cuantos kilómetros en cualquier dirección. Nadie se preocupaba por ello. ¿A dónde podía ir con aquella reliquia? Además, aunque dispusiera del carro más moderno le resultaría imposible escapar. El cártel dominaba toda la extensa comarca.

La apocada chamaca se había vuelto endiabladamente lista, aunque doña Alejandra no alcanzaba a comprender cómo. Había ejecutado su increíble fuga a la vista de todo el mundo.

¿Y lo de la familia acuchillada? Cada vez estaba más convencida de que debía existir

alguna relación con la fuga, aunque las circunstancias parecían contradecirla. Los cadáveres fueron hallados en la choza de mala muerte donde vivían, pero esta estaba próxima al pueblo —hacia el norte— y la señora se había fugado en dirección opuesta. Eso sin contar con que era prácticamente imposible que la frágil Diana hubiese podido apuñalar a José y a toda su familia sin que estos tuvieran tiempo de reaccionar. La señora no era ni tan fuerte ni tan ágil como para hacer una cosa así. Era imposible. Vistas las circunstancias, únicamente cabía una explicación racional que interrelacionara ambos hechos: tenía que haber sido su cómplice, o sus cómplices. La desventurada familia había pagado con su vida haber visto lo que no debían.

Pero una vez llegadas a esas primeras y elementales conclusiones, a las que probablemente cualquiera que analizase detenidamente los hechos llegaría, fue incapaz de seguir. Así que el gran interrogante sin respuesta siguió inundando por completo su cabeza.

Estaba claro que alguien la tuvo que auxiliar, pero ¿quién? ¿Y por qué? ¿Quién podría ser tan temerario? Por más vueltas que le daba a la rumiante idea en su cabeza no llegaba a conclusión alguna.

¿Por dinero? Imposible. Amén de que nadie viviría lo suficiente para poder disfrutarlo, la señora no disponía de cantidad

alguna en efectivo y ninguna de las múltiples y carísimas joyas con las que don Víctor la había obsequiado, y que jamás llegó a ponerse, estaban ausentes de los joyeros depositados en las cajas fuertes. Lo había comprobado a solicitud del patrón, fue la última orden que le dio antes de ser detenida.

Descartado el dinero, ¿qué otra razón podría haber movido a alguien a ayudarla y cómo lo había hecho? Nadie podía entrar ni salir de la municipalidad sin que los esbirros del cártel lo autorizaran.

Cabía la posibilidad de que se encontrara escondida en alguna casa o lugar de la comarca a la espera de fugarse, pero ese era un plan claramente destinado al fracaso. En cuanto intentara salir de su escondrijo sería inmediatamente localizada, eso si no la delataban antes. Probablemente la persona que la hubiera socorrido no tardaría mucho en hablar.

Cuando los torturadores la miraron se preparó para lo que venía. Era la siguiente: las calaveras ya venían hacia ella. «Todo terminará pronto —decía para convencerse—. Dos o tres sesiones más, como mucho». Estaba claro que quien supiera algo no podría aguantar mucho tiempo aquel tormento. Si ella fuera la responsable no soportaría mucho antes de cantar a cambio de una muerte rápida.

Ahí terminaron sus pensamientos y comenzaron sus gritos.

## Gabino

Si su fe católica era tan firme, ¿por qué entonces aquellos temerosos hombres de Dios, de arraigadas convicciones religiosas pero de actos completamente contrarios a las creencias que tan devotamente profesaban, no temblaban ante la idea de que tarde o temprano tendrían que compadecer ante el Creador?

Don Bienvenido se había preguntado aquello numerosas veces.

Sentían la proximidad de la muerte, aunque convivieran con ella a diario. Así de discordante veía el padrecito la religiosidad de la gente que andaba en la chamba del narco, incapaz de darse una respuesta hasta que escuchó la proposición de Gabino Díaz.

Fue poco después de que llamaran a la puerta de la sacristía, cuando había estado tomando de todo mientras hablaba con su otro yo, el Vladimir de la época revolucionaria.

—Un momentito, por favor —dijo el sacerdote a quien estuviera al otro lado de la puerta—. Tomad asiento en uno de los bancos. Enseguida estoy con vos.

Se levantó como pudo de la silla y se encaminó con dificultad a la entrada. Quien hubiera llamado no contestó, pero el padre dedujo por el sonido de sus pasos que se encaminaba a sentarse como le había indicado.

Imaginó que alguien estaría en sus últimas horas y se requerían sus servicios para el moribundo. Pero Vladimir le espetó con guasa:

—Otra extremaunción. Menudo laburo te has echado.

—O igual —le contestó don Bienvenido mentalmente, aún cabreado con Cristo— nos lo manda para hacer su milagrito.

—¡Cómo no! —le replicó Vladimir sin abandonar el tono burlesco—. Pero antes tendremos que arreglar todo este desastre. ¿No os parece?

Así que el sacerdote se levantó como pudo. Disponía de poco tiempo para adecentar la sacristía en la medida de lo posible y componer su vestimenta.

Aireó el humo con un libro, retiró algunas colillas tirándolas a una cochambrosa papelera que tenía bajo su mesa y resopló sobre algunos de los restos de coca antes de recolocarse la sotana y ponerse correctamente el alzacuello. En su estado, la labor le resultó hartamente difícil y no se percató de su evidente inutilidad. Quedaban restos por todas partes, eso sin contar la intensa humareda y el inconfundible olor a marihuana.



Cuando terminó, se encaminó como pudo hacia la puerta de la sacristía.

—Así que vos sos el enviado del nazareno —comentó con guasa en cuanto abrió la puerta, sin tan siquiera mirar a la persona que lo requería.

—¿Cómo dice, padre? —preguntó sorprendido su interlocutor, que lo aguardaba sentado en uno de los bancos, tal y como se le había indicado.

En cuanto escuchó su voz a don Bienvenido el corazón empezó a bombardearlo con fuerza. Aquella persona era Gabino Díaz, uno de los sicarios más relevantes del cártel. Un hombre de plena confianza del patrón.

Su cabeza comenzó a llenarse de interrogantes... ¿Para qué lo demandaría? ¿Qué deseaba de él? Tan solo tenía una cosa clara: no venía a ejecutarlo, sino ya estaría cosido a balazos.

—Padre, perdone las horas —dijo Gabino disculpándose—, pero me trae un asunto delicado que desearía tratar con usted discretamente.

El padrecito tardó unos segundos en reaccionar.

—Por favor, pasá —dijo con su peculiar acento argentino mientras señalaba hacia el interior de la estancia.

Cuando Gabino llegó a la altura de la puerta don Bienvenido se percató de su más que desastrosa limpieza.

—Verés... —El padrecito dudó. ¿De qué forma podría justificar el intenso olor a marihuana?—. Es por prescripción médica — continuó tras su breve pausa—. Padezco de artritis crónica. Me ayuda a sobrellevar el dolor.

«Vaya con vos —pensó burlón de sí mismo desde su otra personalidad—. Sí que tenés reflejos. Sos único buscando excusas. Menuda boludez que acabás de espetarle».

Gabino no dijo nada. Se limitó a dirigirse hacia la mesa. El padre lo siguió, adecentó la silla destinada a las visitas y después tomó asiento en el sillón situado frente a su invitado.

—Padre, deseo confesarme —dijo sin más preámbulos—. No ahora —añadió antes de que don Bienvenido pudiera replicarle—, sino dentro de unas cuatro o cinco semanas. Ya le daré aviso para que se presente en mi chante.

La propuesta desconcertó a don Bienvenido. Aquello era bastante inusual. Los interrogantes que se le planteaban eran muchos.

—Padre —continuó Gabino—. Me estoy enfriando.

—¿Qué? —le interrumpió Bienvenido, sorprendido—. ¿Tenés alguna enfermedad incurable?

—A lo sumo me quedan unos meses — contesto él.

—¿Entonces lo que deseás es que te asista en vuestro lecho de muerte?

—No exactamente —respondió tajante Gabino—. Quisiera estar en paz con él antes del

día que me llame pa' su rancho, no en el último suspiro.

—Y, ¿pues entonces a qué la espera? Si algo os atormenta como para que me reclames a estas horas puedo confesaros ahorita mismo. Déjame que me prepare y en un cachito estoy con vos. Esperame en el confesionario.

—Padre —le replicó Gabino—, ahora no puede ser.

«Mirá que sos bien boludo. —La voz de Vladimir volvió a retumbar en la cabeza de don Bienvenido—. ¿No ves que no sirve que lo confesés ahorita porque este cerote aún piensa hacer alguna cabronada antes de que la ñata se lo lleve?».

—¿Pensás cometer algún acto contrario a la ley de Dios antes de morir? ¿Por eso no podés confesaros aún? —le preguntó el padrecito con reproche, alzando un tanto la voz.

Gabino bajó la vista, asintiendo.

—Pero, hijo, eso no vale —añadió complaciente, volviendo a su tono normal—. Así no os puedo dar la absolución sacramental.

—Le juro que estoy completamente arrepentido y que tengo auténtico propósito de enmienda —replicó Gabino—. Pero antes de espicharla tengo una deuda que saldar. Si no lo hago se la cobrarán a mi chamaquita. No más que es mi fianza. ¿Agarra la onda, padre? —sentenció Gabino, completamente compungido.

Don Bienvenido no dijo nada, no era necesario. Todo el mundo sabía que el cartel

utilizaba a los seres queridos como garantía de lealtad. En su operativa interna actuaba con avales, como una entidad financiera. En su lugar, se limitó a sacar una botella de tequila que guardaba en uno de los cajones de la mesa y se la pasó a Gabino. Aquel hombre necesitaba que lo reconfortaran, y no solo con palabras.

Gabino le pegó un buen trago y la posó sobre la mesa. El padre hizo ademán de retirarla.

—Padre, por favor —le dijo Gabino solícito para que la dejara donde estaba. Don Bienvenido así lo hizo—. He estado pajareando un tantico sobre el asunto —continuó Gabino, pausando las palabras como si las midiera— y he averiguado que no hay chingadera que no pueda perdonar un sacerdote.

«¡Esto sí que está rebueno! Te ha salido contestón —exclamó Vladimir en la cabeza de Bienvenido. La presencia de Gabino no le hacía la menor gracia—. ¿A qué viene ponerle tantos impedimentos? ¿Te estás creyendo nuestras propias mentiras? ¿Pero qué pecados vamos a poder redimirle si ni siquiera hemos sido ordenados? Andá, no hay necesidad de cabrearlo. Beberos un trago y pasá de boludeces. Cuanto antes se largue, mejor».

Don Bienvenido agarró la botella y le dio un buen lingotazo, pasándosela de nuevo a su acompañante, que hizo lo propio. Una idea comenzó a rondarle la cabeza.

—¡Que Dios me ilumine! —exclamó don Bienvenido, señalando hacia la pared sin hacer caso de los comentarios de Vladimir—. Esto es cosa de él.

Gabino miró hacia atrás, y en cuanto vio el Cristo colgado en la pared afirmó con devoción:

—Sí, padre, es cosa suya.

Su rostro era todo seriedad. El padrecito no percibió ni un atisbo de cinismo en sus palabras. Aquel hombre estaba plenamente convencido de lo que decía, así que se atrevió a entrarle.

—Es cierto. Puedo perdonaros cualquier falta, pero siempre —recalcó— que exista un verdadero proposito de enmienda y arrepentimiento sincero. ¿Hace una raya? —le preguntó mientras sacaba de su sotana una cajita y esparcía por la mesa el polvo blanco dibujando dos hileras.

«¡Pero reloco! ¿Qué hacés? —le soltó Vladimir—. Nos va a dar matarile».

—Padre —Gabino sonrió—, tengo cáncer de pulmón. ¿Qué más sinceridad necesita? —dijo a la vez que echaba mano a su billetera, de la manera más natural, para sacar un billete de mil pesos entre un fajo, que enrolló en forma de canutillo. Después se lo pasó al padre para que hiciera los honores.

—También —continuó don Bienvenido firme, sin hacer caso a los temores de Vladimir, convencido como estaba de que Gabino haría

cualquier cosa por conseguir su extremaunción — tendrás que estar plenamente dispuesto — concluyó tras *esnifar* la frula y pasarle el canutillo a Gabino—. A reparar el daño causado por tus pecados.

—No hay pedo, padre, lo que me sobra es lana —afirmó Gabino antes de meterse su raya y darle otro trago a la botella de tequila.

El padre lo miró condescendiente.

—Creo que no me entendés. No se trata de plata, eso ya nos lo ha proporcionado él —dijo señalando nuevamente hacia el crucifijo—. Precisamente me estaba hablando cuando llegaste. ¿Recordás que te pregunté si eras su enviado?

Gabino miró hacia la botella y luego de reojo hacia las colillas esparcidas por el suelo para terminar por señalar con la barbilla hacia los restos de coca de la mesa.

«Te ha calado —le sopló Vladimir—. Esto no va a durar mucho. ¿Lo tomas por un gil o qué? No es tan boludo como pensás».

—Hijo —le asestó don Bienvenido intentando ser de lo más convincente—, creedme cuando os digo que Dios os ha enviado a mí para que salvés...

Se interrumpió a sí mismo. *A una de sus atormentadas criaturas*, iba a decir. Y seguir por ese camino con frases parecidas hasta proponerle que lo ayudara con la fuga de Diana. Pero antes de que Vladimir interviniera, él mismo puso en duda que fuera la mejor forma

de plantear el despropósito que se estaba instaurando en su cabeza. Así que se paró en seco, agarró la botella y le dio un buen quite para darse tiempo. Gabino hizo lo mismo en cuanto el padrecito dejó la botella sobre la mesa.

«Es uno de los hombres más leales al patrón —recapacitó mientras lo miraba bebiendo—. Necesitaré razones convincentes para atraerlo. Algo más en la línea espiritual. Aquello era un absurdo de principio a fin, pero ¡qué diablos! Está al borde de la muerte, desesperado por salvar su alma. Creerá cualquier boludez que le diga si consigo convencerlo de que es cosa del Altísimo». Tendría que revestir la propuesta de misticismo. «Ya sé que no estás de acuerdo —le dijo a Vladimir a través del pensamiento—; pero, créeme, funcionará. No subestimés el poder de la fe».

Vladimir gruñó.

«Veremos si realmente mueve montañas».

—...quiero que salvés a la nueva María —sentenció firme el padrecito elevando bastante su tono de voz cuando Gabino posó la botella.

Las palabras del padre desconcertaron por completo al sicario.

—¿La nueva María? —preguntó este—. ¿De qué pendejadas está hablando, padre? Como que me ha dejado papando moscas. —La

voz de Gabino ya denotaba su estado. Lo más probable es que antes de acudir a la iglesia ya hubiese estado drogándose y tomando.

«Sí, eso —añadió Vladimir a su pensamiento—. Explicale de qué huevos le hablás. Y con suerte nos fríe a corchazos en lugar de cortarnos en rodajas poco a poco».

—Hijo mío —continuó don Bienvenido con su desatinada locución tras la inquietante afirmación de Vladimir—, como te dije antes de que llegaras, Él se me ha revelado. Sé lo que estás pensando, y tenés razón, más parece cosa del faso que me he fumado y de la frula que me he metido. Pero podés creerme cuando os digo que Dios me ha platicado. Lo ha hecho aquí, en mi mente —añadió señalando su cabeza—. Me ha hablado de una mujer que lleva en su seno al Mesías. Bueno, mejor dicho, a *la* Mesías, porque esta vez su hijo va a adoptar la forma femenina. —Aquellas puntualizaciones no es que ayudaran precisamente a crear el clima religioso que precisaba, pero la improvisación del momento le llevaba a cometer deslices—. Para liberar a las hembras del yugo de los varones —concluyó.

Don Bienvenido no fue en absoluto consciente de la premonición que acababa de realizar. Diana llevaba en su vientre a una de las seis madres originarias, también conocidas, en el futuro, como las primigenias.

—Padre, no le agarro la onda.



Gabino estaba completamente desconcertado y no se le ocurrió otra cosa mejor para clarificar sus ideas que darle otro buen pelotazo al tequila.

—¡Dios se ha hartado del trato que damos a sus hijas! —gritó eufórico el padrecito, levantándose de su asiento—. ¡Nuestras hermanas en Cristo! —dijo don Bienvenido tomando carrerilla. Los dos estaban hasta atrás de coca y alcohol—. Nuestro señor está completamente horrorizado con tanta violencia sobre la mujer. Tantos malos tratos, feminicidios y demás tropelías lo han hartado y por eso ha decidido enviar una redentora. De sobra sabés —dijo un tanto más calmado— lo que pasa en Ciudad Juárez y en otras partes del país. ¡Qué carajo! En todo el jodido planeta.

Gabino asintió con la cabeza y Vladimir comenzó a dudar de que don Bienvenido continuase siendo un ateo convencido.

—¡Y nos ha elegido! —El padrecito volvió a su anterior exaltación—. A nosotros —dijo señalando primero a Gabino y luego a sí mismo—, pobres pecadores, para que seamos sus instrumentos. Ha decidido en su infinita sabiduría darnos una oportunidad. Y por eso —Bienvenido se jugó el todo por el todo— te ha mandado esa enfermedad. Una penitencia —concluyó— acorde a tus faltas.

Para asombro de Vladimir, el absurdo discurso de don Bienvenido impresionó tanto a Gabino que sus ojos comenzaron a

humedecerse. La segunda vez que lloraba en su vida. La primera fue tras matar a su esposa. Avergonzado, agachó la cabeza y se cubrió el rostro con las manos mientras apoyaba sus codos en las piernas.

—Padrecito —comenzó a decir, lastimero—. Se lo largo todo, ¿no? —preguntó refiriéndose al Cristo como si de un interlocutor más se tratara.

Por supuesto, don Bienvenido no tenía ni idea de a qué se refería Gabino, pero la experiencia le había enseñado que, si contestaba con vaguedades y no delataba su desconocimiento, Gabino le revelaría lo que le atormentaba en el convencimiento de que ya lo conocía con anterioridad.

—Pues claro, hijo, ya os dije que se me reveló.

Los ojos de Gabino comenzaron a enrojecerse.

—Padre, puede creerme. La furia me cegó. No era yo.

—Lo sé hijo. Y él también —añadió el padrecito con descaro mirando hacia el crucifijo.

—Ella me quería de verdad, padre. Yo, la adoraba —comenzó Gabino—. Éramos felices. Nuestra hijita había nacido unos meses antes. Fueron los malditos celos y una serie de desafortunadas circunstancias los que nos jugaron una mala pasada.

Don Bienvenido no decía nada, sabía que era la mejor manera de que Gabino continuara con su confesión.

—No más me dijo que tenía que ir a la capital por unos días. «Pos de compras», me aseguró. El cártel la hizo vigilar. No por nada en especial: lo hacen con todo el mundo. En nuestra chamba toda precaución es poca. No había nada relevante para el negocio en sus movimientos, pero el caso es que la vieron entrar con un hombre en un restaurante, tras una pequeña discusión en la calle. La información llegó al patrón y este, como no podía ser de otra forma, me vino con el cuento. ¿Cómo cree? Es mi carnal, no tenía otra. Cuando me lo platicó no pude controlarme. Ciego de ira me encaminé a la casa, la encontré en nuestra habitación de pie y allí mismo, sin decir una palabra, la despaché a navajazos. Hice buscar al tipo para liquidarlo y resultó —exclamó mientras se deslizaba de la silla poniéndose de rodillas— ser su hermano. Un despreciable que nunca se había preocupado lo más mínimo por ella hasta que se enteró de que se había casado y su marido tenía plata y comenzó a chantajearla emocionalmente. Los chicos lo enterraron vivo. Padre —gimoteó con los ojos llenos de lágrimas—, ¿cree que por eso me ha elegido para esta misión, para poder redimirme? —preguntó solícito a la vez que entrelazaba sus manos en clara postura de súplica—. Lo que hice fue terrible. Nuestra chamaquita lo vio

todo desde su cunita, se disponía a darle el pecho cuando la maté. Haré todo lo que usted me diga —concluyó—, pero, por lo que más quiera, deme la paz. Quíteme este dolor de encima.

Vladimir no se podía creer que aquel disparate funcionase, pero don Bienvenido ya empezaba a dudar de la *inexistencia* de Dios después de que un milagro se hubiera obrado ante los ojos de ambos.

Y comenzó a explicarle a Gabino la doctrina de las indulgencias.

## Eustaquio

Las Tres Marías lucía particularmente embellecida. Los banderines colgaban de las paredes y las flores adornaban todos sus rincones. Porque una boda siempre es una boda, aunque la novia sea forzada. No faltaron pues ni la alegría, ni la música, ni las harturas, ni las borracheras.

No se había escatimado en gastos: los carros más lujosos, los vestidos más exclusivos, los trajes más elegantes. No faltaba nada que el dinero pudiera comprar.

Lo más granado del cártel se dio cita en las Tres Marías para presentar sus respetos y acompañar en ese día tan señalado a los nuevos cónyuges. El patrón adoraba las formalidades, así que acudió gente de todos los estados del país e incluso del otro lado, de los USA.

El hijo del patrón tuvo que regresar de Europa antes de lo esperado, ya que el acontecimiento lo exigía. Si bien toda la comarca sabía de la «sorpresa» que le tenía deparada su progenitor, el muchacho jamás llegó a enterarse del primitivo fin al que estaba

destinada su futura madrastra, así que a don Víctor le resultó bastante fácil cambiar el regalo de cumpleaños por un impresionante Porsche descapotable rojo de más de ochocientos mil dólares. Lo más irónico de la historia era que el muchacho, de haberlo sabido, hubiera sentido un gran alivio, puesto que sus inclinaciones sexuales eran otras. Aquel era su secreto mejor guardado, jamás se había sincerado con nadie al respecto.

Fue, sin lugar a duda, el acontecimiento del año en la municipalidad. El evento fue una mezcla de modernidad y tradición. Bajo la eficiente supervisión de doña Alejandra las invitaciones, la mesa de regalos, las confirmaciones y la distribución de los invitados se llevaron a cabo en un tiempo récord. Naturalmente, estos preparativos le dieron muchísimos más quebraderos de cabeza que los inconvenientes legales.

El que la novia fuese extranjera, menor de edad y carente de papeles no le supuso ningún problema. En menos de una semana la muchacha tenía toda la documentación en regla: cédula identificativa que certificaba su mayoría de edad, partida de nacimiento, que la acreditaba como nacida en Temixco, en el estado de Morelos, y bautizada —la partida que atestiguaba el sacramento era auténtica por increíble que pareciera— con el nombre de Fernanda Gutiérrez.

El vestido se encargó a uno de los diseñadores más prestigiosos de la madre patria, como gustan de llamar en México a España. Se decía que la propia reina portaba sus diseños. Tanto las damas de honor como las invitadas lucían impresionantes y exclusivos vestidos mientras los varones portaban trajes hechos a medida, con las telas más finas, aunque no faltaban quienes lucían los tradicionales atuendos de Adelitas y Charros.

Y, como en todas las bodas, se realizaron tratos de todo tipo a la vez que se cerraban negocios de lo más variopinto, pero lo que jamás sospechó el patrón es que en ella se fraguase la traición que permitiría a Diana escapar de sus garras.

La ceremonia religiosa fue especialmente vistosa y la fiesta que la siguió duro días. El oficio se llevó a cabo en la capilla adjunta a la hacienda y fue celebrado ni más ni menos que por un obispo: don Eustaquio Bendida, venido desde su lejana diócesis, en el sur, para la ocasión.

El prelado era una persona muy allegada a la familia Sandoval desde mucho antes de que la droga la catapultase a la posición que ahora ocupaban. Su relación venía de los tiempos en los que el padre del patrón no era más que uno de los múltiples hacendados que poblaban México, y Eustaquito, como era conocido en aquella época —el don todavía le quedaba grande—, un humilde seminarista al que don

Francisco costeaba la manutención. ¡A saber por qué! A decir de las malas leguas puede que el niño no fuese tan de padre desconocido como se pretendía. Se rumoreaba que el cártel había tenido mucho que ver en su ascenso en la jerarquía eclesiástica.

Cuando doña Alejandra puso en antecedentes a don Eustaquio sobre los problemas de comprensión del idioma de la señora, tratamiento con el que Diana ya comenzaba a ser conocida, y que se requería la intervención para comunicarse con ella del cura de la cercana localidad de San Cristóbal, don Bienvenido Guzmán, un sacerdote argentino venido desde la lejana Polonia, a su aguda inteligencia se le antojó todo muy extraño.

Pero sus escasos conocimientos sobre la realidad de la iglesia en Europa y su absoluta ignorancia de la situación eclesiástica de la región donde se ubicaban las Tres Marías le impidieron llegar a la conclusión de que muchas de las cosas relacionadas con el padrecito polaco, como le llamaban, simplemente no cuadraban. Ni siquiera había llegado a reunirse con la curia local porque ni ellos deseaban su contacto, por sus evidentes relaciones con el cártel, ni él quería exponerse a que le afearan públicamente su conducta.

«¡Qué paradójico! —pensó el obispo cuando le comentaron la nacionalidad de don Bienvenido—. El Viejo Mundo necesitaba de la acción evangélica del Nuevo». La insuficiencia



de vocaciones hacía que no fuera inusual que se enviaran sacerdotes a Europa de otras zonas del planeta, sobre todo de Sudamérica.

Si hubiera tenido los conocimientos sobre lo que realmente pasaba en Europa, y se hubiese reunido con sus correligionarios, sabría que ni en Polonia carecían de vocaciones ni en San Cristóbal ejercía sacerdote alguno.

La cuestión fue que a don Bienvenido lo convocaron a la hacienda con el fin de asistir a don Eustaquio en los menesteres que tuvieran que ver con la comunicación con Diana. Por fortuna, uno de esos deberes fue la confesión de la novia, paso previo para que don Eustaquio pudiera suministrar a los novios el sagrado sacramento del matrimonio, por lo que pudieron hablar sin que nadie escuchara su conversación. De oír las penitencias del novio, para alivio del padrecito, ya se encargaba el obispo.

Otro de los requisitos para que se pudiera llevar a cabo el sagrado vínculo, el libre consentimiento de las partes, don Eustaquio ni se lo planteó. Aunque, naturalmente, la falta de reflexión sobre dicha obligación era inconsciente, en modo alguno había realizado el prelado una cavilación sobre el asunto que lo había llevado a una conclusión tan contraria a la evidente doctrina de la Iglesia. En su concepción del matrimonio lo percibía como algo irrelevante, puesto que aborrecía la idea del casamiento como un contrato donde las partes pactaban sus términos a voluntad, como

si se tratara de una transacción comercial. En su íntima concepción, el sacramento del matrimonio era una institución, una de las más sagradas de la Iglesia, en la que las vinculaciones ya están preestablecidas con unas finalidades determinadas, sobre todo la continuidad de pueblo de Dios a través de la procreación de los hijos. Los cónyuges tan solo se adherían a esas supremas necesidades.

Además, si hubiera que meditar sobre el asunto habría mucho que hablar porque ¡qué sabe una chamaca lo que le conviene! El obispo era de los que pensaban que la juventud de hoy en día estaba descarriada, perdida. Si se le dejara a su libre albedrío irían todos de cabeza al infierno, así que mejor no contar con su opinión puesto que en absoluto eran conscientes de lo que era mejor para su bienestar.

Y todo eso sin contar con que en su mentalidad era impensable oponerse a los deseos del patrón.

Era evidente que supondría un engorro si la novia expresase públicamente su rechazo a la unión en plena ceremonia, pero de producirse tampoco es que fuera a suponer un gran inconveniente porque todo el mundo, prelado incluido, actuaría con la mayor naturalidad y, llegado el caso, lo único que ocurriría es que la novia se ausentaría de los actos por una indisposición producto de la emoción, pero los faustos continuarían como si tal cosa.

Afortunadamente, el azar evitó que se produjese tan embarazosa situación.

## Daniela

Unas horas antes de comenzar el oficio religioso don Bienvenido recibió a la novia en confesión, momento en el que aprovechó para trasmitirle sus indicaciones.

—Escuchame con mucha atención, hija mía —dijo en susurros—. He hallado la manera de sacarte de acá.

—¿Qué decir, padre? —replicó ella en voz bastante alta. Su castellano había mejorado considerablemente.

No había terminado de hablar cuando el padrecito la amonestó.

—En *polaco*. Hablá exclusivamente en *vuestro idioma*. No volváis a utilizar el español.

A Diana se le antojó otra solemne estupidez respecto del juego con los idiomas que se traía don Bienvenido, puesto que estaba segura de que no le iba a entender ni una sola palabra de lo que le dijera, así que no comprendía la utilidad de tal medida. Pero al instante, en cuanto se percató de que el padre no cesaba de escudriñar las rendijas del confesionario, examinando la capilla para

comprobar que estaban realmente solos, recapitó y comenzó a expresar sus dudas en búlgaro. Si el padre estaba tan inquieto, alguna razón tendría. Lo más probable es que los estuviesen observando, por eso el padrecito quería dar la sensación de una auténtica conversación. Toda precaución era poca.

—Tenés poco tiempo para prepararte —continuó don Bienvenido—. No habrá otra oportunidad, así que atendé a las indicaciones que te daré: no te las podré repetir. Sería muy peligroso que volviéramos a hablar o que te las transmita por escrito de alguna manera. Tan solo dependerá de vos que el plan funcione.

El padrecito respiró profundamente tomando aire para continuar. «Está claro que no es ningún valiente, ¿o sí? —pensó Diana—. El miedo es natural. ¿Quién no lo siente?». Ella lo sabía bien, había visto temblar a matones de lo más brutales cuando tenían que rendir cuentas ante sus jefes. El cobarde no era quien sentía miedo, sino el que no actuaba por su influjo.

Diana no sabía hasta qué punto era valeroso don Bienvenido porque desconocía la enormidad del pavor que sentía. Lo apelmazaba el miedo a la clase de muerte a la que se enfrentaba si era descubierto.

—Hija mía, sé que lo que te voy a pedir no es fácil, pero no hay otra —prosiguió el sacerdote ajeno a las cavilaciones de Diana—. Te las tendrás que ingeniar como podás para estar dentro de veinte días, exactamente el

miércoles once de mayo, a las nueve de la mañana, en el lugar que te voy a indicar. Allí os aguardará una avioneta. Es muy importante — enfatizó don Bienvenido— que no te retrases. Si te atrasas en llegar más de cinco minutos el piloto partirá sin vos. —Y antes de que Diana abriera la boca para interrogarlo, añadió tajante —: No me preguntés nada, ni me interrumpás, tan solo escuchá con atención. Disponemos de muy poco tiempo. Si tardamos en volver podrían sospechar, sobre todo esa endiablada doña Alejandra. Tené cuidado con ella, es condenadamente lista. Lo siento, pero no puedo ofreceros más ayuda. Tendrás que componéros las por vuestros propios medios. Tan solo espero que podás conseguirlo — añadió a la par que comenzaba a darle las instrucciones para que pudiera llegar al sitio de encuentro.

«Claro que todo saldrá bien», pensaba Diana mientras escuchaba al padre con toda su atención para memorizar cada una de sus indicaciones. Pero, ¿por qué el padre dudaba? ¿Acaso no ocurría siempre así, que todo salía bien? ¿Alguna vez había sucedido de otra manera? Dificultades y penurias, sí, todas las del mundo, un vendaval de ellas; pero al final no le cabía ninguna duda de que se reuniría con su querido Luis Fernando, como no podía ser de otra forma. Su corazón estaba henchido de felicidad.

Pero, de repente, su pensamiento se enturbió por unos instantes con la pura realidad. ¿Y el hijo que llevaba en su vientre? ¿Lo aceptaría su amado? Sus idílicas fantasías eran cuanto sabía de ello. Hijos que, con los años, se descubría que eran de otro padre. De esas situaciones estaban plagadas las telenovelas. «Seguro que lo querrá como si fuese suyo».

—En Panamá —la voz de don Bienvenido se filtraba a través de sus ensoñaciones. Diana creía no haber perdido detalle— tomarés un vuelo que te llevará a Nueva York, donde adoptarés una nueva identidad: Daniela Dumitru, una emigrante rumana. No te preocupés, criatura, los papeles que te proporcionarán son auténticos: el pasaporte, la tarjeta verde e, incluso —el padre hablaba pausado para que Diana no perdiera detalle—, un carné de conducir...

El padrecito no tenía ni idea de cómo Gabino podría conseguir toda aquella documentación cuando le dijo que la obtendría sin mayores problemas, pero este le aseguró que no serían falsos y que no provendrían de ninguna infeliz enterrada, con suerte, en algún perdido lugar de México o Estados Unidos. O sepultada viva, si no hubiera tenido tanta fortuna, en algún mísero burdel de Sudamérica.

«Pierda cuidado, padre —le había dicho el sicario—. No hay nada que el dinero no pueda conseguir y le juro que no habrá intermediarios». Don Bienvenido comprendió.

Gabino se aseguraba al comprárselos directamente a su legítima propietaria que a la chica no le ocurriría nada malo. Mejor así. Lo último que necesitaban era otro crimen sobre sus conciencias.

—También —continuó don Bienvenido con las explicaciones a Diana sobre los pormenores de su fuga— te proporcionarán una cuenta bancaria con diez mil dólares para que podáis comenzar una nueva vida. El resto ya depende de vos.

El dinero, como la documentación, era cosa de Gabino. Quien además estaba en la celebración. A don Bienvenido no le hizo ninguna gracia toparse con él y fingió que apenas lo conocía. Al principio, don Bienvenido había pensado utilizar la pasta que la Avispa le había proporcionado para la chuminada del baloncesto en la fuga de Diana, pero Gabino lo convenció de que era muy peligroso. Mejor utilizar la suya, para alivio de su otro yo.

«Menos mal —le dijo la voz interna de Vladimir—. Necesitarás mucha guita para que esta estupidez que estás planeando funcione y tiene razón, es más prudente no usar la del patrón si no querés que nos descubran».

Así que no fue necesario que Gabino insistiera. Era más que evidente su imperiosa necesidad de purgar su culpa, aunque tampoco es que don Bienvenido pudiera reprocharle nada: no estaba en condiciones de tirar la primera piedra. Él también estaba en el asunto



para redimirse por lo que le había hecho a María.

—Ahora debemos volver —concluyó el sacerdote mientras dibujaba con la mano una imaginaria cruz en aquella pantomima de absolución que acompañaba de las rituales palabras—: *Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.* — Aunque tampoco importaba mucho, Diana carecía de pecados que perdonar y bastaron unas pocas palabras de consuelo—. Debés de aguantar, vuestros padecimientos pronto llegarán a su fin —sentenció firme mientras lágrimas de alegría comenzaron a cruzar el rostro de Diana.

Aquel lloro tranquilizó enormemente al padrecito. «Dios protege la inocencia», pensó don Bienvenido. Para él, aquella era la cara de la pureza; para Vladimir, de la candidez más insensata. Por fortuna, aquel día su otro yo no lo acompañaba. Ya no le cabía ninguna duda en aquel plan sinsentido. Estaba tan imbuido de intervención divina que debía funcionar.

El vozarrón de don Eustaquio resonó por toda la capilla mientras bajaba, de espaldas al altar, los escalones del presbiterio. Se paró frente a los novios, que lo esperaban de pie en la hilera de sillas reservadas para ellos y sus respectivos padrinos, que los flanqueaban por ambos lados. Todos en la cabecera de la nave. La bancada y el resto de espacios y pasillos rebosaban de invitados.

—Aquellos que queréis contraer santo matrimonio, unid vuestras manos —les ordenó conforme a la fórmula ritual, parado frente a los novios, mientras el patrón agarraba con fuerza la muñeca derecha de Diana. Hasta ese momento ni se habían tocado—. Manifestad vuestro consentimiento ante Dios y su Iglesia.

—Víctor Manuel Sandoval Gutiérrez —dijo don Eustaquio mirando al novio—, ¿quieres recibir a Fernanda Gutiérrez de Sandoval como esposa, y prometes serle fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarla y respetarla todos los días de tu vida?

—Sí, quiero —contestó la Avispa.

—Fernanda Gutiérrez de Sandoval —continuó el obispo dirigiéndose ahora a la novia —, ¿quieres recibir a Víctor Manuel Sandoval Gutiérrez como esposo, y prometes serle fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarlo y respetarlo todos los días de tu vida?

En ese momento, y antes de que Diana cometiera alguna estupidez, el padrecito se levantó del asiento reservado al padrino de la novia, puesto que hacía las veces de tal junto con Panchita, quien actuaba de madrina. Por parte del novio ejercían don Francisco y una hermana suya. La madre del patrón había muerto años atrás.

Bienvenido tradujo al polaco las palabras del obispo.

—Fernanda Gutiérrez de Sandoval —dijo con una voz aún más potente que la del obispo —. *¿Nies laski Victor Manuel Sandoval Gutiérrez lamiska loginos valuaste malasco et taliski la restoski taslokova?*

—*He*<sup>9</sup> —contestó ella con firmeza moviendo la cabeza de arriba abajo.

No hacía falta que don Bienvenido tradujera: todos los presentes consideraron a la pareja casada para toda la eternidad.

La cara de la novia irradiaba felicidad.

---

<sup>9</sup> No en su idioma. Diana acompaña su negativa con el gesto búlgaro de negación.

## Mercedes

En las telenovelas, los hombres son meras marionetas en manos de mujeres perversas.

Cuando el padrecito reveló a Diana sus planes para sacarla de la hacienda, esta decidió convertirse en una de aquellas féminas fatales. La muchacha ingenua de buenos sentimientos que siempre había sido no la liberaría de aquella prisión. Tan solo un retorcido plan podría salvarla. Y no le resultó difícil adaptarse a su nuevo papel. Era una experta en culebrones, los había seguido a montones en su Bulgaria natal.

Recordó las triquiñuelas que había empleado la malvada Mercedes María en *Ángel de día, demonio de noche*, una de sus favoritas, para hacerse con la parte de la herencia que le correspondía a su bondadosa, aunque desconocida para ella, gemela María de las Mercedes. Los nombres fueron una casualidad premonitória de su destino. La muy mezquina no estaba dispuesta a compartir con su hermana

la enorme herencia de su recién encontrado abuelo paterno.

La misma actriz interpretaba ambos papeles. Físicamente, ambas hermanas tan solo se diferenciaban en el color del pelo: una era pelirroja, el color de la perversidad; y la otra rubia, el color de la inocencia. Al principio, a Diana le resultó bastante extraño que no hubiera ni pelirrojas ni rubias cuando llegó a México, pero no reparó mucho más en el detalle.

Las chicas de la telenovela eran hijas de una desgraciada sirvienta a la que la orgullosa hermana del padre de las muchachas expulsó de la mansión familiar, cuando la doméstica ya estaba embarazada. Fue poco después de que su hermano, amante de la criada, y su madre murieran en un accidente de tráfico. Mujer de corazón ruin, la hermana se encargó de que don Pedro Cortés de Montenegro, el abuelo paterno de las niñas, jamás llegara a saber de su existencia. El buen hombre entró en una profunda depresión tras la pérdida de su hijo y esposa.

La tía de las niñas era una amargada solterona, siempre vigilante del buen nombre de su distinguida familia, que creía firmemente que con su actuación enmendaba el fatal error de su caritativa y comprensiva mamá, quien nunca se opuso a los esponsales de su hijo pese a la diferencia de estatus con su prometida. Aquello hubiera sido un escándalo entre la ilustre sociedad de la ciudad.

Separadas al nacer, tras la muerte de su madre en el parto, jamás llegaron a saber la una de la otra.

Mercedes María tuvo la suerte de ser adoptada por un modesto comerciante y su bondadosa y estéril esposa. La desconsolada mujer no solo había perdido a la hija que venía en camino en un fortuito aborto, sino también su capacidad de dar a luz.

Debido a su pena, sus nuevos progenitores nunca fueron capaces de negarle nada y esa fue su perdición. Merchita, como la llamaban, se convirtió en una persona voluble y antojadiza a la que nada satisfacía y para quien todo era insuficiente. En pocos años dilapidó, en los más variados lujos y caprichos, el modesto patrimonio que con tanto esfuerzo habían reunido sus papás. Aquel dinero les hubiera bastado para vivir con dignidad hasta sus últimos años, pero con aquel tren de vida dejó a sus bienhechores en la más absoluta indigencia cuando alcanzaron la vejez. Ya arruinados, los abandonó a su suerte.

Cuando la fortuna le volvió a sonreír, tras la irrupción en su vida de su abuelo paterno, si alguien le preguntaba por sus padres adoptivos afirmaba, sin ningún rubor, que habían muerto. Tuvo que ser la bondadosa y bobalicona Merceditas, como cariñosamente era conocida su gemela, la que, por su inmenso corazón, se ocupó de la menesterosa pareja, pese a que no tenía con ellos más vínculo que ser quienes

acogieron a su ignominiosa hermana, a la vez que lidiaba con un sinfín de las más variadas penurias y desgracias.

Se encontraron por casualidad. Los desdichados ancianos la confundieron con su hija cuando acudieron al comedor social donde Merceditas colaboraba para ayudar a los más desfavorecidos. Los atribulados padres no cabían en sí de gozo por el cambio que había experimentado su hija, ahora caritativa y juiciosa. No paraban de darle gracias a la Virgencita de Guadalupe por aquella bendita transformación. La sufrida muchacha no tuvo el valor de revelarles su identidad, y menos aún cuando se enteró de que les quedaban pocos meses de vida. Los pobres habían enfermado gravemente debido a las insalubres condiciones en las que vivían. Así que nunca llegaron a saber de su gran corazón, pero tampoco de la perfidia de su hija.

Merceditas, al contrario que Merchita, no había tenido tanta suerte en la vida. Nunca fue adoptada. Se crio en un orfanato regentado por una fría y calculadora directora que hacía pasar a las niñas, entre las que se encontraban una alegre invidente y una avispada impedida, todo tipo de privaciones y penalidades con el objeto de enriquecerse con las donaciones que la institución recibía de las buenas gentes.

Mientras tanto, su maquiavélica hermana urdía todo tipo de enredos para que el abuelo de ambas no localizase a Merceditas. Don Pedro se

había enterado de la existencia de sus nietas en el lecho de muerte de su arrepentida hija. De modo que encargó al apuestísimo detective Manuel Alfredo la búsqueda de las hermanas como herederas legítimas de la fortuna de la familia Cortés de Montenegro.

La fatalidad hizo que el honesto galán diera primero con Mercedes María, quien maquinó todo tipo de subterfugios para que el íntegro joven no diera con su gemela, llegando incluso a mostrársele desnuda para seducirlo.

Gracias a la intervención del buenazo del padre Jeremías la verdad prevaleció y de nada le sirvieron a Mercedes María sus retorcidas artimañas. Don Pedro era el último en enterarse de lo que ocurría realmente a su alrededor, pero cuando finalmente descubrió cómo era de verdad su nieta pelirroja quiso desheredarla. Solo la clemente intervención de Merceditas, perdonando a su hermana por todas sus fechorías, pudo salvarla.

Merceditas, además, se casó, como no podía ser de otra forma, con Manuel Alfredo. Se enamoraron perdidamente en cuanto se conocieron y aunque sufrieron algún que otro traspíe y una dramática separación fruto de los malentendidos, pero sobre todo de las malas artes de Mercedes María, su amor acabó prevaleciendo. En la emotiva boda final ejercieron como damas de honor sus antiguas compañeras de orfanato, ya curadas gracias a unas caras pero inciertas y peligrosas



operaciones en el extranjero, costeadas con parte de su cuantiosa herencia. El reencuentro fue de lo más conmovedor.

Diana lloró desconsoladamente de alegría con María de las Mercedes cuando presencié que una ya veía y la otra ya caminaba.

Ahora la historia era suya.

La primera noche que compartió cama con su esposo, Diana estaba dispuesta a complacer apasionadamente a su recién estrenado marido —como había visto hacer a Mercedes María con los varones de los que se quería servir para sus planes—, aunque aún no sabía exactamente cómo lo iba hacer. Pero para su desilusión, por primera vez desde que se conocieron Víctor Sandoval no intentó poseerla. Estaba demasiado borracho para hacer otra cosa que no fuera dormir. En cuanto posó su cabeza sobre la almohada se quedó frito. Así que nada pudo hacer, pero las siguientes noches se encargó de convertirlas en inolvidables. Necesitaba un esposo satisfecho que le permitiera cualquier capricho, como había hecho su antiheroína, y eso es lo que consiguió. La necesidad y sus absurdas creencias lo hicieron posible.

La Avispa era un hombre habituado a tomar lo que deseaba. Su mentalidad de macho dominante carente de cualquier tipo de delicadeza o empatía con las necesidades de las hembras a las que poseía hacía de sus encuentros sexuales un acto rutinario en el que

la penetración era la única manifestación. Desde el punto de vista del placer sus experiencias eran penosas, pero eso era algo que él desconocía y que pronto iba a descubrir.

Como todo ignorante, su educación sexual era nula, estaba convencido de que no tenía nada que aprender. Sus innumerables experiencias —por su cama habían pasado mujeres de todo tipo y condición: blancas, negras, latinas, asiáticas, rubias, morenas, pelirrojas, altas, bajas, gordas, delgadas, guapas, feas...— le hacían creer que había experimentado el máximo del placer sexual al confundir cantidad con calidad.

Cuando compartieron la cama marital por segunda vez, la cuarta noche siguiente a sus esponsales —las dos anteriores el marido ni había aparecido—, su esposo se puso encima para montarla de la forma que acostumbraba a hacer. Diana lo paró poniéndole su mano derecha sobre el pecho, antes de que llegara a introducirse dentro de ella. Su marido, que en principio no tenía la menor intención de complacerla, se dejó llevar por primera vez en su vida cuando para su sorpresa le sugirió con unos leves toques de la otra mano que se tumbase a su lado mientras le decía en un pésimo castellano:

—Malo para bebé.

Diana no era una experta como la malvada Mercedes María en el arte de dar placer a los hombres. Su única experiencia

sexual se basaba en las reiteradas violaciones que había sufrido por el que ahora era su marido, pero en contra de la creencia ampliamente extendida, dicho arte no necesita de una complicada y exótica instrucción, tan solo requiere de observación y determinación. Observación para distinguir las cosas que resultan placenteras a la persona que se desea complacer; y determinación para ponerlas en práctica aunque resulten repulsivas, como la mera presencia de una persona odiosa. Mercedes María no tuvo reparos en acostarse con el repulsivo Daniel Mediana y ejercer sexo oral con él, una de las cosas que más le repugnaba, mientras le fue útil.

Diana comprendió rápidamente que en cuestiones sexuales no había reglas. Tan solo hay que percatarse de cuáles son las situaciones y las zonas erógenas del agrado de la pareja.

Su mente se convirtió en una calculadora empeñada en prolongar el placer de su esposo.

Comenzó explorando su cuerpo en busca de las zonas más sensibles, percatándose, ya en su primer encuentro sexual como esposos, de que estas estaban en su espalda, a la altura de los omoplatos, sus pezones y su escroto. Tardó un poco más en darse cuenta de que no todas debían ser estimuladas de idéntica manera. Las espaldillas requerían de suaves caricias, las tetillas de largas y prolongadas lameduras y el escroto, para su asombro, de fuertes apretones acompañados de ligeros pellizcos.

Aprendió, entre la sexta y la séptima sesión, que podía impedir que eyaculara comprimiéndole el glande, justo a la altura de su inicio, permitiéndole de esta manera comenzar su goce de nuevo a la vez que, curiosamente, prolongaba sensiblemente los sucesivos tiempos de excitación antes de que volviera a alcanzar el clímax. Aunque su gran descubrimiento fue comprobar, durante la tercera sesión, que si el miembro de su esposo mostraba síntomas de fatiga, bastaba acompañar sus acciones con frases que hacían referencia a un supuesto e incontrolable deseo de su vagina por su verga. La libido de Sandoval se disparaba logrando una vigorosa erección al instante.

Poco a poco, fue complicando su técnica haciéndola cada vez más sofisticada, consiguiendo, con aquella combinación de palabras mezcladas con caricias manuales acompañadas de algunos toques de lengua a los que sumaba unas cortas pero numerosas penetraciones, tanto vaginales como anales, que Víctor Sandoval creyera haber encontrado el paraíso.

Era como en la telenovela, solo que al revés: Ángel de noche, demonio de día.

Así que cuando su esposa, que curiosamente empezaba a chapurrear sin problemas el castellano, entabló a poner patas arriba la hacienda con peticiones de todo tipo,

el patrón no solo no puso objeción alguna. Al contrario, parecía satisfacerlo en extremo.

Diana ordenaba cambiar la decoración de las habitaciones, modificaba la distribución de la cocina, pedía pintar de amarillo el patio y un sinfín de caprichos más como adquirir joyas y vestidos, siempre exclusivos, mezclados con las más variadas incongruencias, como encargar todo tipo de artilugios y ropa para el bebé por partida doble, azul y rosa, en caso de que fuera varón o hembra. Parecía que no podía esperar a que se conociera el sexo del bebé, o que no quería saberlo.

Para don Víctor todo era poco con tal de complacer a su amada.

—Antojitos de embarazada —comentaba henchido de felicidad, aunque estuviera gastando a manos llenas—. Plata es lo que me sobra —decía frente a las juiciosas objeciones de su fiel gobernanta, doña Alejandra, completamente alterada por aquella singular forma de proceder.

Pero fue precisamente aquella alocada forma de actuar la que hizo que a nadie le resultase extraño cuando Diana se encaprichó del viejo Ford a bigotes de la colección privada del patrón. Quiso aprender a conducir para darse paseos matinales con él. Todas sus extravagancias solo habían tenido ese propósito final: ocultar, como hacía Mercedes María, sus verdaderas intenciones. Con la única que debía extremar las precauciones era con la perspicaz

gobernanta: sabía que había dado instrucciones para que la tuvieran al tanto de todas las andanzas de Diana.

Merchita era una experta en camuflar sus deseos entre un muro de, en apariencia, irreflexivas actuaciones, como cuando fingió ataques de ansiedad y emprendió a tirar todo tipo de objetos por la ventana de su cuarto de la residencia de estudiantes con la única intención de destruir su celular para conseguir uno de aquellos nuevos y costosísimos iPhones antes que Juanita Pedraza, su riquísima compañera de clase. En cuanto le dijo que sus papás le iban a regalar uno para su próximo cumpleaños se propuso, roja de envidia, que ella lo tendría antes. Sabía que sus padres harían lo que fuera para poder seguir comunicándose con ella para cerciorarse de que respondía bien al tratamiento impuesto por el doctor, que prometió solemnemente seguir al pie de la letra. Calculó que, en su pesadumbre, no repararían lo más mínimo en lo costoso de su nada inocente elección, aunque ya les costaba pagar los estudios.

A aquellas alturas, doña Alejandra, aunque continuaba observándola estrechamente, ya ni se molestaba en informar al patrón de cada nuevo capricho de su esposa. ¿Para qué? Ya estaba claro que la señora hacía lo que le venía en gana. Además, todos sabían que el patrón no mostraba apego alguno por sus muchas y variadas colecciones. Su único

cometido era el de impresionar a las visitas, no el de complacer a su poseedor.

La elección de Diana no había sido, ni mucho menos, realizada al azar. Así no actuaba su antiheroína, claro que no. Planificaba con cautela sus pasos y calibraba sus decisiones.

Lo primero que hizo fue informarse con Gabrielito, el vivaracho ayudante del mecánico encargado de los autos, un muchacho que parecía saberlo todo sobre carros, cuál era, de entre toda la colección de más de cincuenta autos, el adecuado para sus planes.

El chico, aunque sin saberlo, la asesoró perfectamente sobre su elección. Cuando le llegó el turno al Ford ya había desechado varios autos por diferentes motivos. De hecho, también pensaba descartarlo sin más. «Menuda antigualla», fue lo que pasó por su cabeza. Pero el muchacho le informó, antes de que le pidiera pasar al siguiente, de lo popular que el auto había sido en su tiempo, y no solo porque era el coche de las persecuciones de las películas cómicas del cine mudo, lo que captó su atención para seguir escuchándolo, sino porque había sido diseñado para los agrestes caminos rurales; en aquellos tiempos no había muchas carreteras debidamente asfaltadas, dato que nada más oír no le pasó desapercibido a la ahora retorcida Diana.

Otro detalle a tener en cuenta era que tan solo alcanzaba una velocidad máxima de unos setenta kilómetros por hora, lo que era ideal

para no levantar sospecha alguna sobre sus verdaderas intenciones, pero a la vez contar con la velocidad necesaria para su objetivo. «¿Dónde podía ir con aquel viejo y lento cacharro?», pensaría cualquiera que se planteara que estaba preparando una posible fuga. Como mucho, podría recorrer unos pocos kilómetros por aquellas pedregosas vías campestres. No tardarían más que unas pocas horas en localizarla. Pero eso era justo lo que ella necesitaba.

—Este es el modelo de 1910 —continuó Gabrielito—. Fue un regalo de un coronel retirado al patrón. Acá era el coche que usaba la garfía en aquellos tiempos.

—¿*Garfía*? —preguntó Diana para que el chamaco le aclarase el término.

—La bofía —contestó este. Doña Fernanda, Diana, mantenía su cara de extrañeza—. La tira, la guarura... la policía.

—Ahhh —exclamó ella.

«Qué jodido idioma aquel, con sus mil formas de llamar a una misma cosa».

—Se comenta, no más —continuó Gabrielito entusiasmado tras la aclaración—, que cuando Pancho Villa viajaba con sus cuates en uno de estos, y sus brazos y piernas sobresalían por todos los lados a la gente, el carro le recordaba una cucaracha con sus patas. De ahí la canción de *La cucaracha*.

Diana no entendió muy bien lo que Gabrielito le acababa de decir, ni siquiera sabía



quién había sido aquel Villa. Como no hubiera sido Francisco Manuel Villa, el apuesto novio de Marisa de la Fuente al que esta cariñosamente llamaba Pancho, que luego resultó ser un malandrín. Pero no, seguro que no era él. En *Ardor y pasión* no aparecía ningún coche tan antiguo.

El auto, como las cucarachas, era completamente negro. Descapotable y abierto, con asientos de cuero para cuatro pasajeros. Carecía de puertas en la parte delantera y tan solo poseía un pequeño cristal rectangular para proteger del viento y del polvo del camino al conductor y sus acompañantes. A parte de dos enormes focos con forma de campana, estaba equipado con dos farolillos laterales y en el frontal tenía un orificio para la manivela de arranque. Los coches de aquella época se encendían manualmente girando una palanca, con forma de «zeta». Uno de los extremos se introducía en el agujero y con el otro se daban las vueltas. Diana ya había visto en una película antigua cómo funcionaba el mecanismo.

Sus dos únicas velocidades, y el hecho de que se cambiaran con el pedal de embrague, sin palanca, facilitaron que tardara muy poco en dominarlo. Al segundo día de práctica ya lo manejaba con bastante soltura. Aunque al principio le costó pillar el punto muerto, que estaba en la mitad del recorrido. Meter la primera no le supuso ningún problema, porque tan solo requería de pisar a fondo. Alcanzar la

segunda ya le resultó un poco más difícil porque soltaba de golpe el pedal y no poco a poco como se requería, lo que hacía que el coche se parara bruscamente —para regocijo de los que la observaban— al calarse el motor.

Al tercer día ya comenzó a realizar paseos matinales de unos pocos kilómetros. Diana ya estaba lista para su fuga el sábado siete de mayo. Le habían sobrado cuatro días.

La ropa usada no le suponía ningún problema, sabía dónde encontrarla, pero no pensaba hacerse con ella hasta momentos antes de iniciar su escapada. De lo contrario podía levantar sospechas y doña Alejandra ataría cabos.

Mercedes María no lo hubiera hecho mejor y María de las Mercedes, con su mojigatería jamás lo hubiera logrado.

## Hipólito

Conocía los establos desde su llegada a la hacienda. Habían sido su refugio, el único lugar donde encontraba algo de consuelo. Adoraba los caballos, por eso sabía que si entrabas por la única puerta de acceso, a la izquierda, donde la hilera de boxes en la que estaban los animales, solía haber monos de trabajo tendidos en una percha situada en la pared.

No tenía más que solicitarle cualquier tontería al peón de guardia, como que encinchase uno de los caballos para darse un paseo. Siempre había alguien vigilando por si surgía algún incidente con los animales: eran demasiado valiosos. Cuando el mozo fuese a buscar los aperos a la nave adjunta, donde se guardaban las sillas y los arneses junto con el resto de utensilios y el forraje para los animales, solo tenía que agarrar una de las dos o tres fundas que solían colgar del perchero, meterla junto con las bragas y las zapatillas deportivas en la bolsa y avisar al mozo de que había cambiado de opinión, que ya no le apetecía pasear.

Así que su primer cometido, hacerse con ropa usada para cambiarse, no tenía por qué resultarle nada difícil. Pan comido para la intrépida Mercedes María.

En su mente aún resonaban exactamente las instrucciones que el buen padre le había dado:

«...habrás de cambiarnos por completo, incluido el calzado y la ropa interior. Debés utilizar prendas de otra persona que hayan sido usadas y aún estén sudorosas. El calzado pónitelo nuevo; la ropa íntima, también. De esa manera los perros no podrán seguirnos el rastro. La ropa que llevés puesta rociarla de gasolina y quemarla, introducir los restos en una bolsa y enterrarlos a medio camino donde os parezca...».

Quizás no se hubiese planteado tan fácil sus alucinantes elucubraciones si tan solo hubiese intuido las consecuencias que sus acciones traerían sobre aquellos infelices empleados a los que manejaba a su antojo debido a su privilegiada posición, a algunos de los cuales había llegado a tomarles verdadero aprecio. Puede que, en ese caso, en el que la lucidez la inundase en un baño de cruda realidad, María de las Mercedes, o su conciencia, le hubiesen impedido fugarse.

Hacía una hora que se había levantado. Hizo que le sirvieran un copioso desayuno, pues no tenía la certeza de cuándo podría volver a tomar algún alimento. Después fue a vestirse,

eligió, como siempre, prendas deportivas para su matinal paseo en auto. Solía ir con un pantalón largo de chándal, una camiseta y una sudadera debajo de una cazadora de piel forrada de lana. La temperatura de la mañana solía estar en torno a los seis u ocho grados, y los fortingas no eran coches cerrados. La cabeza y los ojos se los protegía con un típico gorro de aviador y gafas a juego, que cuando no utilizaba tenía la costumbre de dejarlas colgadas a la altura del cuello. Con aquel aspecto parecía un piloto de la Primera Guerra Mundial, salvo por el pantalón largo del chándal y las deportivas que calzaba. Más adelante se desharía de todo aquello, tal y como le había indicado el sacerdote.

«Lo más probable es que esté dormitando», especuló Diana, de lo más despreocupada, al llegar a la puerta del establo. Los empleados disponían de un sofá para reposar situado a la mitad de la nave para que a un golpe de vista pudieran controlar a todos los animales y donde solían echar alguna cabezadita. De repente —la mente humana es un vaivén de emocional—, la inquietud inundó a Diana.

No era infrecuente que Diana se diera pequeñas caminatas montada en alguna de las yeguas más dóciles, siempre acompañada de algún mozo de cuadras, que de pie junto a ella le sujetaba las riendas. Lo que sí era inusual era la hora —las seis y media de la madrugada— y

la ropa que llevaba. Iba vestida para conducir, no para montar. Ahora lamentaba no haber previsto tal circunstancia. Debería haber dado paseos a caballo previos a sus excursiones en coche, y algún día que otro haber cambiado de opinión, para que nada de lo que hiciera resultase anormal.

Habitualmente daba aquellas cabalgadas a media mañana o al atardecer. Sería la primera vez que lo hiciera tan temprano, y también la primera que se arrepintiera, otra circunstancia que se saldría de lo normal: todo el mundo sabía que adoraba aquellos paseos. No le cabía ninguna duda pues, para su zozobra, que en cuanto se alejara del establo el mozo le iría con el cuento de lo ocurrido a la sagaz gobernanta. Había dado estrictas órdenes a todo el personal para que la mantuvieran al tanto de cualquier hecho o circunstancia irregular. Y allí había tres. A buen seguro que mandaría a alguien para seguirla. No sería la primera vez, lo hacía cada vez que algo no le encajaba.

¿Podría ser que todo el plan se desbaratara de aquella manera tan estúpida?

La angustia terminó de disparársele por completo al comprobar que no había una sola persona en el recinto. Los gemidos que surgían del interior hablaban por sí solos. Estaba a punto de sufrir un ataque de ansiedad, su respiración entabló a agitarse y comenzó a sentir que le cubría el cuerpo un sudor frío. Aquella situación la sobrepasaba, no sabía

cómo resolverla. La congoja y el pundonor le nublaban el entendimiento impidiéndole actuar. El hecho de irrumpir en un lugar donde una pareja estuviera haciendo el amor le producía un profundo sentimiento de vergüenza.

Pero una vez más sus absurdas creencias vinieron en su ayuda actuando como un retorcido efecto placebo. «Piensa, recapacita — se dijo mientras trataba de serenarse—. ¿Qué haría Merchita? Actúa como ella». Respiró profundamente.

Nada. ¡Que majadería! Mercedes María estaría encantada de encontrarse con una circunstancia como aquella. Seguro que la aprovecharía para su beneficio chantajeando a los desgraciados amantes a la vez que los humillaba y avergonzaba. Y aunque esa última parte se la saltaría, porque no tenía tiempo ni voluntad para esos juegos, sí se valdría del desconcierto que produciría una abrupta irrupción para llevar a cabo su cometido. Así que, tras retomar casi instantáneamente la serenidad al darse cuenta de que nadie informaría a doña Alejandra de nada de lo que allí sucediese, arremetió con decisión aporrear la puerta a la vez que gritaba:

—¡Abre, jodido cabrón! ¿A quién tener ahí?

No había cuidado, las caballerizas estaban lo suficientemente alejadas del resto de los edificios de la hacienda como para que

nadie la oyese. Tan solo unos pequeños ruidos se escucharon en el interior.

A los pocos minutos el malnacido de Hipólito abrió la puerta. Un respingo le recorrió el cuerpo. Lo conocía bastante para saber que era una mala persona, pero estaba decidida a no dejarse amedrentar. Ella era la señora.

—Patrona... señora —su nerviosismo era patente—. ¿Qué se le ofrece? ¿Para qué soy bueno?

—¿Dónde estar furcia? —le preguntó sin miramientos.

—¿A quién se refiere, doña? No más que aquí estamos usted y un servidor...

Diana no dejó que Hipólito terminara de explicarse, lo sorteó tras empujarlo para apartarlo de la puerta y se plantó en medio del establo, mientras comenzó a decir.

—Salir inmediatamente. Sé que estar ahí. No me hagas llamar guardas. Ser peor.

Tuvo que mirar hacia atrás cuando la puerta de uno de los boxes se abrió y de ella salió un muchacho de unos once años, completamente desnudo y casi paralizado de miedo. Probablemente algún infeliz del que Hipólito abusaba a cambio de unas monedas o comida.

Diana sintió que tenía las riendas de la situación. Hipólito se dejaría morir antes de comentar nada sobre aquel incidente. La homosexualidad era una de las peores



vergüenzas que podía recaer sobre alguien en aquel país.

—Jodido maricón —hizo que su tono fuera lo más hiriente posible—. ¡Quítalo de vista!

El chico se vistió en un santiamén, tampoco es que tuviera mucho que ponerse, un roído pantalón y una mugrienta camiseta. En cuanto terminó se escabulló con idéntica rapidez seguido de Hipólito.

A Diana le inundó un sentimiento de confianza cuando agarró el mono de la percha. No había duda, el buen Dios la protegía. En su ilusa concepción de la realidad todo se encaminaba, como en las telenovelas, hacia un final de lo más feliz. No era consciente, ni mucho menos, del vendaval de muerte y dolor que su fuga iba a acarrear.

Su siguiente paso ya estaba esperando. En su cabeza volvieron a resonar las indicaciones que don Bienvenido le había dado en el confesionario el día de su boda: «Dirigete hacia el sur, por el viejo camino de los Rurales. Tan solo tenés que seguir el sendero que hay tras la hacienda para toparos con él. Continualo durante unos cuantos kilómetros. Ni qué decir tiene que vas a necesitar un carro».

Y esa fue la primera tarea de la que se encargó, así que encaminó sus pasos hacia el garaje, donde Gabrielito ya la estaría esperando con el viejo Fort T listo para su excursión matinal.

—Buenos días, señora —la saludó este en cuanto la vio en la entrada. Tenía la cara y manos pringadas de grasa así que el auto debía estar listo. El portón estaba subido—. Ya está preparado —añadió mientras bajaba el capó para concluir la revisión—. No más le estaba echando una ojeada para asegurarme de que no le va a dar problemas.

—Hoy hace mañana espléndida para paseo —comentó ella mientras miraba hacia el cielo antes de entrar—. Bueno, como todos días —añadió mientras se le escapaba una ligera sonrisa cuando ocupó el asiento del conductor. Aquella mañana se la veía especialmente contenta.

Gabrielito se agachó y comenzó a dar vueltas a la manivela de arranque hasta que el coche se puso en marcha. El vehículo salió del garaje. Como siempre, el chico despidió a doña Fernanda con un gesto de la mano, ignorante de que aquella sería la última vez que la viera. Para su desgracia y la de todos los infelices empleados de las Tres Marías.

En cuanto salió del cobertizo, Diana dirigió el coche hacia la parte trasera de la hacienda, como si se tratara de una más de sus habituales excursiones matinales, pero esta vez no era un ensayo, así que debía tener muy presentes las instrucciones recibidas.

«Calcula como mínimo unos veinticinco kilómetros hasta encontrarte con una vieja camioneta abandonada. Estará a mano derecha,

a unos treinta o cuarenta metros del camino. No te preocupés, la reconocerás en cuanto la veáis. Está toda carcomida por el óxido, le falta la cabina y el morro, y no le queda ni una sola rueda. Además, no hay otra en toda la comarca así que es imposible que te equivoqués».

Aquella era la tercera vez que llegaba a la altura de los restos del destartado vehículo. Ni la primera vez había tenido problemas en hallarlos, pero a partir de ahí todo sería novedoso. Nunca había pasado de aquel lugar.

«Salirte entonces del camino y abandonad el carro allí mismo. Continúa a pie, no queda otra: el auto dejaría demasiadas huellas. El camino es pedregoso, así que si sos cuidadosa y no dejas pista alguna, como botellas de agua o cualquier otra boludez por el estilo, les resultará imposible saber hacia dónde te has dirigido. Tendrás que andar en línea recta unos cinco kilómetros hacia el oeste. Para no perderte, asegurate de que siempre tenés el sol a vuestra espalda. Allí os estará aguardando una avioneta».

A las nueve y tres minutos de la mañana del miércoles once de mayo, cuando Diana llegó al punto de encuentro, una enorme llanura flanqueada por una cordillera de montículos a un extremo y por un abrupto acantilado al otro, dio con una avioneta. Era un modelo típico, de motor a hélice con estructura monocasco, y ya estaba lista para despegar, con el motor en

marcha y el morro posicionado hacia el sur. Solo faltaba Diana.

El aparato estaba situado al inicio de una planicie de más de seiscientos metros de largo y quince de ancho, por lo que era habitual que los narcos la emplearan como pista de aterrizaje, aunque no era el único sitio del que se servían para tal menester. La orografía proporcionaba más de una quincena de lugares como aquel en treinta kilómetros a la redonda.

Diana desconocía por completo que el aparato que la iba a liberar era una vieja Cessna 180, de cuatro plazas, aunque modificada. Le habían eliminado los dos asientos traseros para aumentar su capacidad de carga, que no era poca, y su peso en despegue rondaba los mil cien kilogramos.

El modelo, de unos ocho metros de longitud y dos de altura, era uno de los fabricados entre 1964 y 1981, a juzgar por las tres ventanas a cada lado. El fuselaje estaba íntegramente construido con una aleación de aluminio. El tren de aterrizaje era convencional, con las dos barras principales, de las que pendían las ruedas delanteras, de acero y una rueda auxiliar maniobrable en la cola.

Los narcos adoraban aquella bestia de carga. Era ideal para el transporte de droga. Poseía doscientos treinta caballos de potencia, alcanzaba los doscientos setenta kilómetros por hora y recorría, sin repostar, algo más de mil kilómetros. Con ella podían volar a cualquier

lugar, por extremo y remoto que fuera. Con cuatrocientos metros le bastaba para aterrizar y despegar.

Diana reconoció enseguida al piloto, o al que parecía hacer las funciones de tales, un personaje mal encarado con aspecto de matón. Había estado en su boda y su marido parecía tenerle especial aprecio. Estaba apostado junto a una puerta abierta que daba a la cabina.

En otras circunstancias, Gabino se habría reído con ganas al ver a Diana vestida de aquella guisa. La chamaca estaba bastante ridícula con aquella funda que no era para nada de su talla, pero aquel día la cosa no estaba para chanzas, llevaban el tiempo justo y tampoco las tenían todas consigo de que no les estuvieran siguiendo. Todo apuntaba a que no, sin embargo. Parecía que Diana había seguido al pie de la letra las instrucciones del padrecito. Así que se limitó a hacerle un abrupto gesto a la chica para que se diera prisa.

Cuando llegó a su altura la invitó cortés con la mano, sin pronunciar palabra alguna, a que bordeara con él la avioneta por la parte trasera hasta la puerta del piloto. La ayudó, aún en silencio, a encaramarse al asiento y luego le sujetó los correajes de seguridad. Tras cerrar la puerta y asegurarse de que quedaba bien atrancada Gabino regresó a su asiento, donde entregó a Diana una carpeta con toda la documentación y los datos de la cuenta bancaria

que el padrecito le había comentado. También unos mil dólares en efectivo.

No se requirieron más trámites ni hubo que cargar equipaje alguno. Diana traía consigo tan solo lo que llevaba puesto. De modo que Gabino encendió el motor sin más dilación.

Al piloto se lo veía experimentado y pocos minutos después ya estaban en el aire.

En todo el trayecto no llegaron a cruzar palabra alguna, así que Diana nunca llegó a saber las razones por las que aquel individuo de aspecto mal encarado la ayudaba.

Diana ignoraba que Gabino, al percibir la muerte cercana, únicamente buscaba, tal y como le habían inculcado desde niño, la redención de sus pecados, que eran muchos, en un franco arrepentimiento. Por desgracia, Gabino desconocía que sus faltas seguían formalmente sin perdonar porque ningún sacerdote, al menos auténtico, lo había redimido. Tal era la exigencia del credo católico.

Bonito dilema teológico. ¿Se salvaría el alma de Gabino, dado que su contrición era sincera, o, por el contrario, prevalecería el hecho de que Bienvenido no podía perdonar pecado alguno, porque jamás había recibido el sacerdocio?

Lo único que aquella atormentada alma requería para su ansiada reconciliación con Dios era el sacramento del perdón y que un cura, verdadero, le extendiera la absolución.

Pero don Bienvenido, aprovechándose de su ignorancia, le hizo creer que solo podía eximirle sus culpas mediante una indulgencia, lo cual era mentira aunque su sacerdocio fuera cierto, ya que esa gracia, muy inusual, solo podía extenderla el Papa, los cardenales u obispos. Además, lo que se perdonaba era el pecado, no la pena a cumplir.

De todas formas, Bienvenido pensaba que si le hubiera explicado aquel galimatías teológico a Gabino, éste, lo hubiera interpretado a su manera. El tribunal lo condenaba, lo que él aceptaría como justo, pero ayudando al padre a liberar a Diana conseguiría el indulto. Dios volvía a escribir derecho con renglones torcidos pero, como tantas otras veces, usando como tinta la sangre de los inocentes.

## José

Hipólito respiró tranquilo a media mañana cuando se enteró, junto a los otros trabajadores de la hacienda, de la desaparición de la señora. Otros estaban preocupados, pero a él lo aliviaba saber que su pequeño secreto podía seguir a salvo. Desde que Diana lo había sorprendido con el chico había estado buscando cómo librarse. Barajó incluso la posibilidad de matarla, pero se le antojó demasiado peligroso, pues el patrón no pararía hasta encontrar al asesino de su amada y su hijo no nato. No, mala idea. Tarde o temprano darían con él.

Pero ahora las cosas habían tomado otro cariz. Aquella puta extranjera ya no iba a delatarlo, eso era seguro. Pero aún le quedaba un pequeño cabo suelto: no podía permitirse que el chamaquito, o cualquiera en su familia, se sintiesen tentados de hablar y así conseguir alguna recompensa. A Hipólito no le cabía duda alguna de que el jodido José Méndez, padre del chico, no tendría ningún problema en correr a contarle al patrón lo que su niñito había visto



aquella mañana. ¡Como si Hipólito no le hubiera estado pagando generosamente todos estos años por los servicios prestados por sus hijos! La gente era muy desagradecida. De modo que solo veía una salida: había que matarlos a todos. No podía arriesgarse a que se descubriera su secreto.

Al padre lo mató nada más verlo. Era el único que podía hacerle frente así que fue una suerte que fuera él quien abriera la portezuela de la casa. No le dio tiempo a reaccionar, pues Hipólito le atravesó el corazón de una certera puñalada sin mediar palabra. La fortuna le sonrió de nuevo: la madre y los cinco retoños del matrimonio estaban todos juntos en el único habitáculo de la chabola de veinte metros cuadrados que les servía de cocina y alcoba. No tendría que dar caza a los demás miembros de la familia o aguardar a que regresaran a casa: todos estaban allí.

Primero se encargó de la madre. La encontró agachada junto a una fogata, preparando la que bien podría ser la única comida del día. Removía con un cucharón el interior de una mugrienta cacerola de la que emanaba un apestoso hedor a rancio. Lo hacía mientras sujetaba al más pequeño entre sus brazos. Hipólito le rebanó el cuello a la mujer antes de que pudiera levantarse. Al bebé le destrozó el cráneo de una certera patada en cuanto cayó al suelo. El resto de los chicos, tres escuchimizados niños y dos escuálidas niñas,

no pudieron reaccionar, paralizados como estaban por la escena de terror que se desarrollaba ante sus ojos. En menos de un minuto los había matado a todos. Luego, para despistar, se ensañó con los cadáveres acribillándolos a puñaladas. Quería que pareciese obra de un loco.

Tanto la niña de trece como los hermanos de ocho y once habían sufrido sus abusos, aunque Hipólito no lo llamaría así. Después de todo, había recibido el consentimiento de sus progenitores. Si hubiera estado únicamente con la chamaca desde luego que no los hubiera matado, eso no era ninguna deshonra. Pero no podía consentir que en manera alguna se descubriera su otra inclinación. A él nadie lo tildaba de maricón.

Cuando terminó todo estaba empapado de sangre debido a la carnicería; no obstante, ya había previsto aquello. Se dirigió a la parte trasera de su vieja furgoneta, donde se despojó de toda su vestimenta que luego introdujo en una enorme bolsa de basura negra. A continuación, se lavó con el agua de un bidón que también había tenido la cautela de traer. Tuvo buen cuidado de no dejar rastro alguno de la sangre: se frotó a conciencia la cara, las manos y el cuerpo. Sin prisa. Hasta se dio un repaso con un espejo en caso de que le hubiera quedado algún resto sin limpiar.

En cuanto acabó, se cambió de ropa, y regresó a la hacienda en su vieja furgoneta, hacia su calvario y posterior muerte.

Aquello no era justicia, ni siquiera venganza, pero el cabrón de Hipólito se merecía lo que le iba a suceder y mucho más, aunque no fuera por lo que acababa de hacer.

## Corina

Cuando doña Alejandra volvió en sí el dolor le resultaba tan insoportable que le impedía cualquier elucubración. Sin embargo, su mente se aclaró y pudo pronunciar dos palabras: «don Bienvenido».

A la fuerza tenía que haber sido él. Era el único de los que había tratado con la señora que no estaba allí. Alejandra dedujo que por eso nadie cantaba a pesar de las torturas. Ninguno de aquellos desgraciados sabía un carajo.

Susurró como pudo el nombre del padrecito hasta que consiguió que una de las calaveras se acercara y diera aviso al patrón.

Por desgracia, su información llegó tarde. Los sicarios encargados de ir a buscar al sacerdote no tomaron precaución y se dirigieron al pueblo a plena luz del día en dos ruidosas camionetas. Todo el mundo recibió aviso de su llegada. Cuando arribaron al pueblo no había ni un alma en las calles: la mayoría había huido y los que no se habían encerrado en sus casas. No es que aquello molestara a los sicarios, pues se consideraban los amos y podían hacer y

deshacer lo que les viniera en gana, pero no contaron con que don Bienvenido, intuyendo que iban a por él, se enclaustrara en la iglesia.

Cuando los sicarios lograron echar abajo la portezuela que daba a la sacristía el padrecito ya había tenido tiempo más que suficiente para quitarse la vida con una sobredosis de heroína. Su rostro, al decir de quienes lo vieron, parecía reflejar una extraña complacencia. Como si al morir hubiera vislumbrado las puertas del cielo.

El patrón no tuvo piedad.

Ordenó matar a todos los detenidos sin excepción, ni doña Alejandra se libró del verdugo. De los irresponsables que habían provocado todo aquel desastre con su ineptitud se dio el gusto de encargarse personalmente. Les pegó un tiro en la nuca tras hacerlos esperar arrodillados al borde de una fosa donde ya estaban los cadáveres de los ejecutados.

Un par de años antes de que la expansión del Azote hiciera que todo dejara de tener sentido la terrible fosa común fue descubierta de manera casual, pero nunca se llegó a saber el porqué de aquella terrible matanza ni quiénes habían sido los asesinados.

Diana perdió por completo la poca inocencia que le quedaba durante el parto de su hija Corina. Tenía exactamente dieciséis años cuando ocurrió, aunque aparentara veinte, la edad que venía reflejada junto con su nuevo nombre, Daniela Dumitru. Aquello rezaba la tarjeta verde de identificación que le permitió

comenzar una nueva vida en los Estados Unidos.

Su corazón nunca dejó de latir con fuerza al recordar aquellas noches en el desierto alrededor de las hogueras cuando conoció a su amado. Ni los hermosos versos que le había dedicado. Se sentía afortunada porque, aunque hubiera sido breve, había conocido un amor puro y verdadero como el de las telenovelas que tanto adoraba. Un amor que, tras el nacimiento de su hija, jamás volvió a ver.

## Epílogo

—¡Dios Mío! —exclamó don Antonio consternado tras escuchar en confesión la triste historia de amor entre Diana y Luis Fernando, el sobrino de doña Isabel. Tras una pausa, gesticuló la señal de la cruz para administrarle la absolución junto a las palabras rituales—: *Ego te absolvo a peccatis tu...*

Doña Isabel lo paró en seco.

—Espérese, padre —dijo la anciana con su débil voz. Los síntomas de cansancio por el terrible esfuerzo que estaba realizando se reflejaban en su rostro—. Aún no he terminado. Necesito que me redima de otro pecado aún mayor si cabe... Soy la culpable del matazón del Starbucks.

Lo que nunca nadie llegaría a saber es si con aquella confesión la pobre Isabel salvaría su alma. Pero lo que sí hizo, aunque no fue en absoluto consciente, fue condenar a muerte al buen sacerdote.

Continuará...